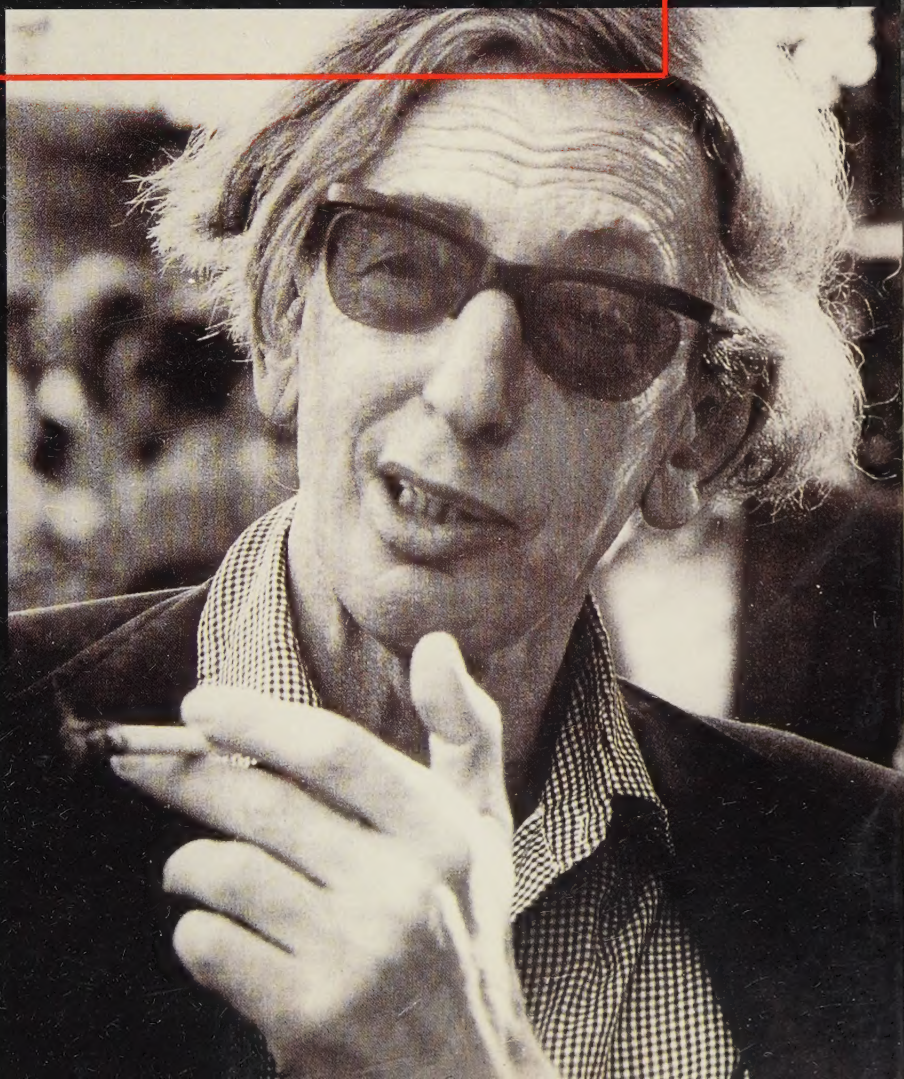


ERIC HOBSBAWM

ENTREVISTA SOBRE EL SIGLO XXI

Al cuidado de Antonio Polito



ERIC J. HOBBSBAWM

nació en Alejandría en 1917, fue educado inicialmente en Viena y Berlín y después en Londres y en Cambridge. Ha sido profesor del Birkbeck College de la Universidad de Londres hasta su jubilación, y posteriormente de la New School Research de Nueva York. La riqueza de su experiencia vivida y su inmensa curiosidad intelectual se han traducido en una obra diversa, pero siempre innovadora. Si a ello le añadimos su insólita combinación de claridad teórica, capacidad generalizadora y un ojo certero para los detalles sugestivos, capaz de utilizar sucesos y detalles aparentemente intrascendentes para construir síntesis inesperadas y de gran fuerza imaginativa, se entenderá que se haya convertido, como ha dicho Orlando Figes, en «el historiador vivo más conocido del mundo».



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

ENTREVISTA SOBRE EL SIGLO XXI

Al cuidado de Antonio Polito



*para que algo suceda
con todo el amor
comosuec
de que he
noso viaje
a N/C
man
2/11/200*

ERIC HOBSBAWM

ENTREVISTA SOBRE EL SIGLO XXI

Al cuidado de Antonio Polito

Prólogo de
JOSEP FONTANA

Traducción castellana de
GONZALO PONTÓN

CRÍTICA
Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original:
INTERVISTA SUL NUOVO SECOLO

Diseño de la colección: Joan Batallé

Fotocomposición: punt groc

© 1999: Gius, Laterza & Figli

© 2000 del prólogo: Josep Fontana

© 2000 de la traducción castellana para España y América:

EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Còrsega, 270, 08008 Barcelona

ISBN: 84-8432-051-0

Depósito legal: B. 7.110-2000

Impreso en España

2000. —HUROPE, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

Prólogo

Eric J. Hobsbawm, nacido en Alejandría en 1917, educado inicialmente en Viena y en Berlín —antes de que su familia, de origen judío, tuviese que escapar del nazismo—, y después en Londres y en Cambridge, forma parte del grupo de los llamados «historiadores marxistas británicos»¹ y ha sido profesor del Birbeck College de la Universidad de Londres hasta su jubilación, y de la New School for Social Research de Nueva York posteriormente.

La riqueza de su experiencia vivida y su inmensa curiosidad intelectual se han traducido en una obra diversa, pero siempre innovadora. Contribuyó al «deshielo» del marxis-

1. Sobre los cuales deben consultarse, sobre todo, los libros de Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos* (Zaragoza, Universidad, 1989) y de Dennis Dworkin, *Cultural marxism in postwar Britain* (Durham, Duke University Press, 1997). Sobre Hobsbawm, en concreto, pueden encontrarse estudios y bibliografías en los diversos volúmenes de homenaje que se le han dedicado, como Pat Thane, G. Crossick y R. Floud, eds., *The power of the past. Essays for Eric Hobsbawm* (Cambridge, Cambridge University Press, 1984); Raphael Samuel y G. Stedman Jones, eds., *Culture, ideology and politics. Essays for Eric Hobsbawm* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982), con una excelente bibliografía de la obra de Hobsbawm, realizada por Keith McClelland (pp. 332-363), etc. Puede verse también el número especial que le dedicó la revista española *Historia social*, n.º 25 (1996), «La obra de un historiador: E. J. Hobsbawm».

mo con sus trabajos de 1954 sobre la crisis general del siglo xvii y con la edición, en 1964, del fragmento de las *Grundrisse* de Marx sobre las formaciones económicas precapitalistas con una introducción en que sostenía que «la teoría del materialismo histórico requiere solamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero no que hayan de ser uno u otro en particular, ni tal vez que estén predeterminados en el orden de sucesión».

Aportó aire fresco a la historia social con estudios como *Rebeldes primitivos* (1959) o *Bandidos* (1969), con sus trabajos sobre el movimiento obrero —*Trabajadores* (1964), *El mundo del trabajo* (1984)— y sobre la revolución industrial —*Industria e imperio* (1968)—, se ocupó del nacionalismo y ha dedicado muchos trabajos a «gente poco corriente», que va desde los zapateros políticos hasta los músicos de jazz, pasando por los gangsters. Si a ello le añadimos «su insólita combinación de claridad teórica, capacidad generalizadora y un ojo certero para los detalles sugestivos, capaz de utilizar sucesos y detalles aparentemente intrascendentes para construir síntesis inesperadas y de gran fuerza imaginativa»² se entenderá que se haya convertido, como ha dicho Orlando Figes, en «el historiador vivo más conocido del mundo».

La obra más importante de Hobsbawm ha sido tal vez el panorama de la historia del mundo contemporáneo realizado en los cuatro volúmenes de sus «eras», que abarcan desde 1789, con *La era de la revolución*, hasta la era de los contrastes, de la que se ha ocupado en su *Historia del siglo xx*, una obra en que se nos muestra, a la vez, como testigo y como cronista de su tiempo.

Hobsbawm publicó este libro en 1994, poco antes de que

2. Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones en el prefacio a *Culture, ideology and politics*, p. x.

la necesidad de establecer balances del siglo que estaba concluyendo llevase a la producción de otros intentos de parecida ambición, pero de planteamientos muy diversos, como las historias del siglo xx de Oxford y de Columbia, obra de sendos equipos que escogieron soluciones muy distintas. En el caso de Oxford³ se optó por una estructura equilibrada que comienza con los problemas de tipo general, sigue con una historia política del siglo y, teniendo en cuenta el carácter eurocéntrico de este relato, le agrega una serie de capítulos sobre otras partes del planeta. La de la Universidad de Columbia⁴ es menos convencional, pero poco satisfactoria, ya que se reduce a una serie de estudios monográficos que se suceden sin ilación aparente: el libro comienza con dos capítulos dedicados a «Alta cultura» y «Cultura popular», y sigue con otros sobre las mujeres, la religión, el deporte, etnicidad y racismo, etc.⁵

Los casos en que un solo autor ha querido ofrecernos una visión interpretativa del siglo son más numerosos, pero, si exceptuamos a Martin Gilbert —cuyo voluminoso relato factual del siglo, año a año, se parece más a unos anales que a una crónica—,⁶ suelen limitarse al escenario europeo y a algunos aspectos concretos. Por ejemplo, del viejo libro de Georges Lichtheim (*Europe in the twentieth century*, 1972), reeditado ahora, un crítico nos dice que hay en él poco más que «historia de las ideas en la Europa occiden-

3. Michael Howard y W. Roger Louis, eds., *Historia Oxford del siglo xx*, Barcelona, Planeta, 1999.

4. Richard W. Bulliet, ed., *The Columbia history of the 20th century*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.

5. La diferencia de estructura entre ambos libros lleva, por ejemplo, a que el apartado sobre demografía y urbanización esté al comienzo de la obra en la historia de Oxford, y al final en la de Columbia.

6. Martin Gilbert, *A history of the twentieth century*, Londres, Harper/Colins, 1997-1999, 3 volúmenes con unas tres mil páginas en total.

tal urbana».⁷ Los resultados alcanzados son, además, tan dispares como puede deducirse de la comparación entre el excelente libro de Mark Mazower,⁸ que sigue un hilo conductor político pero se abre a las referencias más diversas, y el pretencioso de Robert Conquest,⁹ cuyo «objetivo central» confesado es mostrar cómo las ideas revolucionarias «devastaron mentes, movimientos y países enteros» durante el siglo xx. Conquest, que aprovecha la ocasión para atacar a Hobsbawm, acusándole de tener un «sesgo marxista» —pero lo que de verdad parece dolerle es que el libro de su competidor haya sido «calurosamente recibido por los círculos del *establishment* liberal británico»—,¹⁰ fue colaborador de los servicios de inteligencia británicos durante la guerra fría, antes de convertirse en soviólogo universitario en los Estados Unidos,¹¹ y parece ser víctima, como algunos otros cazadores profesionales de rojos —Richard Pipes, asesor de Reagan en la «nueva guerra fría», es otro ejemplo de lo mismo—, de la frustración de haberse quedado sin la gran amenaza que servía de estímulo para sus carreras y de justificación para sus vidas.¹²

A diferencia de éstos, la *Historia del siglo xx* de Hobsbawm consiguió trazar un panorama que no sólo tomaba en cuenta la política y la economía, sino el cambio social, la

7. Richard Crampton en *Times Literary Supplement*, 21 de enero de 2000, p. 32.

8. Mark Mazower, *Dark continent. Europe's twentieth century*, Londres, Allen Lane, 1998.

9. Robert Conquest, *Reflections on a ravaged century*, Nueva York, Norton, 2000.

10. *Reflections on a ravaged century*, p. 147.

11. Paul Lashmar y James Oliver, *Britain's secret propaganda war*, Stroud (Gloucestershire), Sutton, 1998, p. 122.

12. Lo que explica su preocupación por mantener la idea de que sigue existiendo un grave peligro mundial —«nos enfrentamos todavía a un período peligroso» (p. 267)— que sigue haciendo necesarios sus servicios.

tecnología o la cultura. Ello permite explicar el éxito universal del libro y, a la vez, las razones que llevaron a preparar esta *Entrevista sobre el siglo XXI*, que es algo así como una reflexión final sobre el siglo que el historiador ha vivido y estudiado, y que de algún modo viene a completar la *Historia del siglo XX*, tratando de extraer de ella reflexiones que sirvan, no para predecir lo que ha de ocurrir en el próximo siglo, que esa es tarea para astrólogos y no para historiadores, sino para ayudarnos a asentar nuestros proyectos y nuestras esperanzas en un sólido conocimiento de la realidad actual.¹³

En este libro se nos habla de las nuevas guerras que han surgido después del fin de una «guerra fría» que duró cerca de cincuenta años, del nacionalismo y la decadencia del estado, de la globalización económica y de la cultura global, de la izquierda «realmente existente», de los problemas de la población, las grandes migraciones y el racismo, del medio ambiente, etc., asentando cada uno de estos ensayos de prospectiva en el conocimiento de la historia reciente y en la experiencia vivida (Hobsbawm no vacila en contestar las preguntas que se le formulan acerca de su pasado de militante comunista).

Podría decirse que *Entrevista sobre el siglo XXI* recapitula el conjunto de las «eras» de Hobsbawm, y muy en especial la última, y nos enseña a leerlas con una perspectiva de futuro.

JOSEP FONTANA

Barcelona, febrero de 2000

13. Sobre esta utilización de la historia para el presente véase lo que dice Hobsbawm en «¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?», en *Sobre la historia* (Barcelona, Crítica, 1998), pp. 38-51, y «Con la vista puesta en el mañana: la historia y el futuro», *Id.*, pp. 52-59.

Introducción

EL TAROT DEL HISTORIADOR

P. *El objetivo de esta conversación es tratar de identificar algunas de las tendencias que presentará el nuevo siglo que comienza. Y recurro a usted, historiador profesional y famoso, y no a un astrólogo o a un vidente, por dos razones: la primera, porque usted mismo ha escrito que es «deseable, posible e incluso necesario prever, dentro de ciertos límites, el futuro». Y que este ejercicio, la «función prognóstica», ha sido conscientemente descuidado por los historiadores. Prever forma parte del saber: eso también lo ha escrito usted parafraseando a Auguste Comte. La segunda es que disponer de una cierta previsión del futuro no deja de ser útil. Su propio suegro, cuando comprendió que Austria no iba a poder evitar la anexión hitleriana, trasladó sus actividades empresariales de Viena a Manchester en 1937, aunque no hubo, por desgracia, muchos más judíos vieneses que supiesen hacer las mismas previsiones.*

¿Estaría usted de acuerdo en intentar delinear las grandes tendencias que presentará el siglo XXI, basándose en sus conocimientos de historiador y partiendo de la conexión con lo

acontecido en el siglo XX, es decir, del vínculo entre pasado y futuro?

R. Todo el mundo prevé, o trata de prever, el futuro. Interrogarse sobre el mañana forma parte de la vida, de los negocios; todos lo intentamos hasta donde es posible. Pero el proceso de previsión del futuro debe basarse necesariamente en el conocimiento del pasado. Lo que vaya a ocurrir tendrá forzosamente alguna relación con lo que ya ha ocurrido. Y este es el único aspecto en el que el historiador tiene algo que decir. Al historiador no le mueve el beneficio, en el sentido de que su oficio no consiste en invertir sus propios conocimientos para obtener ganancias. Lo que sí puede hacer es tratar de analizar qué aspectos del pasado son importantes, qué tendencias apuntan y qué tipo de problemas se presentan. Así pues, dentro de ciertos límites, nosotros debemos hacer un esfuerzo de predicción, pero sin olvidar nunca el peligro que se corre de convertir esa previsión en caricatura. Es decir, debemos ser conscientes de que gran parte del futuro es, por principio, o para fines prácticos, totalmente imprevisible. Ello no obstante, también creo que las cosas totalmente imprevisibles suelen ser acontecimientos únicos, específicos, y el problema real de los historiadores es comprender el alcance o la importancia que puedan llegar a tener esos acontecimientos concretos que algunas veces pueden llegar a ser importantes desde el punto de vista del análisis histórico, pero otras, no.

Pongamos un ejemplo: para una compañía de seguros no es importante saber si esta casa en la que estamos hablando arderá como una tea la semana próxima. Todo lo que los aseguradores deben saber, para llevar a cabo provechosamente su actividad, es la probabilidad general de que se

produzcan incendios en las casas. Por el contrario, para mí, que soy el propietario de la casa, es obviamente muy importante saber si será presa de las llamas en los próximos días.

Un ejemplo más: si veinte mujeres jóvenes y veinte hombres jóvenes asisten a un campamento de verano durante tres semanas, las probabilidades de que se produzcan emparejamientos son muy altas, aunque lo que verdaderamente importa, para unas y otros, es saber quién se emparejará con quién. Pero para un historiador o un científico social eso es de poco interés: lo único que cuenta es la probabilidad de que los emparejamientos se produzcan.

Es decir, que algunas veces los hechos pueden no tener importancia para el tipo de conjeturas que puede hacer el historiador, pero, en cambio, otras sí. Ese es el límite de la previsión.

Por lo tanto, a lo largo de esta conversación podemos tratar de analizar los problemas tal como se nos presentan hoy en día, y ver de establecer, así, algunas probabilidades. Estas probabilidades pueden llegar a ser muy altas, pero también pueden ser desbaratadas por acontecimientos que ahora son del todo imprevisibles. Piense, por ejemplo, en lo que sucedió al bombardear la embajada china en Belgrado durante la guerra de Kosovo, cuya importancia histórica, que la tiene, no se podía prever en modo alguno.

P. La segunda razón por la que me dirijo a usted para pedirle una previsión sobre el siglo XXI está estrechamente vinculada a su obra de historiador. Ha hecho fortuna su definición del siglo XX como un «siglo corto», que nace con retraso en 1914, con la primera guerra mundial, y que mue-

re prematuramente en 1991 con el colapso de la Unión Soviética.

Si su periodización es acertada, resulta que vivimos desde hace diez años en el nuevo siglo. ¿Disponemos ya del material suficiente para tratar de hacer una instantánea? ¿Se advierten ya los rasgos distintivos de una nueva era, o estamos todavía en una fase de transición de desembocadura incierta?

R. Esta es una pregunta mucho más difícil de responder. Fijar 1991 como el final del siglo xx «corto» fue una elección más personal que establecer su inicio en 1914, que resultaba más fácil, aunque cuando escribí la *Historia del siglo xx*, en 1994, aquélla no era la única posibilidad. En cierto sentido, escogí esa fecha por razones de conveniencia.

Las fechas exactas son siempre objeto de conveniencia histórica, pedagógica o periodística. Considere la guerra de Kosovo: es, desde luego, posible fijar el inicio de las hostilidades en la primera noche del bombardeo realizado por la OTAN y, sin embargo, sabemos perfectamente que la crisis de Kosovo venía gestándose desde hacía muchos años; ya en 1992 era evidente que iba a convertirse en algo grave y que afectaba a los intereses de los Estados Unidos de América. Washington advirtió oficialmente a Yugoslavia de esos intereses y para que las cosas quedaran bien claras envió tropas a Macedonia. Luego todo quedó diluido por la crisis bosnia. Pero al final de esa crisis podemos fijar de nuevo la fecha de inicio de la guerra en el comienzo de la limpieza étnica practicada por los serbios, o bien en el estallido de la revuelta armada del ejército de liberación de Kosovo (UCK).

Quiero decir que establecer unas fechas no es algo que enfrente a los historiadores: sólo se trata de una convención. Hay una sola pista clara sobre el final del siglo xx

«corto». Sabemos que, a partir de 1973, la economía mundial entró en una nueva fase. Y si se cree, como yo creo aún, en la teoría de las ondas largas del economista ruso Kondratief, aquella fase estaba destinada a terminar en cualquier momento de los años noventa. Exactamente cuándo, ya no estaba tan claro. Lo que yo pensé es que al inicio de ese decenio, la coincidencia del colapso de la Unión Soviética con una grave crisis, una depresión, en la economía de los países occidentales, señalaba una fecha razonable de cambio de era. Pero también es posible que haya sido la siguiente crisis económica, la de 1997-1998, la que haya marcado el fin de siglo. No hay forma de averiguarlo. No es posible decir cuándo ha terminado un período, sino mucho tiempo después.

Por ejemplo: es posible afirmar que la economía mundial, entre 1945 y el inicio de la década de los setenta, estuvo marcada por oscilaciones relativamente suaves. Mientras que, a partir de 1973, nos hallamos de nuevo ante una fase caracterizada por sacudidas muy fuertes: las crisis de 1980-82, 1990-91, 1997-98. Es posible que el futuro nos depare un ciclo similar, haciendo difícil establecer con precisión una fecha de paso de una edad a otra. También es evidente que los efectos del colapso de la Unión Soviética han sido muy graves y duraderos. Yo creía, y así lo escribí, que el problema iba a ser muy grave, pero ahora pienso que me quedé corto. Y si hoy tuviera que reescribir la *Historia del siglo xx*, sería más cauto al pronosticar una convulsión de la economía capitalista en el futuro próximo. Dadas las consecuencias que ha traído aparejadas el hundimiento de la Unión Soviética, esa situación podría tardar en presentarse todavía mucho más de cuanto preveía en mi libro. Todo esto hace muy difícil decir si hemos salido ya del siglo xx «corto».

Ello no obstante, creo que ya sabemos algo sobre cómo será la nueva era, porque algunas de sus características políticas y económicas están claras. Y es cierto que en muchos aspectos ya podemos decir que vivimos en el nuevo siglo. En términos de política internacional, en términos de ideología, está perfectamente claro que el fin de los regímenes comunistas de la Europa del Este señala una auténtica cesura histórica y que el mundo de hoy está condicionado por los efectos de aquellos acontecimientos. Podemos, pues, tratar de decir algo sobre esta nueva era.

P. *¿Dé dónde le viene esa confianza en la historia, que le lleva a tratar de leer en el pasado lo que nos depara el futuro? Quiero decir, ¿quiénes han sido sus maestros, con quién ha estudiado, quién le enseñó a amar el oficio de historiador?*

R. Leer a Karl Marx es lo que, por encima de cualquier otra cosa, despertó mi atracción por la historia. Es decir, Marx me hizo ver que la historia es una herramienta sin la cual no podemos comprender nada de lo que sucede en el mundo. Me convenció su idea de que la historia puede ser vista y analizada como un todo y que tiene... no quiero decir leyes, porque eso se parecería demasiado a una visión positivista al viejo estilo, pero sí una estructura y una regularidad, que es el relato de la evolución de la sociedad humana en el tiempo.

Debo decir que, en mis tiempos, los profesores no estaban interesados en este tipo de historia. Pero yo empecé a estudiarlo, me fue bastante bien con él y decidí abrazar esta disciplina. Hubiera podido estudiar sociología o antropología, materias que también tienen que ver con la evolución

de las sociedades, pero aprendí mucho de un profesor de Cambridge, Michael Postan, que procedía de la Europa del Este. Era el único que sabía algo sobre lo que se debatía en el continente y conocía la bibliografía continental, el único que había asimilado las lecciones de pensadores como Marx o las de los sociólogos y los historiadores rusos. Naturalmente, dada su condición de «ruso blanco», era un anticomunista furibundo, pero sabía un montón de cosas.

Nuestra generación aprendió historia, durante los diez años siguientes a la guerra, en seminarios regulares que reunían a historiadores amigos y militantes del Partido Comunista británico: el llamado «grupo de historiadores comunistas», Christopher Hill, Maurice Dobb, Edward P. Thompson, el medievalista Rodney Hilton, yo y otros. Durante esa época discutíamos de historia con especialistas de otros países, muchos de ellos franceses. Yo tuve una considerable simpatía hacia la escuela de los «Annales», pero con una diferencia: ellos creían en una historia que no cambia, creían en las estructuras permanentes de la historia; yo creo en la historia que cambia.

P. Usted no ha dejado nunca de reconocer su deuda con Marx, incluso cuando el marxismo parecía asediado por los hechos o se le creía sepultado para siempre. En su opinión, a ciento cincuenta años de distancia del Manifiesto comunista, los trabajos de Marx son de una actualidad increíble, casi profética, en cuanto se refiere a la previsión de la realidad. ¿En qué consiste, en definitiva, la lección de Marx?

R. Por encima de todo en haber comprendido que una fase histórica determinada no es permanente, que la socie-

dad humana es una estructura evolutiva afortunada porque es capaz de cambiar; y que, por tanto, el presente no es el puerto de arribo final. En segundo lugar, porque supo analizar el *modus operandi*, los modos en que funciona un sistema social determinado, y los motivos por los cuales ese sistema genera, o no consigue generar, las fuerzas del cambio. Por ejemplo: para analizar la economía china a lo largo de los siglos hay que comprender qué es lo que, en aquel país, dotado de tantos elementos de progreso económico y tecnológico, previno e impidió el cambio, qué fue lo que estabilizó, en vez de desestabilizar, aquella sociedad. Mientras que en Occidente el problema que hay que comprender es exactamente el contrario.

He aquí por qué la historia que me interesa es analítica, es decir, que se utiliza para analizar y no sólo para descubrir lo que sucedió. No quiero decir que sirva para comprender exactamente por qué el mundo ha evolucionado como lo ha hecho, pero ese tipo de historia puede explicarnos cómo varios elementos de una sociedad, que se relacionan entre sí, actúan de tal modo que llegan a crear una dinámica histórica. O, por el contrario, fracasan en conseguirlo.

1. GUERRA Y PAZ

P. *El «corto» siglo xx termina con una guerra, exactamente como comenzó, con la catástrofe de la primera guerra mundial. De nuevo arden los Balcanes. Como si el tiempo no hubiese transcurrido, la explosión de la cuestión nacional vuelve a poner a prueba la potencia de los imperios.*

¿Es que la historia se repite? ¿Cómo hemos llegado, desde el final de la guerra fría, al regreso de la guerra caliente? ¿Cómo es posible que el mundo tenga hoy más refugiados que nunca desde el fin de la segunda guerra mundial?

R. Es cierto; en determinados aspectos la guerra de los Balcanes es una guerra de rasgos antiguos. Es la continuación de las guerras balcánicas o, más en general, de las guerras producidas por el sistema internacional de las potencias del siglo xx, o incluso antes del siglo xix. La guerra en los Balcanes es, si se quiere, la última consecuencia, el último producto colateral de la Gran Guerra. Aquel conflicto vio el colapso de los imperios multinacionales preburgueses. El fin de los imperios de los Habsburgo y otomano creó el mapa nacionalista de la Europa sudoriental. En cambio, la Revolución de Octubre conservó la unidad de lo que ha-

bía sido el imperio de los zares. Hoy, desaparecido el régimen soviético, asistimos a consecuencias análogas en esa zona del mundo.

Sin embargo, en mi opinión, es más importante analizar la naturaleza general de la guerra y de la paz para entender cómo han cambiado ambas a fines del siglo xx. El carácter general de la guerra es un problema más importante que las razones específicas que la determinan.

Por ejemplo, es más importante que preguntarse si se ha tratado o no de una guerra justa. Esta cuestión se nos planteó crudamente como un problema enorme y urgente cuando la guerra se enconaba, en la primavera de 1999. Pero los historiadores del futuro, cuando la estudien, estarán mucho más interesados en otras preguntas, que son las que definirán los rasgos distintivos de este fin de siglo y darán indicaciones sobre el siglo que se inicia.

Así pues, lo que más me interesa comprender es lo siguiente: ¿cómo ha cambiado la guerra? En el doble sentido, político y tecnológico. Me hago, así, tres preguntas a las que me propongo dar otras tantas respuestas.

Primera: ¿es todavía posible una guerra entre las grandes potencias mundiales? La respuesta es no, mientras los Estados Unidos sigan siendo la única superpotencia. Es posible que, más pronto o más tarde, China alcance el nivel militar de los estadounidenses para poder rivalizar efectivamente con ellos. No me interesa aquí discutir si eso sucederá o no. Pero lo que me parece cierto es que, hasta que no se produzca, no es probable que estalle una nueva guerra mundial.

Segunda: ¿es posible una guerra nuclear? Por una parte, la escasa probabilidad de una guerra mundial hace también improbable una guerra nuclear. Pero, técnicamente hablando, el uso de armas nucleares en una guerra es, en mi opi-

nión, posible y no improbable, porque la tecnología ha hecho que esas armas sean cada vez más fáciles de producir y, en consecuencia, de disponer de ellas y de transportarlas rápidamente. Con lo que excluir el riesgo de una guerra mundial no quiere decir eliminar el riesgo de guerras en las que puedan utilizarse armas nucleares.

Tercera: ¿son posibles las guerras entre estados, al viejo estilo, a las que estamos más habituados? La respuesta es que nunca han dejado de producirse. Excepción hecha de las regiones del mundo en que las dos grandes superpotencias se enfrentaban directamente y estaban por lo tanto muy atentas para evitar el riesgo de una catástrofe nuclear, hemos visto conflictos en Asia meridional, entre la India y Pakistán, ha habido guerras en el Oriente Próximo, entre Irán e Irak. Es decir, que las guerras han continuado incluso en el período de la pesadilla nuclear.

Las posibilidades de que sigan estallando son, pues, altas. Ciertamente hay zonas del mundo en que eso parece bastante improbable. Por ejemplo, tendemos a olvidar fácilmente que ha habido regiones, como América Latina, en las que nunca, en el siglo xx, un ejército enemigo ha cruzado la frontera de otro estado, con la sola excepción de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935). Ha habido, eso sí, grandes masacres y guerras civiles, pero no guerra abierta entre los estados. ¿Hasta qué punto sucederá lo mismo en la Europa del siglo xxi? No lo sabemos. En cualquier caso, no se puede dar por excluido este tipo de guerras en el mundo del futuro. Y, sin embargo, tal vez ya no serán tan importantes como lo han sido durante el siglo xx.

P. *Pero, entonces, ¿cuál ha sido la novedad de la guerra en los Balcanes?*

R. Yo creo que la novedad de la situación que se ha creado en los Balcanes es que la línea divisoria entre conflictos internos y conflictos internacionales ha desaparecido o tiende a desaparecer. Y eso quiere decir que la diferencia entre guerra y paz, estado de guerra y estado de paz, también se ha difuminado.

La situación yugoslava es un ejemplo típico de lo que digo. Por una parte, nace de una tensión que los serbios consideran como asunto interno; pero, por otra, ha existido una intervención exterior. Durante todo el siglo XIX y hasta el fin de la guerra fría, hubiera sido imposible ver ejércitos extranjeros atravesando fronteras para resolver el conflicto interno de un estado. Incluso ha llegado a suceder que una de las dos partes en conflicto se negara a reconocer la existencia misma de un estado de guerra. Parece imposible negar que bombardear otro estado no sea una acción de guerra; y, sin embargo, la guerra no fue declarada oficialmente, y por ello ha habido quien haya podido sostener la inexistencia de un estado de guerra. Esta es la preocupante novedad de la situación.

Nos hallamos claramente ante una consecuencia del fin de la guerra fría. Durante ese período, la estabilidad relativa del mundo se basaba en la regla áurea del sistema internacional: nadie atravesaba las fronteras de otro estado soberano porque su efecto hubiera sido la ruptura del equilibrio. Sin embargo, al terminar la guerra fría, hemos asistido al fin de esta autolimitación. África central, Yugoslavia, Kosovo, Irak: no está claro si se ha tratado de guerras o no. El hecho mismo de las largas discusiones mantenidas sobre si eran justas o injustas es otro modo de expresar nuestra

perplejidad, nuestro estupor ante un fenómeno totalmente nuevo.

Norberto Bobbio dice con bastante lógica: yo ni siquiera deseo plantearme ese problema, porque la verdadera pregunta es si la guerra de Kosovo ha sido una guerra legal según las reglas del pasado. La respuesta es no. Las viejas reglas de la guerra y de la paz, que distinguían los conflictos internos de los internacionales, han sido vulneradas y no me parece en modo alguno que vayan a ser restauradas en breve plazo.

P. Hay también diferencias en el modo en que se hace la guerra...

R. Sí, y son enormes. Algunas imprevistas, otras menos. La primera diferencia radica en el modo en que la alta tecnología ha transformado la guerra. Al principio todos temíamos que esa tecnología habría de provocar conflictos más sangrientos y desoladores. Pero, desde la guerra del Golfo, sabemos que la alta tecnología proporciona una capacidad de destrucción mucho más precisa y discriminatoria. Las bombas inteligentes pueden elegir objetivos concretos y evitar otros. Dejemos a un lado los accidentes técnicos y el riesgo del «fuego amigo». Esta novedad es importante: la alta tecnología resucita la distinción —desaparecida en el siglo xx, cuando las guerras se cebaron cada vez más sobre la población civil— entre combatientes y no combatientes. Eso ha permitido decir a la OTAN, durante la guerra de Kosovo: nuestro objetivo no es la población civil, sino sólo los militares y sus instalaciones. Es casi un retorno a las viejas reglas de la guerra. Por lo menos como principio. Pero, por

otra parte, el progreso tecnológico permite un recurso más displicente, y más frecuente, a la destrucción. Quien se cree tan poderoso como para poder escoger con exactitud lo que quiere destruir, puede verse tentado más fácilmente a recurrir al bombardeo para resolver los problemas, como sucedió, por ejemplo, en el caso de Irak. En este sentido, la alta tecnología incrementa el riesgo de conflictos armados, por lo menos en lo que se refiere a las naciones que disponen de ella. Además, subvalora los riesgos de lo que se llama eufemísticamente «daños colaterales». Y no me refiero a la gente que muere por error, sino a los enormes daños que se causan en las infraestructuras sobre las que una comunidad vive y produce. Como no existe el riesgo de matar a demasiados seres humanos se puede pensar: pues bien, ésta es una forma más civilizada de hacer la guerra. Pero existen estimaciones según las cuales la economía serbia sufrió, en pocas semanas, mayores destrucciones de cuantas hubo de soportar durante toda la segunda guerra mundial. Y los efectos no recaen solamente sobre Serbia: la destrucción de los puentes sobre el Danubio, por ejemplo, afecta gravemente a la entera economía de una zona que va desde la Alemania meridional hasta más allá del mar Negro.

Finalmente, en el nivel inferior, el de los pueblos que no disponen de alta tecnología, se establece una enorme diferencia entre la guerra que llevan a cabo aviones que vuelan a quince mil metros de altura, que descargan bombas extraordinariamente sofisticadas, y lo que sucede a ras de tierra, donde la gente mata físicamente a otra gente, con machetes, con cuchillos, como pasó en África central. Este fenómeno fue evidente en el conflicto de Kosovo, donde se combatieron simultáneamente dos guerras diferentes, sin contactos entre la una y la otra.

En el pasado los guerrilleros iban armados con fusiles o ametralladoras, hoy en día disponen de lanzacohetes y armas antiáreas portátiles. Esta es otra herencia de la guerra fría, que inundó el mundo de complicados instrumentos de muerte. En el período en que no hubo guerras, la industria de armamentos siguió trabajando a toda potencia, como si se hubiera producido una movilización general. Obviamente el final de la guerra fría dejó disponible de repente un arsenal inmenso. Le pondré un ejemplo: la conclusión de la guerra civil en El Salvador arrojó de pronto al mercado cantidades ingentes de fusiles automáticos que se podían comprar en la frontera por 100 dólares y de allí se transportaban a Colombia, donde se revendían por 500. Un excelente negocio para mucha gente. Hoy el mundo está lleno de armas. Y eso crea una nueva situación en la que surgen grupos *free-lance* de la guerra. Gente no necesariamente ligada a un gobierno, pero en condiciones de combatir.

P. *Pero ahora se está usted refiriendo a guerras privadas y no ya a la guerra convencional.*

R. No es exacto, porque yo veo en todo esto la señal de otra innovación; es decir, la nueva relación que se va definiendo entre las guerras de los estados, o de movimientos organizados, y las guerras privadas dirigidas por particulares. Es una novedad potencialmente fundamental. En el siglo que se cierra, se daba por sentado, con algunas excepciones, que los conflictos armados eran cosa de los estados o de organizaciones cuasiestatales (los movimientos de la Resistencia en Italia o en Yugoslavia, el Congreso Nacional Africano, los movimientos de liberación nacional). No los

organizaban empresas privadas, como sucedía en Italia en la época de los *condottieri*. En Europa, hasta el siglo xvii, los estados alquilaban a los ejércitos. Por ejemplo, en la guerra de los Treinta Años, Wallenstein fue el último empresario que alquilaba su ejército a los estados en conflicto.

Hoy nos encontramos ante un retorno a la iniciativa privada en la guerra. Esto se ve muy claro en las zonas del mundo en las que los estados se desintegran, como en África, y donde las facciones en lucha e, incluso, los propios gobiernos utilizan a veces cuerpos de mercenarios.

A todo esto hay que añadir tendencias recientes que afectan a las guerras directamente vinculadas a los gobiernos y dirigidas por ellos, como la de eliminar el reclutamiento general, cosa que están haciendo países que hasta ahora habían basado su ejército en el servicio militar obligatorio. La tendencia general es la de echar mano de militares profesionales y de elevada cualificación.

Este proceso crea sin duda un margen para las actividades privadas. Aun en los países más adelantados existe hoy en día una zona gris en la que actúan juntos personal altamente especializado en funciones militares y empresas privadas que proporcionan servicios de protección y seguridad. En Gran Bretaña, frecuentemente, los militares que provienen de la jefatura de las fuerzas especiales de asalto, una vez han dejado el ejército, obtienen trabajos análogos en empresas que proporcionan a los gobiernos servicios técnicos y de consultoría en materia de guerra o de antiterrorismo.

Disponemos ya de numerosos estudios (por ejemplo, del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres) de prospectiva sobre la utilización de fuerzas armadas privadas en las guerras venideras. Algunos piensan que no tienen mucho futuro, sobre todo por su poca fiabilidad. Pero, por otra parte, ya hemos podido observar, por ejemplo en la guerra del

Golfo, cómo se recurre en gran escala a la empresa privada para que se encargue de la logística de la guerra. Algo parecido a lo que ocurrió en la vida civil durante el período thatcheriano, cuando se contrataron con terceros servicios que antes suministraba directamente el gobierno. Creo que el armamento, los transportes, el aprovisionamiento, la vestimenta de las tropas, se contratarán cada vez más con empresas privadas.

P. *Ya es así en Macedonia, donde una empresa estadounidense colabora con las tropas de la OTAN y tiene a su cargo la logística.*

R. Exactamente. Es un fenómeno nuevo, respecto al siglo xx. Característico de una nueva era. Surge, en parte, de una relativa desintegración del poder de los estados en algunas zonas del mundo. Y resucita figuras que, de hecho, al menos en Europa, no existían desde los siglos xv y xvi: los «señores de la guerra». Gentes que consiguieron influir en los asuntos políticos porque disponían de un ejército privado propio.

Me viene a la mente la situación que se produjo en China, durante cincuenta años, tras el colapso del imperio y antes de la revolución, cuando no existía verdaderamente un gobierno, sino tan sólo el poder que proporcionaban los ejércitos de los «señores de la guerra». Algunos eran antiguos bandidos como, por ejemplo, Chan Tso Lin, que gobernó Manchuria y llegó a general. Me parece que la situación actual, esa combinación de guerra privada y guerra de los estados, puede recrear esa práctica en zonas de profunda desintegración estatal.

Además, este fenómeno se ve reforzado por un nuevo elemento: la extraordinaria riqueza de que hoy disponen los particulares. En efecto, determinados individuos o grandes corporaciones poseen tanto dinero como los estados mismos. En buena parte gracias a la magnitud que han alcanzado las actividades ilegales, como el tráfico de drogas y el contrabando. Por lo que sé, ningún gobierno en solitario ha financiado el ejército de liberación de Kosovo (UCK). Y no lo ha hecho, entre otras razones, porque creo que lo último que los gobiernos occidentales quisieran ver es el nacimiento de un Kosovo independiente. Ni tampoco creo que el gobierno albanés les haya ayudado de forma significativa, porque no me parece que se encuentre en condiciones de prestar ayuda financiera a nadie. Por tanto, lo que mantiene en pie a la UCK es, casi con toda certeza, la industria de tráfico ilegal de las mafias kosovar y albanesa, del mismo modo que sucede en Chechenia. No estoy diciendo que se trate de dinero utilizado para una causa injusta. Lo que sostengo es que grupos que, de otro modo, no habrían tenido ninguna notoriedad política, la consiguen con recursos de los que antes no disponían. Esto está clarísimo en Colombia, donde el gobierno ha perdido el control, en la práctica, de amplias zonas del país, porque las bandas que las dominan disponen de la financiación suficiente como para resistir y combatir. En este momento no son precisamente recursos lo que falta en el mundo.

En las guerras del futuro estas cuestiones serán, en mi opinión, cada vez más importantes. Y tal vez semejante fenómeno es también, en parte, una respuesta a su pregunta sobre el número de refugiados, excepcionalmente alto, que hay hoy en el mundo. Trescientos milicianos bien armados, que no estén controlados directamente por ningún estado o gobierno, pueden incursionar fácilmente en vastas zonas y

limpiarlas de «enemigos». Como hemos visto en Kosovo, no es que se necesiten muchos hombres para incendiar casas y aldeas, para provocar una desbandada de la población. Cuanto menos estructurados, estatales, son los conflictos armados, más peligrosos son para las poblaciones civiles.

Tengo un conocido que ha trabajado durante algunos años con las Naciones Unidas en Sudán, país atormentado por una larga guerra civil. Me ha explicado que, para tener acceso humanitario a las zonas del sur, al principio tenían que hablar con los dirigentes del movimiento de liberación. Después, el territorio que éstos controlaban se quebró en una serie de taifas gobernadas por generales, que decidían la suerte de los refugiados, y entonces la ONU debía negociar con cada uno de ellos para poder socorrerles.

P. *Menos mal que existe la televisión para mostrarnos el drama de los refugiados.*

R. En el cambio del carácter de la guerra ha sido decisivo, sin duda, el nuevo papel que ha asumido la opinión pública. O, como quizá se podría definir mejor, el «efecto CNN». Hoy disponemos inmediatamente de noticias sobre cuanto sucede.

También este es un fenómeno de la posguerra fría. En gran parte porque el control gubernativo y la censura sobre la información son mucho menores que antes, y tal vez incluso sean imposibles. No sucedía así durante la guerra del Vietnam, y todavía menos en los años inmediatamente posteriores a ella. El extraordinario poder de la televisión hace hoy imposible que los gobiernos manejen una crisis internacional en la forma que solían. Pero la televisión es

también un instrumento del que disponen para movilizar a la opinión pública con una rapidez incomparable respecto al pasado. Piense en todo el tiempo que fue necesario para transformar el hundimiento del *Lusitania* o el incidente del golfo de Tonkín en un *casus belli*. El efecto televisivo es, en cambio, inmediato, pero al mismo tiempo incontrolable.

Eso se ha podido comprobar perfectamente por el modo en que tanto Saddam como Milosevich permitieron a los equipos de la televisión de los países que estaban en guerra contra ellos que se quedaran y filmaran lo que ellos querían mostrar a la opinión pública occidental; mientras que en el pasado la reacción natural habría sido un estalinista bloqueo de las pantallas.

Este fenómeno tiene efectos muy importantes sobre la política de la guerra.

P. *Usted acaba de señalar los nuevos caracteres que la guerra tiende a asumir a fines del «siglo corto». Pero, entre éstos, está la aparición en escena del concepto de «guerra justa» o «ética». ¿Es correcto, en su opinión, que las democracias hagan la guerra a los dictadores en nombre de los derechos universales del hombre?*

R. Sobre esto soy algo escéptico. No me parece que los gobiernos hagan las guerras porque sean justas o injustas. Tienden, eso sí, a legitimarlas, a buscar el apoyo popular sosteniendo que son justas. Es muy importante convencer a la opinión pública, es decisivo presentar la guerra de forma tal que la gente la considere legítima y justa. Pero es muy difícil encontrar en la historia ejemplos de gobiernos que

hayan ido a la guerra por otras razones que no hayan sido sus propios intereses nacionales.

Hay, obviamente, excepciones. Una de ellas la constituyen los regímenes revolucionarios, es decir, los que proceden de una revolución, que quizá se hayan lanzado a la guerra por diversos motivos, morales o ideológicos, o de liberación nacional. Pero muy pronto también estos regímenes, apenas consiguen consolidarse, adoptan en política exterior actitudes propias de los estados, y actúan con miras a sus intereses nacionales.

A este propósito es bueno que recordemos que los Estados Unidos de América son, hasta cierto punto, un poder ideológico, que proviene, exactamente como la antigua Unión Soviética, de una revolución, y que por lo tanto sienten el imperativo de dirigir el mundo según sus propios principios, como parte esencial de su política exterior.

Esto puede ser muy peligroso. No tengo dudas de que los Estados Unidos deseen cambiar el mundo, y que la tutela de los derechos humanos forme parte de sus ambiciones. Pero a pesar de ello, no soy capaz de indicar un solo episodio en el que los Estados Unidos hayan ido a la guerra exclusivamente para hacer el bien, si es que no entraban también en juego importantes intereses nacionales.

Es cierto que hoy en día se habla sinceramente de la importancia de los derechos humanos, para ver hasta qué punto puede garantizarse su defensa con el recurso a la fuerza militar. Pero yo sigo en mis trece: que ni la OTAN ni los Estados Unidos han pensado realmente en ir a la guerra por razones enteramente éticas, de principio. En definitiva, ni siquiera la segunda guerra mundial fue librada por estos motivos. Naturalmente los Aliados estaban del lado de la razón, y su victoria salvó al mundo del nazismo, pero el hecho es que las democracias europeas y la Unión Soviética se

vieron arrastradas a la guerra por Hitler, y los Estados Unidos por el Japón.

P. *Usted vivió el antisemitismo en Alemania por sus orígenes judíos. Para usted el 30 de enero de 1933 no significa tan sólo la fecha en que Hitler fue nombrado canciller del Reichstag, sino que —así lo recuerda— «era un atardecer de invierno en Berlín, yo tenía quince años y regresaba a casa, a Halensee, con mi hermana más pequeña, desde la escuela que se encontraba en Wilmersdorf, y en algún lugar durante el trayecto alcancé a ver los titulares de un periódico. Aún los veo, casi como en un sueño».*

¿Coincide usted con Elie Wiesel en que hay que parar el odio étnico recurriendo incluso a la fuerza antes de que pueda descargar sus golpes? ¿Cree que la limpieza étnica que ha hecho Milosevich constituye un delito de genocidio, o que pueda ser comparable al Holocausto?

R. No me lo parece. «Genocidio» se ha convertido en un término utilizado con exceso y, por tanto, se ha depreciado; algo así como lo que ha sucedido con la palabra «fascismo». El genocidio es un proyecto de eliminación total de una etnia. De algún modo, es una extensión lógica, y extrema, de la limpieza étnica. Hoy van apareciendo informaciones que nos hacen pensar que la limpieza étnica que se realizó en Srebrenica se aproximó al genocidio. Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre expulsar a un pueblo de su propia tierra, decirles «idos a cualquier otro sitio», obligarles a hacerlo por la fuerza, y practicar, en cambio, la eliminación total. Los nazis asesinaron a hombres, mujeres, viejos y niños judíos. En la limpieza étnica se deportan mu-

jeros, viejos y niños, y se seleccionan a los hombres en edad de combatir para hacerlos prisioneros o aniquilarlos. De ningún modo esto reduce la gravedad moral de la limpieza étnica, pero yo creo que debemos saber distinguir. La limpieza étnica es un fenómeno que se manifiesta según varios y diversos niveles de gravedad, y puede ser llevada hasta los extremos del genocidio. Es algo ya de por sí lo bastante horrible, no hay ninguna necesidad de empeorar su sentido identificándola con el genocidio.

La realidad es que, aunque a nadie le gusta decirlo en público, generales y políticos no dudan en afirmar, en privado, que con frecuencia, en la historia, la limpieza étnica sirve para simplificar los problemas. He aquí una razón más para mi escepticismo sobre las motivaciones morales de la guerra en Kosovo. Si los alemanes no hubieran sido expulsados de Eslovenia, ese país tal vez no sería hoy el lugar tranquilo y apacible que conocemos. Al final, el conflicto en Bosnia se resolvió y se terminó separando a las diversas poblaciones que lo habitaban en distintas zonas del país.

Personalmente creo que es un error aceptar esa situación, ni siquiera que se plantee como principio, ni que se debata en términos teóricos como una posible solución. Pero vivimos en un mundo muy violento, y eso sucede.

P. Pero, entonces, si no fueron las instancias morales las que impulsaron a la OTAN, ¿cuál fue el interés que empujó a los países que la constituyen a bombardear Serbia?

R. Para algunos países de la Alianza Atlántica el objetivo esencial fue no perder el contacto con los Estados Unidos. Es el caso de estados como Polonia que no tienen un inte-

rés específico en Kosovo, y que desde luego ni se les había pasado por la cabeza participar en una guerra al día siguiente de adherirse a la OTAN. Muchos otros países han tenido sus prioridades específicas, como Italia y Francia. Por lo que se refiere a Gran Bretaña sigue rigiéndose por el principio histórico de una política exterior que le impone alinearse al cien por cien con los Estados Unidos. Los países restantes practicaron no diré la hipocresía, porque hay gente que cree sinceramente en lo que dice, pero desde luego no tenían ninguna motivación seria para intervenir en la guerra.

Para los estadounidenses, en cambio, la guerra de Kosovo ha sido una cuestión más complicada. Al principio se interesaron en los Balcanes porque Europa había fracasado clamorosamente, al inicio de los años noventa, en el objetivo de estabilizar la zona. Los norteamericanos tuvieron que entrar en juego porque en aquel momento comprendieron que, como única superpotencia mundial, no podían quedarse fuera. Al menos una parte de los Balcanes es una zona estratégica, incluso geográficamente, demasiado importante para la estructura de la OTAN como para pensar en descuidarla. De hecho los norteamericanos fueron los primeros en enviar tropas a Macedonia, ya en 1992, y Bush declaró explícitamente a Yugoslavia su interés estratégico, que incluía la suerte de Kosovo. Y lo tuvieron que hacer por muchas razones, de las cuales no era la última la conciencia de que las Naciones Unidas, no siendo un poder independiente sino basado en la autoridad que le confieren las superpotencias, no habrían sabido afrontar y resolver la crisis bosnia.

Así pues, tras el fin de la guerra en Bosnia, los Estados Unidos se encontraron en una situación de la que no podían zafarse, pero en la que tampoco podían actuar solos, sin el apoyo de la Alianza. En mi opinión, vieron también la

crisis bosnia como una ocasión —cosa que aún no comprendo cabalmente— para conferir un nuevo papel a la OTAN, para reconstruir su función y su sentido tras el fin de la guerra fría.

Los Estados Unidos se consideran hoy la potencia a la que corresponde la responsabilidad de estabilizar el mundo, recurriendo, cuando es el caso, a operaciones de policía internacional. Es decir, deben poner de manifiesto su propio poder allí donde sea necesario para mantener sofrenados a los enemigos potenciales de la OTAN.

Por eso es por lo que creo que el futuro de la OTAN ha sido la verdadera razón de la intervención de la OTAN. No hay que olvidar que, cuando Clinton explicó los motivos por los cuales había decidido iniciar los bombardeos sobre Serbia, indicó en primer lugar la defensa de la credibilidad de la OTAN y, por tanto, de los Estados Unidos. No creo que la defendiera muy bien ni con excelentes resultados, pero está claro que la OTAN tenía que hacer algo. En todo caso, para resolver la crisis humanitaria había otras muchas formas posibles de actuar.

P. Pero entonces, ¿qué es lo que se puede hacer para detener a un dictador que dispone a placer de su pueblo? ¿Hay que excluir a priori la intervención armada?

R. Hay excepciones, naturalmente. Y Bosnia era, sin duda, uno de estos casos. Por otra parte, hay que seguir algunos criterios. Ha habido dos importantes casos de intervención militar que han conseguido poner fin a crímenes contra la humanidad y expulsar a dictadores sanguinarios. El primero fue la intervención militar de Vietnam en Camboya, para

derrocar el régimen de Pol Pot. Y el otro el de Tanzania en Uganda, gobernada por Idi Amin.

Creo que ambos casos estuvieron justificados. Pero la verdadera razón por la que no tengo reservas sobre estas dos guerras es que ambas se saldaron con éxito, fueron eficaces para conseguir su objetivo y se concluyeron en un lapso de tiempo relativamente breve. Una de las razones de mis reservas sobre la intervención en Kosovo es que no fue dirigida de esa forma, porque estaba claro desde buen principio que descargar algunas bombas sobre Serbia habría de empeorar y agravar la situación de los prófugos.

Debo añadir que, muchos años después de que el Vietnam hubiera puesto fin al régimen de Pol Pot, los Estados Unidos y China continuaron ayudando a las fuerzas del dictador; una muestra más, si cabe, de que la política de los estados y de las potencias no está determinada en primer lugar por consideraciones éticas.

Del mismo modo creo que la intervención humanitaria en Bosnia no fue concebida como tal. Y por tanto no fue eficiente. Anunciaron que querían proteger los enclaves musulmanes, pero no dispusieron las acciones que habrían podido garantizar ese objetivo.

Creo que precisamente a causa de las nuevas imbricaciones entre política interior y política internacional, la intervención en los asuntos internos de un estado debe responder a criterios y reglas bien definidos. Hay que abrir una discusión sobre este punto: ¿cuáles son las nuevas reglas del sistema internacional de las potencias? Hay que recuperar una situación en la que nadie pueda emprender una acción militar si no existe un consenso amplio y basado en razones graves. No puede funcionar un mundo en el que alguien dice: soy lo bastante fuerte para intervenir, luego intervengo.

P. *Los serbios han combatido en defensa de la soberanía del estado-nación. Los albaneses de Kosovo se han rebelado en nombre de su pertenencia étnica a otra nación. La globalización nos había anunciado el fin del estado-nación y, sin embargo, aquí está de nuevo, ahora más que nunca amparado por justificaciones étnicas o religiosas, que con frecuencia hunden sus raíces en la historia medieval. ¿Qué está pasando?*

R. Creo que debemos distinguir entre dos significados del término «estado-nación».

En el sentido tradicional significa un estado territorial, sobre el cual la gente que lo habita, la nación, tiene alguna soberanía política. Este es el sentido del estado-nación tal como salió de la Revolución francesa y, en parte, de la Revolución de los Estados Unidos. No es una definición del estado en un sentido étnico o lingüístico, sino político: el pueblo que elige su gobierno y decide vivir bajo una determinada Constitución y unas leyes concretas.

El otro significado que ha adquirido el término es, en comparación, mucho más reciente, y consiste en la idea de que cada estado territorial pertenece a un pueblo determinado, caracterizado por peculiaridades étnicas, lingüísticas y culturales, y que eso es lo que constituye la nación. De acuerdo con esta idea, en un estado-nación existe una sola nación, siendo los otros, en cambio, minorías que viven en el mismo lugar, pero del que no forman parte.

Hay una crisis en ambos tipos de estado-nación. Pero debemos saberlos distinguir.

En Yugoslavia nos encontramos frente al colapso de un estado en el que diversas naciones, en sentido étnico, vivían juntas y su transformación en una serie de estados, cada uno

de los cuales persigue excluir de la ciudadanía a las otras naciones.

En mi opinión hay en realidad pocos indicios de una presión desde abajo, desde las masas, para conseguir la desintegración de los estados multinacionales, al menos en circunstancias normales. Recientemente hemos podido comprobarlo en los casos de Escocia y de Gales. Ambos pueblos, escoceses y galeses, tienen muy claro el hecho de que no son ingleses, y ni siquiera toleran que se les defina como a tales; pero incluso hoy en día, cuando se han consolidado en los dos países fuertes movimientos nacionalistas e incluso separatistas, éstos son minoría. Hasta ahora, con los hechos en la mano, no conozco ni un solo caso de secesión decidida por un voto auténticamente democrático. No estoy diciendo que sea imposible, sino que, pese a todos los grandes debates sobre el principio de autodeterminación de los pueblos, en la realidad eso no ha sucedido nunca, ni se ha hecho patente un auténtico impulso desde abajo.

Naturalmente, una vez que, por cualquier razón histórica, la separación ya se ha producido en los hechos es fácil encontrar una mayoría favorable y con frecuencia incluso una amplia mayoría. Una vez que los estados multinacionales se cuartejan, se desintegran, entonces —y sólo entonces— las comunidades territoriales se ven forzadas a establecer nuevos vínculos y a elegir nuevas lealtades.

Yugoslavia es un ejemplo perfecto de lo que digo. Era un estado multinacional, y en mi opinión no había ninguna razón seria para pensar que saltaría en pedazos por el empuje político de sus naciones; no más de las que se podían esperar para que la Unión Soviética estallara a causa de la presión interna de sus nacionalidades. Ni siquiera en el imperio de los Habsburgo antes de la primera guerra mundial,

que sin embargo tenía graves problemas nacionales, existía de verdad el peligro de que saltase por los aires, por lo menos no hasta el estallido de la guerra misma. Como máximo podría decirse que en un par de naciones del imperio existían tensiones irredentistas: las minorías italianas o rumanas, por ejemplo, excitadas por su proximidad geográfica con los estados a los que pertenecía su nacionalidad. La verdad es que cuando, por cualquier razón histórica, estos imperios desaparecen, las nacionalidades se ven obligadas a buscar soluciones alternativas, casi a encontrar una justificación para lo que ha sucedido.

P. *¿Cómo se inventa la historia con fines nacionalistas para construir un consenso en torno a un régimen? ¿Puede ponernos algún ejemplo? ¿Cómo es posible que una derrota militar del siglo XIV se transforme en el mito fundacional del nuevo nacionalismo serbio seis siglos más tarde? ¿Qué es lo que impulsa a ciudadanos europeos del siglo XXI a emparejar la actualidad con la cronología de acontecimientos de otra época?*

R. Los mitos nacionales constituyen otro problema en el que hay que saber distinguir entre lo que llega desde abajo y lo que se impone desde arriba.

Esos mitos no surgen espontáneamente de la existencia real de la gente, son más bien algo que la gente aprende de alguien: de los libros, de los historiadores, de las películas; hoy en día de los que hacen televisión. En general no forman parte de la memoria histórica ni de una tradición viva, excepto en circunstancias especiales, que se dan cuando, lo que un día se convertirá en mito nacional, nace de la reli-

gión. Es el caso de los judíos, para quienes la idea de la expulsión de la tierra de Israel y de su seguro retorno a ella forma parte de la práctica y de la literatura religiosas. Hasta cierto punto, esto es también así para los serbios, porque la pérdida del estado serbio en la Edad Media comenzó a formar parte de la liturgia de la Iglesia ortodoxa y casi todos los príncipes serbios se convirtieron en emblemas de la fe ortodoxa. Un caso especial. Pero incluso aquí no se trata de algo que el pueblo recuerde espontáneamente: lo recuerda sólo porque hay alguien que se lo recuerda de forma constante.

P. Pero entonces, ¿de dónde procede, cómo nace un mito nacional, y cómo se le transforma en una justificación del nacionalismo?

R. El ejemplo extremo que conozco y que ilustra óptimamente este proceso es el caso de Israel. No hay duda de que el mito histórico de la expulsión de Palestina, y el ideal del retorno, no fue concebido como un programa político al menos hasta el final del siglo xix. La verdad es que se formó con independencia del devenir histórico del pueblo hebreo.

Durante siglos, dado que los judíos creían que no podrían regresar a Jerusalén hasta que no llegase el Mesías, y al mismo tiempo creían —y creen— que el Mesías aún no ha llegado, el retorno a Israel no fue un objetivo político práctico. En realidad sólo a partir de 1967, y por primera vez, se manifestó en el seno de la religión judía una tendencia a aceptar el estado de Israel sobre la base de que las victorias conseguidas en las guerras de los años sesenta eran tan mi-

lagrosas que verdaderamente apuntaban a la llegada del Mesías. Es la peripecia casual de la historia lo que hizo posible, para la fe ortodoxa, aceptar algo que, hasta entonces, rechazaba de pleno, porque tradicionalmente el sionismo ha estado enfrentado con la ortodoxia religiosa hebrea.

Pero el caso es que hoy Israel existe. E Israel, al igual que el sionismo, no tiene ninguna cimentación histórica. Es más, se trata de algo que va contra la historia entera del pueblo judío, desde el Imperio romano hasta finales del siglo XIX. La única historia que Israel puede utilizar para justificarse a sí misma se remonta a dos mil años atrás. Todo lo que ha sucedido desde entonces se pone entre paréntesis, porque no justifica la fundación de Israel ni las guerras de ese estado. El descubrimiento del Templo en Jerusalén fue transformado en un hecho político moderno para sostener que esa ciudad había sido siempre el centro de la religión judía y por lo tanto era la capital del pueblo judío. (Diré de paso que hablar de capitales en un período anterior al Imperio romano tiene poco sentido, pero esta es otra cuestión.) Los judíos utilizaron el acontecimiento para justificar no sólo la fundación de su estado, sino también el tratamiento de capital que dieron a Jerusalén. Un argumento parecido es el que han utilizado los serbios en Kosovo. De este modo, se justifica una situación política de hoy con un acontecimiento histórico que no tiene nada que ver con el presente, pero que era cierto hace seis siglos o hace dos mil años; y que se utiliza como un sustituto de todo lo que ha sucedido en el ínterin. Se reconstruye, así, una historia lo suficientemente heroica y militante, ya se adapte al Israel de 1945 o a la Serbia de hoy. El mejor ejemplo lo encontramos en lo que se ha convertido en una especie de ritual o ceremonia histórica en torno a la roca de Masada.

Masada, al decir de los arqueólogos nacionalistas, era el

lugar en el que 900 judíos resistieron a los romanos hasta el fin, hasta llegar al suicidio colectivo. Este acontecimiento fue transformado en un rito nacional en el que todos los jóvenes israelíes deben tomar parte, en un lugar al que se lleva a todos los turistas extranjeros. Semejante proceso se ha construido en gran parte arrinconando todos los demás aspectos de la historia que no se adaptaban al objetivo nacionalista. Israel es sólo un ejemplo, pero un excelente ejemplo, porque la arqueología israelí, que al principio estuvo muy politizada, se desentendió deliberadamente de casi todos los demás elementos de la arqueología local para concentrarse en lo que justificaba la fundación de una ideología nacional y patriótica.

Pero lo mismo sucede en Grecia. Cuando Grecia conquistó la independencia, Atenas no era en absoluto su capital. En realidad, no había sido nunca la capital de Grecia, había sido sólo una ciudad muy importante en la antigüedad clásica. Pero se la escogió como capital por quienes, como en el caso de Israel, tenían necesidad de remontarse a alguna gloria pasada, con pocas conexiones con la realidad histórica. Atenas, por otra parte, estaba habitada por un 50 por 100 de albaneses. Se convirtió en aquello que debía convertirse cuando el nuevo rey, bávaro por otra parte, la reconstruyó en un estilo arquitectónico neoclásico, de suerte que empezara a parecerse a lo que se fingía que había sido siempre: la capital de la Grecia unida.

En resumen, se rediseña el pasado, de forma parecida a lo que se hace en la alta costura, para vestir bien un objetivo político determinado, de tal forma que se le haga aparecer como aquello que se quiere que sea.

P. *Pero ¿por qué esas mistificaciones ejercen una influencia y una fascinación tan fuertes sobre los pueblos?*

R. Es difícil de decir. Creo que en parte es porque al final las elites, las minorías cultas que gobiernan, consiguen imponer su versión de la historia y de la literatura sobre el resto del pueblo. Por otra parte, la idea de que la Grecia moderna sea la heredera de la antigua Atenas y de Pericles es algo que a ningún griego, en la época de la independencia, se le pasaba por la cabeza. Los griegos no participaron en los combates para restaurar la antigüedad clásica, sino más probablemente porque consideraban que combatían en defensa de la religión ortodoxa contra los turcos, por el Imperio bizantino contra quien lo había derrotado. Bizancio y la religión ortodoxa: éstas eran las tradiciones verdaderamente vivas en Grecia. Y naturalmente, cuando se crea un nuevo estado, con un nuevo sistema educativo —en el caso de Grecia, se intentó incluso dar vida a una nueva lengua literaria más próxima al griego clásico—, más pronto o más tarde la gente aprende; y, hasta cierto punto, esa reconstrucción de la historia ejerce su influencia sobre ella.

Hay, luego, un elemento más potente que tiene valor general y no sólo para la construcción de nuevos estados. Y es que, especialmente en la última parte del siglo xx, en una época de cambios e inseguridad constante, el temor de que el mañana no sea igual al ayer, la necesidad de valores permanentes, de rasgos «fundamentales», adquiere una gran importancia psicológica, y no sólo para los individuos sino también, e incluso más, para la comunidad. Pensemos en el surgimiento, aun en zonas donde no es posible vivir aislados —por ejemplo en los Estados Unidos, donde llegan constantemente oleadas de gentes nuevas que se instalan allí—, de un afán de prioridad, del deseo de decir: estamos aquí,

esta es nuestra tierra, los otros llegaron después, nosotros somos los que siempre hemos estado aquí.

Es una especie de versión secular de la eternidad. Me acuerdo ahora del singular caso de los movimientos políticos de los indios de América. La convicción común entre los estudiosos de la prehistoria es que el género humano alcanzó América a través del nordeste de Asia, el Pacífico, Alaska, y después colonizó el continente de forma gradual. Relativamente bastante tarde, hace menos de cien mil años. Para los militantes del movimiento de los nativos americanos esta teoría es totalmente inaceptable, porque los hace demasiado jóvenes. Y de este modo nos encontramos con una propaganda que afirma: no nos interesa lo que diga la prehistoria, nosotros siempre hemos estado aquí, estábamos aquí antes que nadie. Y el absurdo mismo de esa reivindicación me indica que debe ejercer una fascinación emocional muy intensa y auténtica. En especial entre gente que no puede tener ninguna seguridad, por otros motivos, de ser única, ni de poder permanecer para siempre donde siempre ha estado, porque está sujeta a un mestizaje constante y destinada a desplazarse a lo largo y ancho del mundo.

Por alguna razón, desde el punto de vista de la psicología social, es ventajoso poder presumir de cierta edad. Ese es el motivo por el cual el nacionalismo, aunque sea un fenómeno muy joven, reivindica invariablemente que es muy antiguo. Porque una edad venerable satisface esa necesidad de valores permanentes y de sentido de la prioridad. Es, por tanto, un fenómeno muy complejo; para explicarlo debemos proceder por aproximaciones, y es imposible ofrecer respuestas unívocas y convincentes.

2. LA DECADENCIA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE

P. *Los resurgires nacionalistas que usted acaba de analizar se dan a la vez que se produce en muchas partes del mundo la ruina de los estados, el colapso de estructuras institucionales y jurídicas y su sustitución por el imperio de las bandas, etnias o grupos violentos. O simplemente —como es el caso de los paraísos fiscales— por los comités de dirección del capitalismo global. ¿Qué destino le aguarda en el siglo XXI a la forma «estado»?*

R. Yo creo que nos encontramos ante la inversión de una tendencia secular, de una onda larga de la historia que se movía en la dirección de la construcción y el fortalecimiento progresivo de los estados territoriales, los estados-nación en el sentido político del término. Es una tendencia que ha marcado el mundo desarrollado desde el siglo XVI hasta, yo diría, que los años sesenta del siglo XX.

Es interesante que este proceso se haya desarrollado de forma totalmente independiente de las características ideo-

lógicas de los estados, especialmente a partir del siglo XVIII. Quiero decir que se producía en todas partes, ya fuesen los regímenes liberales, conservadores, comunistas, fascistas o cualquier otro. Lo que sucedió fue que el estado cada vez era más capaz de definir el área y la población sobre las que gobernaba; disponía de mayor información para ejercer su soberanía y actuaba de forma que pudiera desarrollar una actividad administrativa cada vez más eficaz. Es decir, que adquiría conocimientos, conquistaba poder y ensanchaba sus ambiciones y la gama de iniciativas y responsabilidades que había decidido asumir.

Cuando este proceso alcanza su apogeo, hacia mediados del «siglo corto», hay muy poco que el estado no controle. Recuerde usted la tesis del sociólogo inglés Thomas Marshall sobre la ciudadanía: primero se alcanza la ciudadanía civil, legal y de derechos; después la ciudadanía política, consistente en la participación; y, finalmente, llega la ciudadanía social.

Desde el punto de vista del estado, eso ha querido decir que éste, antes que nada, asumió el monopolio de la ley, la transformó en ley del estado; luego la política se convirtió en política nacional y todas las demás formas fueron subordinadas a ella o se hicieron depender de ella. Finalmente, el estado emprendió una amplia gama de actividades: desde la posesión de un ejército —por lo menos a partir del siglo XVII— hasta gestionar las industrias y planificar la economía toda, de tal suerte que ya nada escapaba a su control. Y no me estoy refiriendo a los regímenes totalitarios. El Reino Unido, el estado más liberal de principios del siglo XIX, tenía ya un enorme poderío no sólo porque sabía muy bien lo que ocurría en su propio territorio, sino también porque controlaba perfectamente su administración.

Hasta el siglo XIX ningún estado estuvo en condiciones

de efectuar un censo eficaz. Antes de esa época era prácticamente imposible disponer de un sistema regular de control de la población rural. Incluso era muy difícil saber con precisión cuáles eran los confines territoriales exactos que alcanzaba su soberanía. La frontera entre España y Francia, pese a que los Pirineos representan una línea divisoria absolutamente clara, no fue definida en detalle hasta el Tratado de 1868.

Esta tendencia de los estados territoriales a incrementar su precisión, su conocimiento, su capacidad técnica, su poder y sus ambiciones se sigue casi ininterrumpidamente, incluso en el período de la política del liberalismo mercantil, hasta fines de los años sesenta del siglo xx. Le pondré dos ejemplos.

Uno es el extraordinario éxito que obtuvieron en el siglo xix todos los estados de primera fila del mundo en desarmar al pueblo: dicho de otro modo, que lograron trasladar el monopolio de los medios de coerción a sus propias instituciones. Antes era más fácil desarmar a los campesinos que a los nobles. El mismo Maquiavelo reflexiona largamente sobre este problema. En el siglo xix sorprende verdaderamente la capacidad que tienen la mayoría de los estados para impedir a cualquiera la libertad de circular armado. Una de las pocas excepciones la constituyen los Estados Unidos que, aun pudiéndolo, decidieron no hacerlo. En Canadá, por ejemplo, sí se prohibió portar armas.

El otro ejemplo es el orden público, que forma parte del mismo fenómeno. El grado de orden público que se consiguió en los países desarrollados de Europa es un fenómeno histórico extraordinario.

Hay, también, otro elemento, que llega no diré con la democracia, pero sí con la participación de la gente corriente en el proceso político: y es la lealtad y subordinación, volun-

tariamente asumidas, de los ciudadanos a sus gobiernos. No a los patricios, sino al estado, a la nación. Sin esta voluntad no hubieran sido posibles las guerras basadas en el reclutamiento, es decir, en los ejércitos de leva. Tal vez recuerde usted lo que escribió Thomas Hobbes en el siglo xvii: lo único que ningún estado, ni siquiera el Leviatán, puede hacer es obligar a la gente a matarse o a dejarse matar. Y, sin embargo, los estados modernos lo han conseguido, y además repetidamente. No sólo por coerción, sino también convenciendo a cada ciudadano de que, si se identifica con una colectividad, debe estar dispuesto a arrostrar incluso ese acto extremo de renuncia a su propia libertad. La obediencia voluntaria al estado ha sido parte esencial de su capacidad de movilización, y después también de la democratización.

Este proceso, que se desarrolló a lo largo de los siglos, alcanzó su apogeo en los años sesenta del siglo xx, cuando todos los países del mundo, incluidos los más capitalistas, quedaron estructurados en forma de estados dotados de un enorme poder. Y Estados Unidos más que ningún otro.

P. *¿Qué es lo que pasa en cambio a partir de los años sesenta del siglo xx?*

R. Esta tendencia parece detenerse. No sé si se ha invertido, pero lo que es cierto es que se ha agotado el impulso que la movía. Pero entendámonos, lo que se reduce no es el poder del estado, por lo menos en teoría. Hoy en día, su capacidad de saber y controlar cuanto ocurre en su territorio es mayor que nunca. El estado se halla en situación de escuchar cualquier conversación, incluso las que puedan tener lugar en la cima de una montaña. Hay una extraordinaria

profusión de telecámaras que controlan cada espacio de la vida social durante las veinticuatro horas del día. Nunca antes en la historia se había alcanzado un mayor grado de vigilancia y control.

No estoy afirmando, pues, que el estado haya perdido poder. Pero sí es cierto que ha perdido, en cierto grado, el monopolio de los medios de coerción. En parte por la facilidad con que hoy en día se puede disponer de cierto tipo de armas, pero también —y esto hay que recalcarlo— porque los ciudadanos son cada vez menos reacios a utilizarlas.

En mi opinión, hoy en día los ciudadanos están menos dispuestos a obedecer las leyes del estado de lo que lo estaban en el pasado.

Creo que uno de los primeros ejemplos de este fenómeno lo constituyen los hechos del 68. Tratemos de comparar mentalmente el comportamiento de la Nueva Izquierda, estudiantes y radicales, ante los tribunales de Estados Unidos con la actitud que adoptaron los acusados de comunismo. Éstos, es verdad, sé negaban a facilitar pruebas contra ellos mismos, se acogían a la Quinta enmienda, pero se comportaban más o menos según las reglas establecidas que, en definitiva, aceptaban. La Nueva Izquierda, en cambio, no se plegaba a las leyes, rechazaba todo el procedimiento, se comportaba como si ya no reconociera las reglas fundamentales sobre las que se basaba la conducción de los asuntos públicos, todo aquello que, hasta aquel momento, se consideraba como el deber del ciudadano.

Otro ejemplo es el orden público. En los años setenta los superintendentes de la policía inglesa advirtieron al gobierno que no iban a poder garantizar en el interior del país los niveles de paz y de orden público conseguidos hasta aquel momento.

Las manifestaciones contra la guerra en Vietnam son,

aún, un tercer ejemplo: tenían más de revueltas que de manifestaciones pacíficas. El cenit del estado moderno coincidía con la institucionalización, casi la ritualización, de la protesta social como parte del proceso político regular. Esto sucede también en Europa en los años setenta.

La prueba más evidente de este fenómeno ha sido la duradera incapacidad de los países, incluidos los más fuertes, de acabar con la presencia de fuerzas armadas organizadas dentro de su propio territorio. El IRA, por ejemplo, ha significado la coexistencia, en Irlanda del Norte, durante treinta años, de una administración estatal regular con elementos de gobierno del territorio que actuaban fuera de su control. Y ello a pesar de que el IRA haya contado, en relación al estado, con un número de hombres incomparablemente menor y haya dispuesto de un armamento también incomparablemente inferior.

Puede ser que lo que estoy describiendo sea temporal, pero lo cierto es que a partir de los años setenta este fenómeno se ha visto reforzado por la ideología de los gobiernos neoliberales, dirigida explícitamente contra el estado con el fin de debilitarlo, de invertir deliberadamente la tendencia histórica de que su papel en la economía fuera cada vez más importante, y de un modo general de debilitarlo en todas sus funciones.

Esto no quiere decir que los estados se hayan desintegrado. Gran Bretaña, que ha tenido que convivir en el Ulster durante más de treinta años con una situación prácticamente de guerra civil entre facciones, tal vez se haya debilitado pero desde luego no se ha desintegrado. Insisto, sin embargo, en que esa situación señala un cambio en las relaciones entre el estado y las actividades no estatales en su propio territorio.

La otra parte del problema lo representan aquellas zonas del mundo en las que tiende a desaparecer cualquier traza de estado. En nuestros días tenemos —y considero que se trata de un fenómeno nuevo— grandes regiones de África y considerables zonas de Asia occidental y central en las que es prácticamente imposible hablar de un estado que funcione. Tal vez suceda lo mismo en los Balcanes. No está nada claro si hoy podemos hablar de un estado que funcione en Albania. El contraste es sorprendente porque, guste o no, hasta el ocaso del comunismo en Albania existía un estado. Como también lo había, hasta el fin del comunismo, en el Cáucaso septentrional. Y donde ahora ya no lo hay.

Yo creo que tanto la inversión de la tendencia secular al reforzamiento de los estados territoriales, como la desintegración y la desaparición efectiva de algunos estados están relacionadas en un aspecto: la pérdida, por parte del estado soberano, del monopolio de la fuerza de coerción.

En algunos casos, como sucede en Afganistán, ya no existe el estado, sino taifas, como sucedía en el siglo xv durante el feudalismo; con facciones más o menos armadas, más o menos ligadas a aristócratas y terratenientes que combaten entre sí para conseguir un cierto grado de equilibrio. En otros casos, como en África, no hay ni siquiera esto.

La desintegración de los estados en estas zonas del mundo proviene, fundamentalmente, del colapso de los imperios coloniales, del final de la época en la que los grandes países europeos controlaban, directa o indirectamente, grandes extensiones del mundo, habitadas por sociedades no estatalizadas a las que habían impuesto un determinado orden interno y externo. Este análisis es también válido para los territorios conquistados por Rusia, como el Cáucaso, no antes del siglo xix. Ahora vemos con toda claridad que tan sólo en algunos casos este proceso fue algo más que

una imposición exterior. En Albania, por ejemplo, donde antes de 1913 no existía el estado porque no existía Albania, está fuera de toda duda que durante el régimen comunista había un estado que funcionaba, aunque sólo fuera, si se quiere, por compromisos con los poderes no estatales. Pero apenas desapareció aquel régimen, Albania regresó *de facto* a un sistema de guerra de clanes, lo mismo que sucede en el Cáucaso o en Chechenia.

Lo que ha ocurrido en estos lugares del mundo me parece, en ciertos aspectos, análogo a lo que sucedió en Europa occidental tras la caída del Imperio romano. Toda autoridad central desapareció. En algunos casos, subsistieron autoridades locales que aún conseguían hacerse escuchar; en otros, se llevó a cabo la conquista por parte de grupos procedentes del exterior que se establecieron allí; pero lo que está claro es que, de hecho, desaparecieron durante largo tiempo las estructuras estatales regulares y permanentes en amplias zonas de Europa.

Creo que precisamente esto mismo es lo que está volviendo a suceder en algunas zonas del mundo. Y eso suscita graves problemas en las relaciones con aquellas otras donde esto no se da: Europa, América, Asia oriental. Una de las grandes cuestiones que se yerguen frente al siglo *xxi* es la interacción entre un mundo en el que existe el estado y otro en el que no lo hay.

Un problema tanto más difícil de afrontar por nuevas razones que tienen que ver con el problema a que antes aludía: la obediencia voluntaria de los pueblos a sus gobiernos. Durante buena parte de la historia, la suposición de que si el gobierno es eficaz, el ciudadano, en general, obedece fue válida. Sea cual fuere el gobierno, gustase o no. Es cierto que en algunos casos se acataba porque era fuerte, pero en otros era aceptado por la teoría de que un gobierno efi-

ciente es mejor que la falta de gobierno, según la idea expresada por Hobbes. Por ejemplo, cuando los ingleses conquistaron la India consiguieron administrar aquel país durante un período muy largo con poco más de unas decenas de millares de hombres, soldados incluidos. Tengamos en cuenta que gobernaban un país habitado por centenares de millones de personas: eso habría sido imposible si la mayoría de la población no hubiera decidido aceptar el régimen. Los indios ya habían aceptado otros gobiernos extranjeros en el pasado y también acataron el británico en esta ocasión. Esta es la razón del extraordinario éxito obtenido por la mayoría de las potencias europeas en la administración de extensos imperios coloniales. En definitiva, fueron muy pocos los pueblos que se resistieron, y por supuesto de ningún modo los que ya estaban habituados a vivir bajo un gobierno de un tipo u otro. Los únicos que no se plegaron a la férula colonial fueron los pueblos que vivían en sociedades sin estado; tal fue el caso del Afganistán, de las sociedades tribales del salvaje Oeste, de los kurdos, de los bereberes de Marruecos. Pero, fundamentalmente, los pueblos que opusieron resistencia fueron los que se habrían resistido a cualquier gobierno. A su gobierno, o a un gobierno extranjero, daba igual.

Quiero decir, en definitiva, que la disposición general de las gentes era la de aceptar la idea de ser gobernados.

P. *¿Y hoy en día ya no es así?*

R. No. La nueva situación al final del «siglo corto», tras la movilización de la gente desde abajo —porque este ha sido el siglo de la gente corriente, que ha asumido un papel esen-

cial en la gestión de la cosa pública—, es que ya no se puede dar por sentada esa disposición diligente a aceptar una autoridad superior.

En cierto modo, la Resistencia en Europa durante la segunda guerra mundial vino a anticipar este fenómeno. La reacción clásica a la conquista exterior era la de Pétain y la de la Francia de Vichy: nosotros hemos perdido, ellos han vencido, debemos pactar con la realidad. Una reacción racional. Pero el movimiento de Resistencia se negó tajantemente a la conformidad. Y aquí comienza el inicio de la novedad. Esta es la razón por la que me parece que la receta elemental que se dispensaba en el siglo XIX en las zonas del mundo donde los estados se desintegraban, y que consistía en transformarlos en colonias, ya no funciona. Es demasiado costosa y proporciona resultados inciertos.

Tratemos de examinar lo que sucedió con Somalia, un caso que cito en mi *Historia del siglo XX*. Tanto los ingleses como los italianos tuvieron siempre problemas en aquel país, pero en ningún momento, ni para Italia ni para Gran Bretaña, existieron dificultades insalvables en gobernarlo como a una colonia. A nadie se le ocurrió decir que se marcharan de aquella tierra. En los años noventa los Estados Unidos también intervinieron en Somalia por razones humanitarias pero, antes de que se hubieran dado cuenta, ya los habían echado.

Es decir que en muchos países del mundo la gente ya no está dispuesta a aceptar el principio según el cual no vale la pena combatir contra los ejércitos de ocupación. Y esto también sirve para los Balcanes. El argumento del pasado era que frente a una evidente y aplastante superioridad del adversario, un país pequeño debía decirse, más pronto o más tarde, «pues qué le vamos a hacer», lo que, en parte, es

bastante racional, pero el caso es que eso ya no sucede tan fácilmente.

De modo que será cada vez más problemático decidir lo que hay que hacer en estas zonas. Porque intervenir eficazmente requeriría una movilización permanente de fuerzas que muy pocos países están dispuestos a sostener, y desde luego sólo en los casos en que está en juego su propia existencia. Gran Bretaña, por ejemplo, no sería capaz de movilizar, para una acción en Kosovo, tantos recursos como ha venido utilizando en Irlanda del Norte. Porque no es tan importante como todo eso.

Si se compara el costo de gobernar la Bosnia de la posguerra con el costo de sostener una colonia, se dará una cuenta de la desproporción. Creo que hay unos 64.000 soldados extranjeros en la pequeña Bosnia; o sea, poco más o menos los mismos que necesitaron los ingleses para gobernar y mantener el orden en el subcontinente indio.

P. *En el corazón de la crisis europea queda el asunto sin resolver de la Europa central y oriental, que apareció de nuevo en cuanto la caída del muro de Berlín rasgó el velo del imperio soviético. Usted ha dicho que en la fecha de su nacimiento tan sólo existían seis de los 23 estados que hoy ocupan el mapa geográfico entre Trieste y los Urales. Y que una persona de su edad, de Leópolis, ha vivido bajo cuatro estados, sin contar los regímenes de ocupación durante la guerra.*

¿Es, pues, la incertidumbre el destino de estos pueblos y de esta parte de Europa? ¿Por qué el intento de coexistencia multinacional llevado a cabo por los regímenes comunistas, desde Stalin en la Unión Soviética hasta Tito en Yugoslavia,

no ha dejado ninguna huella en la conciencia de esos pueblos?

R. A esta pregunta no sabría responder satisfactoriamente. Y eso por dos razones. La primera es que aún no sabemos cuál será el efecto de larga duración de esos regímenes sobre los pueblos que han gobernado, aunque no hay duda de que ese efecto existe. Por ejemplo, es curioso que no veamos ningún movimiento entre los campesinos rusos que reivindique un retorno a la iniciativa privada en la agricultura, teniendo en cuenta que, para ellos, hasta las colectivizaciones de los años veinte, la agricultura privada era el paraíso. Además, no debemos olvidar otros efectos profundos que se han producido en diversas generaciones. He leído recientemente un reportaje sobre los judíos rusos en Israel según el cual, a diferencia de todos los demás judíos, éstos llegaron a Israel sin ningún complejo de inferioridad, es decir, que no estaban afectados por el síndrome del Holocausto. Su actitud en general fue la de decir: nosotros combatimos y derrotamos a Hitler. Y eso a pesar del antisemitismo que sufrieron en Rusia. Además, estos judíos tienen una visión mucho más laica y secular que muchos otros. En resumen, lo que quiero decir es que sí se han producido efectos permanentes y duraderos sobre los pueblos que vivieron durante tantos decenios bajo esos regímenes. Pero no disponemos todavía de investigaciones adecuadas para establecer cuáles son esos efectos y qué importancia tienen.

Es verdad que la reaparición de dramáticas hostilidades nacionales en esos países es, en ciertos aspectos, inexplicable. Especialmente porque parecía que habían desaparecido completamente, sobre todo en las ciudades, gracias al elevado número de matrimonios mixtos. Es probable que este fenómeno haya tenido una incidencia más profunda

entre las clases cultas que en las capas más pobres de esas sociedades, pero su grado de difusión e intensidad no hacía prever lo que está sucediendo: la nueva separación y segregación de las etnias.

Hay algo que puede ayudarnos a comprender estas cuestiones y de ello hablo en la *Historia del siglo xx*: los regímenes comunistas eran, en cierto sentido y deliberadamente, regímenes elitistas. Aunque sólo fuese por el énfasis que ponían en el papel de guía que debía desempeñar el partido. Su objetivo no era convertir al pueblo, las suyas no eran fes, sino iglesias oficiales. Por esta razón, la mayor parte de los pueblos sometidos a estos regímenes estaban fundamentalmente despolitizados. El comunismo no entró nunca en sus vidas en el sentido en que, por ejemplo, el catolicismo entró en las vidas y en las conciencias de los pueblos de América Latina tras la colonización. El comunismo era algo de lo que se esperaba buenos o malos resultados, pero que en general no fue interiorizado por los pueblos.

Hay una sola excepción: la segunda guerra mundial en la gran Rusia. Hay muy pocas dudas de que Stalin se convirtió en un auténtico líder nacional porque condujo una guerra sentida por el pueblo ruso como genuinamente nacional. Una guerra en la que todos los rusos se sentían implicados. Por eso, todavía hoy, cuando nos preguntamos qué es lo que el comunismo ha dejado en Rusia, debemos prestar gran atención a la experiencia de la guerra.

Pero es cierto que cuando esos estados se colapsaron, exactamente como sucedió con los otros imperios después de la Gran Guerra, cuando se desintegraron, cada uno tuvo que buscar diferentes vínculos y solidaridades. Incluso quienes no lo habían deseado. Por eso, allí donde había formas preexistentes de nacionalismo, que tal vez no eran necesariamente antisoviéticas, éstas se vieron obligadas por la His-

toria a desempeñar un nuevo papel, mayor y más importante. Sobre todo porque el imperio comunista estaba construido sobre líneas nacionales —con frecuencia se trataba oficialmente de federaciones de naciones distintas por etnia y lengua— y, cuando se derrumbó, la fractura se extendió inevitablemente a lo largo de aquellas líneas que ya estaban perfectamente marcadas.

Quizás el resurgimiento del nacionalismo estaba ya inscrito en el código genético de aquellas sociedades. Es posible, pues, que las divisiones nacionales hubieran quedado soterradas a un nivel más profundo del que suponíamos. Y sin embargo aún no puedo creer que la coexistencia pacífica de todos los pueblos yugoslavos durante cincuenta años se deba exclusivamente y enteramente a la autoridad del partido comunista yugoslavo. Por eso le repito que no puedo dar una respuesta adecuada a su pregunta.

P. A mí me parece que quien tiene una visión progresista de la historia no debe temer necesariamente el declive del estado-nación. ¿Me equivoco? ¿Deberíamos en cambio sentir miedo ante un mundo que ya no se rija por un sistema internacional de estados, tal como ha existido desde el siglo XVIII?

R. Sí y no. No porque, hablando en términos abstractos e ideales, puede que prefiramos un sistema diferente. Es también cierto que los progresistas no están comprometidos con una sola forma de organizar los estados o las unidades políticas, visto que pueden existir otras distintas de las que ya conocemos.

Pero respondo también sí, que debemos tener miedo de

un mundo que ya no esté regido por un sistema internacional de estados, porque la globalización es un proceso que simplemente no se aplica a la política. Podemos tener una economía globalizada, podemos aspirar a una cultura globalizada, tenemos ciertamente una tecnología globalizada y una sola ciencia global; pero de hecho, políticamente hablando, el mundo sigue siendo pluralista, dividido en estados territoriales. Es cierto que no todos esos estados son iguales. Existen alrededor de 200 en la faz de la Tierra, de los que un cierto número, los que solemos llamar «paraísos fiscales», no tienen en realidad otra razón de existir más que su utilidad para la economía global. Ello no obstante, tres cuartas partes de la población mundial viven en unos 25 estados, todos con más de 50 millones de habitantes, y no hay autoridad superior a ellos.

Mientras que para la economía es posible, en teoría, operar sin una serie de instituciones globales, a mí me parece imposible que la política pueda funcionar en un vacío análogo. Pero la realidad es que no existen instituciones políticas globales. La única que hay, la Organización de las Naciones Unidas, obtiene su poder de los estados existentes. Por eso en la situación actual coexisten dos sistemas diferentes: uno para la economía y otro para la política.

En este marco hay que preguntarse cuál será el efecto del debilitamiento de los estados-nación. ¿Será bueno, será malo? Ya se verá. Pero lo cierto es que no se les puede ignorar, no se puede analizar el mundo como si no existieran o no fuesen importantes. Porque en política es lo único que tenemos. Las posibilidades de que una sola autoridad global desempeñe una función política y militar eficaz son hoy igual a cero.

P. *¿No será que echa usted de menos la vieja estructura bipolar de las dos superpotencias, que controlaban sus respectivas áreas de influencia y actuaban como gendarmes? ¿Qué pensó cuando se disolvió la URSS, una realidad en el escenario mundial que usted vio con simpatía, como factor de emancipación y de estabilidad?*

R. El problema de la guerra fría era que el mundo vivía constantemente bajo la amenaza de la catástrofe última: un conflicto nuclear mundial. Y en tanto que duró la guerra fría, y duró mucho tiempo, las posibilidades de una catástrofe semejante, por una razón o por otra, incluso por accidente, eran muy altas. Ya sabe usted lo que dice la famosa ley de Murphy: si algo puede salir mal, antes o después acabará saliendo mal. Esta es la principal razón por la que se estaba contra la guerra fría. Porque amenazaba con una hecatombe universal. Por suerte conseguimos evitarla, aunque en algunos momentos (la crisis de Cuba y, en mi opinión, a principios de los años ochenta) estuvimos cerca.

Pero debemos admitir que la guerra fría estabilizó el mundo, o por lo menos determinadas zonas de él. Si fue para bien o para mal eso ya depende del punto de vista de cada cual.

La mayor parte de los europeos cree que fue para bien. No sé si esto vale para algunas regiones de Asia: por ejemplo, no pienso que haya sido bueno estabilizar la Indonesia de Suharto durante treinta años.

Sin embargo —repito— la guerra fría produjo una estabilización. No hizo imposibles los conflictos, pero, exactamente como sucedía en el siglo XIX, hizo que ciertas clases de guerra fuesen cuando menos controlables.

Puesto que ese estado de cosas ya no existe, habrá que preguntarse qué es lo que puede sustituirlo. Lo que por

ahora lo ha sustituido es la incertidumbre total, porque se ha destruido completamente no sólo la Unión Soviética, sino todo el sistema de relaciones internacionales al que el mundo, y desde luego Europa, se había habituado por lo menos desde el siglo XVIII.

Este sistema de poder se cimentaba en la existencia de ciertos protagonistas, países que desempeñaban un papel de primera magnitud; todos sabían quiénes eran y, en líneas generales, de qué lado estaban. Y este sistema incluía al máximo nivel a Rusia, que desde los inicios del siglo XVIII tenía poco más o menos la misma extensión territorial. Se sabía, además, cuáles eran las reglas del juego desde el fin de la guerra de los Treinta Años, con el tratado de Westfalia de 1648, del que no hace tanto se han cumplido 350 años. Se reconocía la autonomía y la soberanía de los estados individuales, y se sabía en qué circunstancias era posible intervenir en sus asuntos internos, qué es lo que se podía y qué no se podía hacer en política internacional.

Ambos elementos han desaparecido. Ya hemos hablado de la erosión de las reglas del juego, por ejemplo con la diferencia entre guerra y paz, el principio de no injerencia, la prohibición de cruzar las fronteras excepto en tiempo de guerra; la regla madre, en efecto, no era la imposibilidad de hacer la guerra, sino el deber de declararla. Pero el otro aspecto del problema es la desaparición de las viejas potencias, que ha dejado un vacío enorme. Rusia aún sigue desintegrándose como estado: un fenómeno que no se producía por lo menos desde la mitad del siglo XVII. Desde principios del siglo XVIII se sabía que entre Polonia y el océano Pacífico existía una sola entidad, territorialmente muy extensa, ciertamente con muchos problemas y notables incertidumbres en zonas del Asia central. Pero, repito, una sola entidad, y conocida. Esta realidad hoy ya no existe. Hasta con-

ceptualmente ha desaparecido la idea de ella. Ni siquiera se puede decir que, ocurra lo que ocurra en el futuro, Rusia será uno de los protagonistas principales en el escenario internacional. Lo que estábamos en condiciones de imaginar respecto de Alemania, aun tras las trágicas derrotas de 1918 y 1945 —«ahora está de rodillas», pensábamos, «pero está claro que más pronto o más tarde volverá a ser protagonista»—, hoy no se puede decir de Rusia. Su tragedia es tal que no es ni siquiera posible prever su misma existencia futura.

Se ha infravalorado gravemente la dimensión real de esta catástrofe. En este siglo, hemos visto tres momentos de ruptura en el continente europeo: después de la primera guerra mundial, durante y después de la segunda, y después del hundimiento de la Unión Soviética. Pues bien, yo creo que este último será el que tenga efectos más duraderos. Y aún no sabemos cuáles puedan ser.

Políticamente el futuro de los estados sucesores de la Unión Soviética es todavía incierto. Ya han pasado diez años desde el colapso de la URSS y todavía se están desintegrando. Se han dividido en grupos hostiles entre sí, como en Asia central, su estructura es todavía difusa, el futuro político de Tayikistán no está claro, como no lo está el de su vecino Afganistán, empeñado en una guerra civil que dura ya muchos años. E incluso la propia Federación rusa continúa desintegrándose en autonomías, prácticamente en zonas independientes. Es decir, que el destino político de la zona del mundo que se extiende desde las fronteras de Rumanía hasta las de China es dramáticamente incierto. Esto no había sucedido al acabar las dos guerras mundiales. Así pues, la gran cuestión del siglo **xxi** es qué sustituirá efectivamente el viejo sistema de poderes que regía el mundo.

P. *Tal vez los Estados Unidos. El siglo que termina ha sido definido como el siglo «americano». Ahora parece que los Estados Unidos están dispuestos a hacerse cargo de gestionar el orden mundial a escala planetaria utilizando la OTAN como brazo armado de esta ambición. Además, en el caso de Kosovo, por ejemplo, han declarado que actúan más allá de un puro interés estratégico, y han recurrido a una retórica humanitaria. ¿Nos dirigimos hacia otro siglo «americano», esta vez, por encima de todo, «ético»?*

R. Es posible, pero lo dudo. Entiendo que la primera justificación para definir el siglo xx como siglo «americano» se debe a la enorme preponderancia, al dinamismo y la dimensión de la economía de los Estados Unidos. Un orden de magnitud que no es comparable con el de las otras naciones capitalistas. Recordemos que ya en los años veinte ascendía al 40 por 100 de la capacidad industrial total del mundo. Perdió parte de esta ventaja durante la gran depresión pero se rehízo tras la segunda guerra mundial, para acabar representando durante un largo período la mitad de la potencia económica de todos los demás países juntos.

Aunque esta es una condición que creo está destinada a desaparecer. Los Estados Unidos serán, en términos demográficos, relativamente más pequeños, y ya representan hoy una porción menor de la capacidad productiva mundial. Tienen, eso sí, el control de gran parte de la economía global, que ejercen a través de la política, pero también con la hegemonía de su modelo de negocios y de organización empresarial. Pero dudo mucho que los Estados Unidos puedan continuar siendo el motor productivo del mundo, al menos en la forma en que lo han sido durante gran parte del siglo xx. Del mismo modo que Gran Bretaña no pudo, en un de-

terminado momento de su historia, seguir siendo la máxima potencia capitalista porque no era lo bastante grande. Con la industrialización extendida por diversas áreas del mundo, la fuerza relativa de la economía de los Estados Unidos, entendida como sistema productivo, decaerá.

La segunda razón para calificar al siglo de «americano» ha sido la hegemonía cultural de los Estados Unidos, especialmente por lo que hace a la cultura popular. Esta última tiene mayores posibilidades de perpetuarse porque ha sido reforzada por el papel creciente del inglés y de la difusión de la informática, basada en la lengua inglesa y fuertemente concentrada en los Estados Unidos. En efecto, creo que durará.

Pero, por otra parte, incluso la hegemonía cultural tiene sus límites. Piense en el dominio italiano de la música durante los siglos xvii y xviii. No tenía un respaldo político, o militar, o económico, pero fue total. Y, sin embargo, al final desapareció. O bien, podemos pensar en la hegemonía cultural británica del siglo xix. Casi cualquier deporte que se practica hoy en el mundo fue inventado y experimentado por primera vez en Gran Bretaña. La moda masculina nació en Inglaterra. No hay pues ninguna duda sobre esta hegemonía. La gente todavía hoy juega al fútbol en todo el mundo y se viste a la inglesa. Y sin embargo Gran Bretaña ya no es líder ni en el fútbol ni en la moda, así que podemos hablar de este fenómeno como de un hecho histórico y no ya actual.

Pero hay una diferencia: al contrario que la Gran Bretaña del siglo xix, los Estados Unidos son un poder revolucionario basado en una ideología revolucionaria. Como la Francia de la Revolución, como la Rusia soviética, los Estados Unidos no son sólo un estado, sino un estado que se impuso el objetivo de transformar el mundo en una determi-

nada dirección. La hegemonía cultural «americana» tiene, así, una dimensión política que la hegemonía británica no tuvo. Los británicos, incluso en la cumbre de su poder, no trataron nunca de convertir al mundo. Sin embargo, la ambición de establecer un determinado modelo global está implícita en el sistema de los Estados Unidos.

El hecho obvio de que los Estados Unidos sigan siendo la máxima potencia, no significa *per se* que el siglo *xxi* vaya a ser un siglo «americano». Pero lo que me interesa señalar es que no va a ser el siglo de nadie. Porque hay algo que cada vez me parece más evidente: el mundo se ha hecho demasiado grande y complicado para ser dominado por un solo estado.

Usted recordará tal vez el argumento que utilizó Norberto Bobbio en la discusión sobre la guerra en Kosovo, cuando sostuvo que siempre ha existido una hegemonía, que ahora es norteamericana, y eso es bueno porque los Estados Unidos están de la parte que tiene la razón. En realidad, yo no creo que a lo largo de la historia se haya ejercido siempre una hegemonía. Ni siquiera se habló de hegemonía global hasta el siglo *xviii*. E incluso después ningún país actuó con la pretensión de ejercerla antes de que lo hicieran los estadounidenses en la segunda mitad del siglo *xx*. La hegemonía británica, que fue muy intensa en lo económico, en lo cultural y, en ciertos aspectos, también en lo militar (Gran Bretaña dispuso de una flota mayor que todas las demás flotas del mundo juntas), nunca fue tan fuerte como para incitar a Gran Bretaña a organizar el mundo. Los ingleses hicieron todo lo posible para regularlo de acuerdo con sus intereses, pero no para dominarlo, porque sabían que no eran lo bastante fuertes ni siquiera para mantener su bien máspreciado: la flota; eran conscientes de que, antes o después, otros países llegarían a ser lo bastante

ricos y poderosos como para poder ejercer semejante control militar de los mares.

Así pues, los Estados Unidos son el único país en la historia que ha estado en condiciones de reivindicar una hegemonía mundial. Incluso las hegemonías regionales han sido muy escasas. Con la excepción de China en el Extremo Oriente, en la mayor parte de los casos no fueron duraderas. La idea de una hegemonía europea fue siempre un sueño pasajero, y raramente duró más allá de unos pocos años. No existió hegemonía española en el siglo xvi porque Francia siguió siendo una alternativa potencial; ni existió hegemonía francesa en el siglo xvii por más que Luis XIV se hubiera acercado a ella. Hubo un breve momento con Napoleón y con Hitler cuando una potencia, durante una guerra, dominó el continente, pero en ninguno de los dos casos duró mucho. Yo creo, como historiador, que es errónea la idea de que un único poder, por grande y fuerte que sea, pueda hacerse con el control de la política mundial.

Los Estados Unidos han tratado, y siguen tratando, de hacerlo. En primer lugar, por sus aspiraciones revolucionarias de cambiar el mundo, inscritas en sus orígenes mismos; pero también gracias al accidente histórico de que se han encontrado solos en un mundo donde ningún otro país, o alianza de países, está en situación de librar una guerra contra ellos. Esa es una apuesta, y, en mi opinión, una apuesta peligrosa. Hay un riesgo grave tras la ambición estadounidense de ejercer el papel de policía del mundo, o de establecer un nuevo orden mundial.

P. *La ética del individualismo libertario, la misma que mueve a los mercados, ¿puede aplicarse a la política exterior? Esa ética se basa en la prioridad del individuo respecto de la comunidad de la que forma parte. Es, por lo tanto, intrínsecamente liberal. ¿Podría constituir un serio antídoto frente a todas las ideologías comunitaristas con sus desviaciones nacionalistas y étnicas incluidas? ¿Podrá ser Europa, con su bagaje de valores liberales, el futuro moderador de las turbulencias del mundo?*

R. Creo que el individualismo libertario no es una base adecuada para la política del poder. Porque, en el fondo, el individualismo es lo opuesto a una política colectiva. Se puede movilizar a los pueblos en la senda del nacionalismo, del patriotismo o de otras rutas colectivas, pero si se dice al individuo que lo que cuenta es su supremo interés, luego es muy difícil convencerlo de que debe subordinar ese interés, aunque sólo sea en parte, a los intereses de los demás.

La lógica del individualismo libertario es perfectamente compatible con el mercado libre, pero no creo que lo sea con las exigencias de la política internacional. Y no creo que la política estadounidense, ni la de ningún otro país, haya estado nunca realmente determinada por este ideal. El único modo de que apelar al individualismo funcione es el que utilizaron los Estados Unidos durante la guerra fría, cuando el gobierno se dirigió al pueblo para decirle: nuestro credo en el individualismo y en el liberalismo está amenazado por una fuerza exterior y por eso debemos actuar en defensa propia.

Tal estrategia es útil para legitimar la política exterior, pero no es una política exterior en sí misma. Es posible, ya que se ha utilizado otras veces con éxito, que los Estados

Unidos recurran de nuevo a ella. De hecho, después del fin de esa guerra fría que eliminó al mayor enemigo de los valores «americanos», hay ahora en los Estados Unidos quien ve en otras fuerzas culturales, como el fundamentalismo y el orientalismo, una nueva amenaza externa contra la cual vale la pena movilizarse. Pero no me parece un argumento con posibilidades de éxito, porque la fuerza de la guerra fría, su justificación, residía en el hecho de que el potencial agresor de los ideales y de los intereses estadounidenses era un auténtico, gran superpoder. Pero hoy ya no existe. Quizá si alguna vez la China se convierte en una peligrosa superpotencia la llamada podría funcionar otra vez.

Pero debo añadir que ni siquiera advierto una fascinación universal por este argumento, porque está estrictamente limitado a los países ricos, ya que funciona en lugares donde se puede decir: «Tenemos nuestra cuota de libertad; hagamos de modo que también la tengan todos los demás». Un discurso que no tendría el mismo efecto en una gran parte del Tercer Mundo.

Por eso no creo que el individualismo libertario sea un antídoto político. Mire lo que ha sucedido en Kosovo. No se puede pedir a nadie que sacrifique su propia vida en aras de esa doctrina. Y la teoría que prevalece en los Estados Unidos, según la cual todo es posible menos pedir a los propios soldados que se dejen matar, es totalmente compatible con la convicción de que los derechos individuales son supremos. Pero cuando se pasa a los hechos, si hay que hacer una guerra, no se puede actuar de esa forma. Se puede bombardear desde esas premisas, pero no combatir. Y quizás eso solo podría no ser suficiente.

P. Entonces, ¿no es más seguro para el mundo que haya una sola superpotencia? ¿O sería mejor disponer de más de una por razones de equilibrio?

R. El problema está en comprender cuáles son los límites de una sola superpotencia, qué es lo que puede hacer y qué no. Ya hemos dicho que no puede determinar lo que sucede en el mundo, pero puede desempeñar algunas funciones para regularlo y estabilizarlo. A este propósito, me parece útil comparar de nuevo la hegemonía británica en el siglo XIX con la hegemonía estadounidense en el XX. (Digamos de paso que la hegemonía inglesa en el siglo XIX es el modelo en que se inspiraron los norteamericanos en el XX.) La misma expresión *pax americana* es un eco de la *pax britannica*, del mismo modo que ésta era, a su vez, un eco de la *pax romana*.

Yo creo que los ingleses sabían perfectamente que había límites para lo que un país de dimensiones medianas podía hacer. Por ejemplo, los ingleses eran perfectamente conscientes de que existían zonas en el mundo donde la intervención militar era la peor de las soluciones. Se convencieron de ello bastante pronto, ya en el siglo XIX, cuando decidieron renunciar a cualquier intervención en América del Sur, donde habían estado muy implicados en sus conflictos con España. Los ingleses comprendieron perfectamente que no debían intervenir en las Américas contra los americanos. Aceptaron la llamada doctrina Monroe. Y eso no porque no pudieran hacerlo, dado que durante buena parte del siglo XIX no fueron más débiles que los estadounidenses. Se suscitó, por ejemplo, una disputa sobre la Guayana inglesa que, al final, los norteamericanos resolvieron de un modo insatisfactorio para Gran Bretaña, pero que los ingleses aceptaron porque reconocían que había límites para lo que podían conseguir en el mundo.

Los británicos no intentaron nunca establecer una forma de supremacía en Europa; lo que hicieron fue, sobre todo, impedir que cualquier otra potencia estuviese en condiciones de hacerlo. Es decir, buscaban un equilibrio de poderes. Los ingleses concentraron siempre sus esfuerzos en el dominio de los mares y en la ocupación de aquellas zonas del mundo que consideraban esenciales para conseguir ese fin; y lo lograron a la perfección: el imperio se cimentaba en trozos de tierra británica, Gibraltar, Malta, las Malvinas, muchos de los cuales siguen hoy bajo su control directo.

El imperio norteamericano, por el contrario, ha basado su hegemonía en estados satélites, lo que en la práctica los ingleses no intentaron jamás excepto cuando fue preciso como alternativa a la colonización. Lo hicieron, así, en la India y en África occidental y, hasta cierto punto, trataron de hacerlo en el Oriente Próximo, pero sólo cuando la colonización les resultó imposible. Mientras que los Estados Unidos, desde el siglo xix, no pensaron nunca en términos de colonización fuera de Norteamérica. Fue un azar de la historia, y tal vez una concesión a la moda colonial de la época, la ocupación de Puerto Rico y de las Filipinas. La idea de los norteamericanos era, en cambio, disponer de un extenso número de estados, principalmente en América Latina, que se vieran siempre obligados a hacer lo que ellos quisieran.

Por lo tanto, creo que podemos decir que los ingleses eran conscientes de sus limitaciones. Y que a los estadounidenses, en buena medida porque durante buena parte del siglo xix no existió una política mundial, sino, a lo sumo, una política de hemisferios, les afectó una suerte de megalomanía que les hizo llegar a creer que en el hemisferio occidental podían hacer cuanto se les antojase. En 1895 llegaron a decirlo. El secretario de Estado norteamericano, tras

la solución del conflicto sobre la frontera entre Venezuela y la Guayana inglesa, declaró que «hoy, los Estados Unidos de América son prácticamente los soberanos de este continente; dueños de la situación e invulnerables ante cualquier otra potencia». Ningún ministro de Exteriores inglés, ni siquiera Henry Palmerston, y en ningún lugar del mundo, hubiera llegado a decir nunca algo semejante: somos una potencia universal, que nadie interfiera, podemos hacer cuanto queramos.

Yo creo que el peligro que representan los estadounidenses consiste en que han extendido esta visión al mundo entero. Y es un riesgo grave porque está claro que hoy en día los Estados Unidos no pueden actuar solos sin aliados, aunque sólo sea porque sus bases militares se encuentran, en muchos casos, en el extranjero.

Hablando en términos teóricos, si Italia hubiera decidido no permitir el uso de sus aeropuertos militares para la guerra de Yugoslavia, se habrían producido consecuencias tremendamente embarazosas para el poderío norteamericano. Seguro que más de una vez, por ejemplo en Irak o en los Balcanes, se habrán preguntado: ¿qué haríamos si no contáramos con bases en los países aliados? Sólo podríamos intervenir desde los portaaviones o en vuelos sin escala desde los Estados Unidos. Los norteamericanos necesitan imperiosamente disponer de aliados y alguno de ellos en disposición de ayudarles de inmediato. Además, las armas más potentes de que disponen los Estados Unidos, las de alta tecnología, no son siempre suficientes para ganar las guerras.

Por consiguiente, me parece que en el próximo siglo la política norteamericana debería adaptarse a esta realidad, siguiendo el modelo de lo que fue la política británica. Es decir, que debería reconocer la existencia de límites para lo

que quieren obtener. Los Estados Unidos seguirán siendo, por supuesto, la única superpotencia durante mucho, mucho tiempo. Desde el punto de vista de la tecnología militar lo serán durante un período cuyo fin no puedo ni imaginar, pero ni siquiera esto es suficiente. Lo sería tan sólo si la amenaza de una superioridad aplastante bastase para convencer a los adversarios de que no hay nada que hacer y deben ceder. Que ha sido precisamente el dilema de Irak y de Kosovo.

Cuanto antes reconozcan este hecho tanto más pronto hallarán una política adecuada como superpotencia: la exhibición de la fuerza ya no es suficiente para gobernar el mundo. Y no lo es ni para la superpotencia ni para las potencias regionales. Porque los pueblos de los países más débiles no están dispuestos a doblegarse a sus intereses.

Recientemente he tenido ocasión de discutir los problemas del África central con diplomáticos británicos, a quienes la situación preocupa profesionalmente. Toda la política africana se ha ido al traste por el rechazo de los países de aquella zona de seguir jugando según las reglas establecidas. Hubo un tiempo en que si algo se torcía en un estado africano independiente, los franceses enviaban un batallón de paracaidistas, lo hacían desfilar por la ciudad principal, exhibían su poderío militar, los malos huían y se restauraba en el poder al viejo presidente (o se instauraba al nuevo). Todo volvía a su orden. Hoy en día las cosas ya no funcionan así.

¿Qué sucedió en Ruanda? Los franceses estaban preparados para actuar y decididos a acabar con la masacre de los tutsi. En realidad eran aliados de los hutu, pero no querían un baño de sangre. Hicieron cuanto pudieron para que quedara bien claro que no deseaban eso, pero no sirvió para nada. Los hutu se dijeron: ¿qué pueden hacer los franceses?

Y, prácticamente ante sus narices, continuaron asesinando a los vecinos. Al final, una enorme zona del África central cambió completamente, no por la acción de una determinada potencia ni por la de las organizaciones internacionales. Todo el mundo se preocupó: París, Washington, las Naciones Unidas... Todos trataron de mediar: en un momento dado los mediadores eran multitud en Ruanda y, sin embargo, todo resultó inútil. Zaire, Ruanda, Burundi, Uganda: en la guerra llegaron a estar implicados hasta siete estados africanos. Cualquier intervención exterior hubiera sido no digo ya costosa, sino que los resultados que habría obtenido no hubieran equivalido ni de lejos al esfuerzo realizado.

Es una situación que también vale para los Estados Unidos por muy ricos que sean y puedan permitirse el empleo de recursos ingentes. Hay muchas cosas en el mundo que simplemente ya no se pueden hacer.

P. *¿Qué nueva superpotencia puede aparecer en el siglo XXI? ¿Qué posibilidades tiene China de poder llegar a competir con los Estados Unidos a escala planetaria, incluida la esfera militar? ¿Y qué ambiciones tiene, en su opinión, la India, dispuesta a recurrir al armamento nuclear?*

R. Es muy probable que China se convierta en una gran potencia, también en lo militar, y desde luego es el único estado que puede aspirar en el futuro a competir con los Estados Unidos. Pero me parece bastante improbable que, en un futuro previsible, China pueda competir en términos militares con los Estados Unidos. La ventaja que éstos le llevan es demasiado grande. No digo que esto excluya *a priori* una confrontación nuclear, porque semejante conflic-

to no se ha basado nunca en la igualdad de las fuerzas contendientes, sino simplemente en el hecho de que una de las dos partes tiene la capacidad de disuasión necesaria para amenazar a la otra con daños inaceptables.

En todo caso, creo que debemos dar por sentado que durante muchos años los Estados Unidos seguirán siendo la mayor potencia militar. Por otra parte, un eventual conflicto entre Estados Unidos y China en el siglo *xxi* podría asumir formas distintas de los conflictos del pasado. Sobre todo porque China es esencialmente un poder territorial. Pero esto sería ya un ejercicio especulativo muy azaroso para que un historiador pueda aportar algo.

Por lo que se refiere a la India, yo creo que las armas nucleares que posee van dirigidas contra Pakistán. Su interés es regional; la India es una potencia regional y no es probable que se convierta en algo más que esto, desde luego no en los próximos cincuenta años. Pero, en ciertos aspectos, la India tiene un futuro bastante prometedor, sobre todo porque dispone de un bien del que no dispone China: una verdadera originalidad en el terreno de la tecnología y de la investigación intelectual, que por razones históricas no es fácil de encontrar en Extremo Oriente, en el área de Confucio. Por ejemplo, los indios supieron siempre desarrollar una tradición filosófica y matemática muy importante. Por el contrario, es discutible afirmar o no que exista una tradición filosófica, al menos en el significado europeo, en China o en Japón. En una sociedad moderna basada en la tecnología, la originalidad intelectual expresa potencialidades enormes. Lo malo de la India es que se trata de un estado bastante débil en su estructura, en su capacidad de administración y en su sistema político. Pero, desde el punto de vista económico y cultural, creo que la India tiene ante sí un futuro brillante, más que otros países del Extremo Oriente.

P. *El papa se ha manifestado explícitamente contra el dominio de la superpotencia norteamericana. Después de haber lanzado sus dardos contra el comunismo, ahora parece haber escogido como enemigo al capitalismo en su versión extrema, la de los Estados Unidos. ¿Cómo valora la figura de Juan Pablo II? ¿Es el último revolucionario sobre la faz de la Tierra? ¿O nos encontramos ante una reedición en clave moderna del conflicto entre papado e imperio?*

R. No creo que estemos frente a un conflicto entre papado e imperio. Creo que debemos distinguir entre la política y la teología del papa. Juan Pablo II es un tradicionalista católico. Este papado marca el retorno a una visión de la Iglesia más tradicional respecto del catolicismo relativamente liberal de los años sesenta y setenta. Lo que no sé es hasta qué punto es posible ese retorno. Si yo fuese el papa, probablemente haría lo mismo, porque si es que la religión tiene futuro éste está, precisamente, en no cambiar con el cambio de los tiempos, en mantenerse independiente de las modas. Pero como yo no soy religioso, el asunto no me atañe.

Pienso, sin embargo, que este proyecto de restauración encontrará dificultades muy graves e incluso insuperables porque, del mismo modo que el estado, en muchos aspectos, no tiene ya el control total de la ciudadanía, tampoco la Iglesia católica puede ya dictar el sentimiento de lealtad a sus fieles. El problema de una religión autoritaria, como es la católica, es que se basa en la aceptación voluntaria de las verdades teológicas. Creo que desde el día en que las mujeres de la Europa católica dejaron de aceptar pasivamente las enseñanzas morales, o las imposiciones, de la Iglesia, las posibilidades de gobernar el conjunto de la cristiandad disminuyeron drásticamente y ahora deben ser transferidas de los países desarrollados al Tercer Mundo. Y ni siquiera en

todo el Tercer Mundo, porque en América Latina la debilidad de la Iglesia se ha hecho patente en este siglo. En Europa el proceso de laicización y el declive de la religión tradicional de masas no han pasado sin dejar rastro en la Iglesia católica. Desde mediados de los años sesenta, su autoridad sobre los fieles se ha debilitado gravemente.

Hay, sin embargo, algo importante en este papa. En ciertos aspectos hay algo de él que recuerda los grandes pontificados de fines del siglo XIX, la fuerza de la *Rerum Novarum*. Juan Pablo II es el último gran ideólogo que critica el capitalismo en cuanto tal. Esto es tal vez un hecho casual de la historia, porque creo que también la izquierda laica volverá a criticar el capitalismo, aunque en los últimos diez años le haya faltado valor para decir que el capitalismo es un mal moral; pero creo que volverá a decirlo. Lo cierto es que, por el momento, el papa es la única figura mundial de relieve que rechaza sistemáticamente el capitalismo. Lo que es ciertamente excéntrico respecto del pensamiento único occidental, del consenso político e intelectual dominante. Es un fenómeno muy interesante.

P. Sin embargo, asistimos con frecuencia, como sucedió en la guerra de Kosovo, a una extraña alianza bajo las banderas del papado, entre extrema izquierda y extrema derecha, unidas por el antiamericanismo. ¿Eso no le desconcierta?

R. No, al menos no en principio. En el curso de la historia se pueden encontrar muchas alianzas originales. La más extraordinaria de todas, en el siglo XX, ha sido la de los Estados Unidos y la Unión Soviética contra la Alemania nazi. Entonces la Iglesia católica estaba más bien del otro lado.

El hecho de que puedan firmarse alianzas muy extrañas no quiere decir que deban ser permanentes. Es mucho más interesante advertir que, en la guerra de Kosovo, la división no se ha producido siguiendo las líneas tradicionales de izquierda y derecha, sino que ha recorrido transversalmente los confines nacionales e ideológicos. La izquierda desde luego se ha dividido. Hay gente de izquierda que se ha pronunciado netamente por la guerra, y otros en contra. Pero lo mismo ha sucedido con la derecha, si bien creo que aquí ha prevalecido la crítica de la guerra desde el punto de vista del profesionalismo militar, que veía muy bien lo mal que estaba dirigida.

Además, en el caso del papa, no creo que se declarara en contra de la guerra por una razón pacifista. Y, en general, no creo que la mayor parte de la gente que la criticó lo haya hecho por pacifismo. Se opusieron a esta guerra concreta entendida como la solución para un problema concreto. Pero es cierto que el antiamericanismo, la sospecha sobre la voluntad de hegemonía de un solo estado, ha sido el cemento de una amplia variedad de opciones políticas. No es que me guste, pero entiendo que las cosas han sido así y que la guerra de Kosovo ha reforzado ese sentimiento.

3. PEQUEÑO MUNDO GLOBAL

P. *Me parece indiscutible que el rasgo distintivo de este último decenio del siglo xx ha sido la globalización de la economía. Es más, dos estudiosos del fenómeno, Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, proponen sustituir el gastado término de «globalización» por el de «globalidad», porque entienden que el proceso se ha completado y que el resultado ya está aquí, entre nosotros, inmodificable, que es un dato de la realidad.*

¿Cree usted también que el mundo es ya una entidad global? ¿Una sola unidad económica?

R. No. Somos ciertamente una sola economía global respecto a hace treinta años, pero también podríamos decir que en el año 2050 estaremos aún más globalizados y en el 2100 mucho, mucho más. La globalización no es producto de una acción única, aislada, como encender la luz o poner en marcha el motor de un automóvil. Es un proceso histórico que sin duda se ha acelerado muchísimo en los últimos diez años, pero que consiste en una transformación permanente. Y por tanto no está nada claro cuándo se podrá decir que ese proceso ha llegado a puerto o cuál será el mo-

mento en que el proceso se habrá completado. Sobre todo porque la esencia de este proceso es la extensión de la actividad a través de un mundo que es, por su naturaleza misma, desigual: geográficamente, climáticamente, históricamente. Esta realidad impone ciertos límites a la unificación de todo el planeta. Por otra parte, la globalización no opera de la misma forma en todos los campos del devenir humano. Mientras que desde el punto de vista de la técnica, de las comunicaciones y de la economía se puede decir que ésa es una tendencia histórica natural, no sucede lo mismo con la política. Por eso sería un error decir que se trata de un fenómeno libre de obstáculos.

Sin embargo, no hay desacuerdo en el hecho de que la globalización, y especialmente la economía globalizada, ha realizado progresos espectaculares, hasta el punto de que hoy en día nos es difícil hablar, por ejemplo, de una división internacional del trabajo como hacíamos antes de los años setenta.

P. *¿Qué es lo que se entiende entonces exactamente por globalización? En general se responde señalando a dos fenómenos: la reducción o la eliminación total de las barreras comerciales entre los estados, y la liberalización del mercado de capitales, que les permite ser invertidos allí donde encuentran una remuneración más alta. Y, sin embargo, el mundo ya ha conocido estos fenómenos: si no estoy equivocado, el capitalismo anterior a la Gran Guerra presentaba ya ambas características. ¿Qué es lo verdaderamente nuevo?*

R. Ante todo a mí me parece que no se puede identificar la globalización sólo con la creación de una economía glo-

bal, si bien ésta es el eje del proceso y su aspecto más evidente. Debemos mirar más allá de la economía. La eliminación de obstáculos técnicos, más que económicos, es lo que constituye en primer lugar su premisa: la abolición de las distancias y del tiempo. Por ejemplo, habría sido imposible considerar el mundo como una sola unidad antes de que existiera la posibilidad de darle la vuelta navegando. Del mismo modo, creo que los revolucionarios perfeccionamientos técnicos en los transportes y en las comunicaciones que han tenido lugar desde el final de la segunda guerra mundial, son los que han permitido a la economía que alcanzara los niveles de globalización actuales.

El punto de partida ha sido la enorme aceleración y difusión de los sistemas de transporte de los productos. En el pasado, la producción se limitaba de hecho a las zonas en las que se daba. E incluso el comercio estaba condicionado, en ciertos aspectos, por la imposibilidad de transportar bienes perecederos a grandes distancias conservándolos en su estado natural. Así, se podía comerciar con trigo, pero no con flores frescas. El gran cambio se produjo con la aparición en escena de los aviones de carga. El ejemplo más elemental que todos tenemos ante nuestros ojos es la abolición de los productos agrícolas de temporada. Podemos importar frutas tropicales, o cerezas, o fresas, con independencia de que estemos o no en temporada. El transporte aéreo dispone de la velocidad necesaria para traer esos productos, aún frescos, hasta nuestras mesas.

Por primera vez en la historia de la humanidad la evolución de los transportes permite que se pueda organizar también la producción, y no sólo el comercio, de forma transnacional. Hasta los años setenta una empresa que hubiera deseado poner en marcha la producción de automóviles en un país distinto al de origen, debía construir una fábrica en-

tera y trasplantar todo el proceso productivo al lugar previamente elegido, pongamos las Filipinas. Hoy, en cambio, es posible descentralizar la producción de motores y de otros componentes y después hacerlos converger donde se quiera: desde un punto de vista práctico, la producción ya no se organiza dentro de los confines políticos del estado en el que se halla la casa madre.

Pero incluso esta evolución no nos habría llevado muy lejos si no hubiesen mejorado, en paralelo, y de forma todavía más espectacular, los sistemas de información que hacen posible controlar el proceso productivo, punto por punto, desde el centro.

De modo que mientras que en el pasado la división mundial del trabajo se limitaba al intercambio de productos entre regiones específicas, hoy es posible producir atravesando las fronteras de los continentes y de los estados.

Este es el elemento capital del proceso. La abolición de las barreras comerciales y la liberalización de los mercados son, en mi opinión, un fenómeno secundario. Esta es la verdadera diferencia entre la economía global ya existente en el pasado, antes de 1914, y la de hoy en día. Antes de la Gran Guerra existía, en efecto, un movimiento de capitales, bienes y trabajo que podríamos definir como global. Pero lo que todavía no era posible era la emancipación de los bienes manufactureros y quizás agrícolas de los territorios en que se producían. Cuando la gente decía «industria italiana», o «inglesa», o «estadounidense» no se refería sólo a industrias propiedad de ciudadanos de aquellos países, sino a procesos que tenían lugar más o menos íntegramente en Italia, Inglaterra o los Estados Unidos, a bienes que se producían dentro de los confines nacionales y que después se intercambiaban con otros países. Ahora ya no es así.

P. *Es el proceso que usted ha descrito con estas palabras: hoy todos olvidan que Benetton procede de Italia, o que Body Shop nació en Inglaterra o que la cultura de los walk-man viene del Japón; yo mismo he olvidado de dónde proviene la línea de moda juvenil de Gap.*

R. Exactamente. Diré más: ¿cómo podemos decir que un Ford es un automóvil estadounidense si se construye ensamblando componentes japoneses y europeos con piezas producidas en Detroit? Por eso me parece indiscutible que la economía global anterior a 1914 era mucho más primitiva. El único gran factor que, paradójicamente, hacía aquella economía más global, es que en aquellos tiempos había libertad de movimiento para la fuerza de trabajo a través de la emigración de masas. Porque es interesante anotar sobre la fase actual de la economía global que se ha desarrollado controlando estrictamente a la inmigración en todos los grandes países capitalistas.

P. *Una de las novedades que usted también apunta es la difusión de la información tecnológica, de las comunicaciones, en tiempo real. Pero en opinión de Samuel Brittan, Internet no es mucho más importante que la invención del cable submarino transatlántico que transmitió rápidamente a la Bolsa de Nueva York las noticias del crash financiero de Viena en 1873. ¿Cuál es la verdadera importancia de la nueva tecnología en la economía global?*

R. Es difícil de decir, porque no estoy lo suficientemente informado sobre las capacidades reales de la tecnología informática moderna. Y, por otra parte, son muy pocos los que

verdaderamente disponen de estos conocimientos en profundidad. Sabemos que estos procesos informáticos transforman el mercado financiero internacional, creando un desequilibrio total entre la economía real del mundo, la producción de bienes y servicios reales y la riada de derivados, derechos, apuestas y, en fin, de todas las transacciones financieras que se desarrollan en los ordenadores de los operadores. El montante de este flujo financiero es muchas veces mayor que el producto total real del planeta. Eso se debe a la tecnología de la información, que lo hace extraordinariamente fácil. Y hace incluso posible para la gente corriente, como los llamados *day traders*, entrar en el mercado y hacer beneficios, comprando y vendiendo en el transcurso de la jornada con promesas de pago, sin transferencia real de dinero.

Pero para explicar la diferencia entre lo que parece y lo que verdaderamente es, debemos volver un momento a definir que es lo que entendemos exactamente por globalización, y que es lo que se supone quiera o pueda alcanzar. Imaginémonos por un momento el punto teóricamente más avanzado de globalización: una situación en la que todos los habitantes del globo, admitiendo hipotéticamente que dispongan de los mismos recursos y del mismo dinero para gastar, pudiesen tener en teoría el mismo acceso a los bienes y a los servicios producidos en cualquier rincón del mundo. Es decir, que vivir en la Antártida no creara ninguna desventaja respecto a vivir en Nueva York o en Roma. Si admitimos que estos bienes y servicios pueden producirse en cantidad suficiente para satisfacer la demanda de todos, la gente no debería estar condicionada por su situación geográfica. Pues bien, no es así. En primer lugar por razones prácticas, porque las personas disponen de recursos distintos, unos son ricos, otros son pobres; o porque su poder es

desigual, muchos son libres, otros están presos. Sin embargo, esta condición no tiene nada que ver con la dimensión global, podría determinarse también en el interior de un único país o ciudad, y por lo tanto no nos interesa a los fines de nuestra hipótesis teórica.

El problema reside en que seguiría siendo imposible tener una disponibilidad absoluta de determinados bienes o servicios, aunque viviésemos en una situación de globalización completa. Los economistas se han ocupado de analizar el caso de los bienes cuya disponibilidad, por su naturaleza misma, es limitada, o que sólo existen en condiciones de unicidad, los llamados *positional goods*. Pongamos algún ejemplo. Es posible garantizar a todo el mundo que van a tener igual acceso a la Coca-Cola. Pero no es posible que todos tengan el mismo acceso a una entrada para el teatro de ópera de la Scala, de Milán. Porque por la naturaleza misma de este bien, el número de entradas de la Scala es limitado y no se pueden producir más. Claro que en términos prácticos se puede resolver el problema de otro modo, por ejemplo logrando que todo el mundo pueda acceder a los discos compactos que contienen las óperas que se representan en la Scala. Pero no es exactamente lo mismo, ni en teoría ni en la realidad. Por tanto, en cierto sentido, la globalización significa un acceso más amplio, pero no una igualdad de acceso para todos, ni siquiera en su punto hipotéticamente más alto. También los recursos naturales se hallan distribuidos de forma desigual.

Por eso creo que el problema de la globalización es la aspiración a garantizar un acceso tendencialmente igualitario para todos a los productos de un mundo que es, por su naturaleza, desigual y distinto. Hay una tensión entre dos «abstracciones». Se intenta encontrar un denominador común al que puedan acceder todas las personas para obtener

cosas que no son, repito, accesibles naturalmente a todos. Y ese denominador es el dinero, es decir, otra «abstracción»

Al mismo tiempo, el proceso técnico de la globalización requiere un elevado grado de estandarización, de homogeneización, y uno de los grandes problemas del siglo *xxi* será comprobar cuales son los límites de tolerancia de esa homogeneidad, a partir de qué umbral se generan formas de rechazo, hasta qué punto la homogeneidad se puede combinar con la multiforme variedad del mundo.

Técnicamente la tendencia hacia la homogeneización es fortísima. Piense por ejemplo en los transportes. Hoy en día, una persona, en el interior de un aeropuerto, no está en condiciones de decir en qué continente se encuentra. Porque se han uniformizado los mecanismos funcionales, actúan de la misma forma, se han organizado globalmente y con un lenguaje único: el inglés. Recientemente se produjo un grave accidente aéreo porque un piloto kazako no fue capaz de comprender las instrucciones en inglés que le llegaban de la torre de control del aeropuerto de Delhi. Vea de mandar a un fotógrafo a las salas de los grandes aeropuertos del mundo, y trate después de distinguir las fotografías: por todas partes se ven las mismas tiendas, los mismos paneles, la misma multitud variopinta. Y en todas partes hay aire acondicionado, de tal suerte que ni siquiera se puede advertir la diferencia climática. Del mismo modo los procesos productivos de la industria, no menos que los de la agricultura, están cada vez más estandarizados.

Así que, a mi juicio, el problema del siglo *xxi* está en averiguar la fuerza de los obstáculos que se opondrán a este creciente proceso de homogeneización.

P. *Usted ha dicho que Internet está modificando el modo de funcionar mismo del mercado financiero, y ha citado el fenómeno de los day traders, individuos particulares que intervienen en el mercado desde sus casas. ¿Nos encontramos tal vez en los umbrales de una era de «capitalismo democrático», en la que no sólo las grandes empresas sino los propios cabezas de familia pueden participar en el banquete y compartir los beneficios?*

R. En los Estados Unidos ya es así. Pero este fenómeno no tiene en realidad mucho que ver con la globalización. El problema que usted plantea en realidad es saber hasta qué punto un ciudadano de a pie puede conseguir un trozo del pastel de la riqueza global, que ha experimentado un increíble incremento y que aún sigue creciendo. Y de qué forma lo puede conseguir.

La vía «americana» consiste en ampliar constantemente la propiedad personal de acciones, en especial las acciones de sociedades que se crée tienen un gran futuro, por ejemplo las que operan en Internet. Se trata de empresas que, como usted sabe, no obtienen todavía beneficios reales, pero de las que se espera van a obtenerlos en el futuro. El grado de eficiencia de este sistema es aún objeto de debate. Hay gente en los Estados Unidos que sostiene que es una solución permanente para los problemas de la distribución de la riqueza. Para mí no está claro cuántos estadounidenses se benefician realmente de este modo de dividir los rendimientos del crecimiento nacional, o global, y cuántos no.

Aunque también es cierto que, fuera de los Estados Unidos, lo que acabamos de describir no es, por el momento, un factor muy importante de la economía. Pero una cosa está clara: la democratización del capitalismo se ha difundido en

los últimos años de dos formas, con la compra de acciones por parte de los individuos, pero también —fenómeno más importante a la larga— por parte de inversores colectivos, como los fondos de pensiones. Se puede sostener que los fondos de pensiones, que invierten dinero por cuenta de personas que no necesariamente lo hacen también en tanto que individuos, pueden constituir un elemento de democracia verdaderamente importante en la distribución de la riqueza.

Pero, al mismo tiempo, es evidente que las inversiones de los individuos como tales son mucho menos importantes que las inversiones que llevan a cabo los grandes grupos empresariales. Por ejemplo, en Gran Bretaña, durante el gobierno de la señora Thatcher, se llevó a cabo un intento sistemático de presión sobre la gente normal para que comprase acciones. Sin embargo, la realidad es que la distribución de la propiedad de las acciones en Gran Bretaña entre grandes grupos empresariales y personas particulares es hoy mucho más desigual de lo que lo era antes de la Thatcher: la propiedad de acciones en manos privadas es todavía una parte pequeña, incluso ínfima, del total de las inversiones. O sea, que el crecimiento de la economía nacional y global se distribuye de forma muy desigual, y que los ricos se llevan un trozo cada vez mayor de ese crecimiento.

P. Los gobiernos utilizan con frecuencia la globalización para declararse impotentes, para declinar toda responsabilidad en la gestión de la economía y en el control de los mercados. Tony Blair —que usted ha definido, algo severamente en mi opinión, como «una Thatcher en pantalones»— recu-

rre constantemente a esta teoría. ¿Es de verdad así?, ¿han perdido los estados sus prerrogativas? El sociólogo alemán Ulrich Beck habla de un «gozoso suicidio público» perpetrado por los políticos que piden más mercado.

R. Yo creo que sobre esto hay una cierta confusión entre dos hechos distintos. El proceso de globalización es, sin duda, irreversible, y, en ciertos aspectos, independiente de lo que hagan los gobiernos. Pero otra cosa es la ideología basada en la globalización, la ideología del *free market*, el neoliberalismo, lo que también se ha llamado «fundamentalismo del mercado libre».

Esta ideología se basa en el supuesto de que el mercado libre maximiza el crecimiento y la riqueza en el mundo, y produce una distribución óptima del incremento resultante. Se sigue de ello que todos los intentos de controlar y regular el mercado producirán resultados negativos porque reducirán la acumulación del beneficio capitalista y, por lo tanto, impedirán la maximización de la tasa de crecimiento. En mi opinión no ha habido nunca justificación alguna para esta ideología. Tal vez se pueda decir que un mercado capitalista libre tiene un índice más alto de crecimiento que cualquier otro sistema, pero desde luego no que produce una distribución óptima de la riqueza.

Desde el punto de vista de los profetas de un mercado libre global, todo lo que cuenta es el total de riqueza producida y de crecimiento económico conseguido, sin ninguna consideración por la forma en que se distribuye. Si se pudiera demostrar que un mercado completamente libre produce una tasa de crecimiento excepcional, que, por ejemplo, en la industria cinematográfica el mercado libre produjera más películas que ningún otro sistema, pero con la condición de que todas esas películas se realizaran en Hollywood

y no en ninguna otra parte, los economistas del mercado libre no verían nada malo en ello.

En resumen, los defensores del mercado libre parten del supuesto de que la distribución actual de las ventajas conseguidas se mantenga inmutable y no pueda ser mejorada. Hace ciento cincuenta años, los teóricos del mercado libre, que en aquella época eran británicos, dijeron a los alemanes que lo mejor que podían hacer era incrementar su producción agrícola, venderla a los ingleses e importar de Gran Bretaña los productos manufacturados, puesto que los alemanes podían producir fruta y productos alimenticios a menor costo que los ingleses y éstos podían producir bienes industriales a menor costo que los alemanes. De modo que con eso se habría conseguido la solución ideal. Lo cierto es que si se hubiera llevado a cabo esa política no habría producido un desarrollo equilibrado de la economía mundial, sino que, por el contrario, se habría producido un crecimiento fuertemente desequilibrado. Para los neoliberales eso no tiene ninguna importancia.

Por otra parte, el argumento de que los recursos se distribuyen de forma óptima a través de la maximización del crecimiento capitalista no ha sido nunca convincente. El mismísimo Adam Smith creía que había algo que el mercado no podía o no debía hacer.

Por estas razones los gobiernos que adoptan la ideología del mercado libre no dicen lo mismo que quienes, como yo, aceptamos que la globalización no es reversible. Pero hay otras formas de avanzar en la globalización y no sólo limitándose a remover los obstáculos para conseguir beneficios.

En efecto, si buscamos en la historia las razones de una evolución equilibrada de la industria mundial, se verá que esa evolución equilibrada no la produjo el liberalismo sino su contrario. Estados Unidos y Alemania, en el siglo XIX, se

convirtieron en países industrializados exactamente porque no aceptaron el libre comercio e insistieron en proteger sus industrias hasta que estuvieron en condiciones de competir con la economía dominante, que era entonces la británica. En el siglo xx, el desarrollo masivo de la industria en el Tercer Mundo se ha caracterizado de nuevo por el proteccionismo. Con la excepción de Hong Kong, los llamados «tigres asiáticos» han sido proteccionistas. Y también la industrialización de países como Brasil y México se realizó rechazando explícitamente la lógica del mercado libre.

Y sin embargo hoy en día, como usted dice, son muy pocos los gobiernos que no aceptan esa lógica. La moda de la ideología del mercado libre es de alguna forma un producto colateral de la última fase del «siglo corto», es decir, de la ruptura de la llamada «edad de oro» keynesiana. Pero esta moda está desapareciendo, si es que no ha desaparecido ya. Mi impresión es que, cuando los historiadores de dentro de cincuenta años analicen nuestra época, dirán probablemente que la última parte del «siglo xx corto» terminó con dos acontecimientos: el colapso de la Unión Soviética, pero también la bancarrota de la política del fundamentalismo del mercado libre, que determinó las políticas de los gobiernos desde el fin de la edad de oro. La crisis global de 1997-1998 puede tomarse como un claro punto de referencia.

P. *La verdad es que este consenso general sobre la teoría económica neoclásica de Von Hayek y Milton Friedman, este pensamiento único, hoy es centro de la crítica, incluida la de grandes especuladores como George Soros o la de economistas liberales como Krugman o Bhagwati.*

R. Sí, esa ideología está en crisis. Y no sólo y no tanto porque haya producido una redistribución de la riqueza más desigual, sino sobre todo porque el sistema se ha quebrado. Lo que sucedió en 1997-1998 me parece que constituye un desgaste muy importante de la economía capitalista global. Y es opinión generalizada que la ruptura debe atribuirse en su mayor parte al escaso control ejercido sobre los procedimientos para las inversiones y el flujo financiero internacional. Desde entonces, y sólo desde entonces, empezó a producirse un rechazo del credo fundamentalista del mercado libre. En ciertos aspectos todo esto lo ha revelado dramáticamente la crisis del Extremo Oriente, pero sobre todo el desastre ruso, aunque también es verdad que algunos capitalistas inteligentes empezaron a comprender la realidad bastante pronto. Soros emprendió su crítica del mercado libre en los inicios de 1996, antes de que al *boom* le sucediera el colapso en medio mundo, que llegó incluso a colocar a la economía estadounidense al borde del abismo. Usted recordará que el Long Term Investment Fund se salvó tan sólo gracias a la intervención directa del gobierno de los Estados Unidos, de la Reserva Federal, y, con él, la estabilidad del sistema financiero norteamericano.

P. *Pero hoy aquella crisis parece superada. Todos prevén que no llegará la depresión, que el sistema está a salvo.*

R. Eso no me sorprende. En mi libro *Historia del siglo xx* sugiero que nos estamos dirigiendo hacia una época de expansión global masiva hecha posible por la globalización de la industria. Nadie esperaba la crisis final del capitalismo o la catástrofe. No obstante —y no tenga dudas sobre eso— la

crisis que acabo de mencionar fue una crisis grave. En Occidente tendimos a infravalorar su gravedad. Pero del mismo modo que todos hablamos de globalización, debemos ver también aquella crisis en términos globales, no sólo juzgándola por el efecto que haya tenido en los europeos o en los norteamericanos. Y, globalmente hablando, ha sido un hecho dramático. Ha habido países del sudeste asiático en los que la crisis produjo efectos por lo menos tan graves como los que azotaron a los Estados Unidos tras el *crash* de 1929.

¿Que la crisis ha sido superada? Perfecto, me alegro. Pero eso no significa que se pueda volver a creer, de forma totalmente acrítica, en una expansión sin controles. Advierto, por otra parte, que en estos momentos, a despecho de la retórica del libre comercio, asistimos a una reaparición del proteccionismo y de las disputas ligadas a él entre los Estados Unidos y la Unión Europea, y también entre Estados Unidos y China.

Es muy significativo que estos conflictos representen la inversión de la tradicional política de mercado libre de los Estados Unidos. No creo que, desde los años treinta, haya existido nunca una confrontación directa entre los Estados Unidos y países europeos, con amenazas de guerra comercial y aranceles de castigo, parecida a la que estamos viendo ahora. Observo que esto es un hecho nuevo en la economía global, en especial para los Estados Unidos, que se supone deberían estar al cien por cien a favor del comercio libre.

P. *Analicemos el caso de Rusia. Usted ha escrito que tal vez se trata del único país del mundo donde se ha experimentado plenamente la teoría según la cual todo lo que necesita la*

economía es el mercado libre. ¿Con qué resultados? He leído recientemente que allí los pensionistas viven hoy con ingresos mensuales que oscilan entre los 10 y los 100 dólares, y que la mitad de la moneda que circula es extranjera. Se ha dicho que para tener una idea del problema ruso basta con pensar simplemente en que para levantar la situación de menos de 17 millones de alemanes orientales han sido necesarios hasta ahora 70 billones de pesetas.

R. Verdaderamente Rusia es un caso especial. Algunos economistas creen en teoría en el triunfo total de la ideología del mercado libre, pero en la práctica ningún país había experimentado profundamente esa vía. En parte porque existían obstáculos políticos. Por ejemplo, ningún país, y menos los Estados Unidos, ha estado en condiciones de consentir una inmigración completamente libre. Rusia es, pues, en realidad el único caso en que alguien decidió aplicar totalmente, de la noche a la mañana, la lógica del mercado libre capitalista; y los resultados han sido un desastre sin paliativos. Si tuviera que comparar los efectos positivos y los negativos del colapso de la Unión Soviética y de su sistema político, estos últimos son indudablemente muy superiores. Y eso lo piensa la gran mayoría de los rusos. Muchos rusos de una cierta edad dicen hoy que preferirían regresar a los años setenta, a los días de Breznev. Una medida del desastre ruso nos la da el hecho de que la época de Breznev pueda aparecer hoy como la edad de oro de aquellas gentes.

En Occidente ni siquiera llegamos a comprender la escala de la catástrofe humana que se ha abatido sobre Rusia: la inversión total de las tendencias históricas; con una esperanza de vida que ha descendido diez años en el último decenio, con una gran parte de la economía, incluida la eco-

nomía urbana, reducida de hecho a agricultura de subsistencia... no creo que exista ningún ejemplo comparable en el siglo xx.

La pregunta es: ¿se debe enteramente el desastre a la aplicación de las reglas del mercado libre? Para mí la respuesta es sí, porque las reglas del mercado libre, aun siendo adecuadas, requieren un determinado tipo de sociedad. Si este tipo de sociedad no existe, el efecto es desastroso.

P. *Pero gran parte del desastre ruso tiene que ver con el colapso de las instituciones del estado y de la cohesión social. ¿Tal vez usted preferiría que estuviesen aún Gorbachov y la Unión Soviética en lugar de Yeltsin y de Rusia?*

R. El fracaso de Gorbachov estaba escrito desde el principio. Como he tratado de explicar en mi *Historia del siglo xx*, la situación era punto menos que irresoluble en Rusia, porque la única organización que aún estaba en pie y funcionaba, el partido comunista, era, al mismo tiempo, el mayor obstáculo para las reformas. Sin embargo, creo que la destrucción, que de hecho llevó a cabo Gorbachov, de la única organización de la sociedad rusa que tenía capacidad de actuación destruyó *de facto* la Unión Soviética. Y así lo ha entendido Rusia, condenándolo.

Comparemos Rusia con China. Para ambas economías socialistas estaba claro, ya desde los años sesenta, que si querían continuar existiendo debían integrar en sus sistemas elementos de mercado, de interés para el consumidor. Desde los años sesenta, no sólo Hungría o Checoslovaquia, sino la misma Rusia intentaron llevar a cabo una serie de reformas que, sustancialmente, apuntaban a introducir en

sus economías elementos de mercado. Ese era claramente el camino a seguir.

Otra cosa es que estas modificaciones pudieran realizarse conservando la estructura del estado socialista. Pero si hoy comparamos los estados comunistas en los que se produjo el colapso del régimen con la caída de la Unión Soviética y China, veremos que China no sólo no se ha venido abajo, sino que, por el contrario, prosigue con un proceso sistemático de reformas económicas claramente dirigidas hacia el mercado. Y además con éxito, a pesar de sus numerosos problemas económicos y sociales. Y ello, en primer lugar, porque el estado y el partido no abdicaron; habían visto lo ocurrido en la Unión Soviética e hicieron cuanto pudieron por evitarlo. Ese es, en mi opinión, el auténtico significado de Tiananmen. En segundo lugar, porque eran perfectamente conscientes de la necesidad de organizar la transición; es decir, entendieron que no se puede transferir alegremente las partes ineficientes de la economía al mercado libre sino que se debe prever de algún modo un porvenir para las grandes industrias del estado, y no sólo el cierre porque no producen beneficios.

Como China consiguió mantener el control de este proceso, el estado, de un modo u otro, asumió la responsabilidad de afrontar los problemas de la transición. Este país, diez años después de 1991, tiene una economía en crecimiento, poderosa, formidable en muchos aspectos. Es obvio que aún tiene graves problemas, pero de ningún modo comparables con los que está sufriendo Rusia.

P. *Hay muchas contradicciones en la escuela del laissez-faire. Por ejemplo —y usted lo ha indicado ya—, en los países*

desarrollados circulan libremente capitales y mercancías, pero no la fuerza de trabajo. En una economía basada en la competencia proliferan, sin embargo, las grandes fusiones que tratan de conquistar posiciones de monopolio en el mercado. Mientras que la teoría neoclásica habla de un «umbral natural de desempleo» que hay que preservar para evitar la inflación, hoy en día todo el énfasis de los gobiernos se pone en la lucha contra la deflación y en el apoyo público al empleo. ¿Qué opina sobre todo esto?

R. Me parece francamente natural que la economía de la libre competencia tienda al monopolio. En definitiva, esta es la esencia del análisis de Marx. La economía capitalista produce una tendencia a la concentración de capitales. En las condiciones actuales se da más rápidamente, pero siempre ha existido. De verdad que no me sorprende.

Las otras preguntas que usted plantea me parecen más interesantes porque ponen de relieve los límites que constriñen el proceso histórico de globalización. Muchos ideólogos y políticos tienden a comportarse como si este proceso fuese incontrolable, como si ningún gobierno tuviese la capacidad de resistir. Sencillamente —piensan— deberíamos secundarlo y adaptarnos a él. Pero en realidad los ejemplos que usted pone demuestran que este proceso tiene límites que no se pueden superar, y que se deben fundamentalmente a resistencias políticas por parte de las poblaciones, como en el caso de los frenos impuestos a la inmigración de fuerza de trabajo a costo más bajo. Desde el punto de vista de la lógica del mercado libre, debería haber una completa libertad de movimientos de todos los factores de la producción. Y sin embargo se ha demostrado poco menos que imposible conseguir que un factor de producción como es el trabajo pueda moverse sin ataduras de ninguna clase.

Hoy existe menos libertad de movimiento de la fuerza de trabajo de la que había en el mundo antes de 1914, cuando no existía límite alguno a la inmigración ni en los Estados Unidos ni en América del Sur. No conozco ningún país que tenga hoy una política de inmigración análoga, ni los Estados Unidos mismos. Y menos que ninguno la Unión Europea que, desde un punto de vista global, es sobre todo un mecanismo organizado para excluir la inmigración.

Al mismo tiempo, por razones políticas o prácticas, pese a toda la cháchara sobre la flexibilidad del mercado de trabajo, no hay ningún gobierno que piense seriamente en lograrla bajando los niveles salariales italianos o ingleses al nivel de los camboyanos o chinos, pongo por caso. Porque los efectos políticos y sociales serían inabarcables. O, por lo menos, así se les considera.

En definitiva, la idea de que la globalización no se puede controlar es errónea. Sabemos que se puede. Hay algunas cosas más difíciles de controlar, pero está claro que el control es posible porque ahora mismo los gobiernos ya lo practican con regularidad.

Esto nos lleva al gran problema del enfrentamiento entre las fuerzas del capitalismo, que son favorables a la remoción de cualquier obstáculo, y las fuerzas políticas, que operan fundamentalmente a través de los estados nacionales y que están obligadas a regular — o que regulan deliberadamente — sus actividades. Las leyes del desarrollo capitalista son sencillas: maximizar el crecimiento, el beneficio, el incremento del capital. Pero las prioridades de los gobiernos y de los pueblos organizados en sociedad son, por su naturaleza, diferentes. Y por tanto, hasta cierto punto, conflictivas.

P. *Usted —y no sólo usted— propugna alguna forma de control de los mercados financieros para frenar las reacciones neuróticas que se dan en ellos, de efecto dominó, que pueden transformar el aleteo de una mariposa en una zona del mundo en un gigantesco desastre financiero global. ¿Pero quién debería imponer estas reglas? ¿Los estados, que no tienen la fuerza para ello, o los organismos internacionales, que no tienen el poder de hacerlo y que tal vez aplican remedios peores que la enfermedad?*

R. Las únicas organizaciones internacionales que existen, existen porque han sido autorizadas por los estados-nación. No tienen poderes independientes, más allá de los que le han conferido los países dirigentes: los Estados Unidos y un par más.

Desde la gran depresión, pero sobre todo desde el final de la segunda guerra mundial, existen organizaciones internacionales cuyas funciones son controlar el flujo de capitales: la Banca de Regulaciones Internacionales, que existe desde 1929, el Fondo Monetario Internacional y la Banca Mundial, que proceden de los acuerdos de Bretton Woods alcanzados gracias a la colaboración entre Keynes y los economistas estadounidenses. Entre paréntesis: probablemente las cosas habrían ido mejor si Keynes hubiera tenido más éxito. Pero pasó lo que pasó.

Pero incluso estas instituciones deben depender de los estados. Así que, de hecho, los estados siguen siendo la única autoridad política. Ya lo hemos dicho: no hay una tendencia natural hacia una globalización de las organizaciones políticas comparable con la tendencia natural de la economía a la globalización. Los dos fenómenos son notablemente distintos. Y la existencia misma de una autoridad internacional es fruto de una decisión política y no de la ló-

gica de los desarrollos económicos o tecnológicos. Es un problema que planeará sobre el siglo xxi.

Durante los últimos veinte años, cuando la moda del fundamentalismo del mercado se hallaba en su apogeo, pareció por un instante que a los estados se les podía debilitar seriamente o incluso se podía llegar a eliminarlos como obstáculos para la economía transnacional. Este fue el objeto de las negociaciones sobre el Multilateral Agreement on Investment, que hubiera debido garantizar a los grandes grupos empresariales el derecho unilateral de llevar a juicio a los estados si alguna de sus disposiciones políticas perjudicaba a los beneficios. Pero, al cabo de pocos meses, las negociaciones apenas comenzadas ya estaban de hecho muertas. No creo que vayan a volver a intentarlo, no por lo menos en los mismos términos. Hay, pues, y seguirá existiendo, un conflicto constante.

Sería interesante especular sobre cómo sería un mundo en el que los estados dejaran de representar un límite al desarrollo de la economía capitalista transnacional. Ya hay quien lo ha hecho tratando de imaginar un planeta donde las unidades básicas no estén ya constituidas por estados, sino por grandes grupos empresariales. En términos teóricos es posible imaginar un mundo no dividido por líneas geográficas, sino acorde a la presencia de las doscientas empresas internacionales más importantes, circundadas, primero, por entidades económicas menores que, sin embargo, sigan siendo multinacionales, tipo Benetton, y, después, por un amplio número de empresas muy pequeñas, pero con acceso al mercado global a través de Internet, como es el caso de una familia de chacineros ingleses que hoy televende sus productos en todos los continentes.

¿Cómo sería un mundo organizado así? Sabemos que las naciones dirigentes como Estados Unidos, Inglaterra, Fran-

cia, Alemania, se han mantenido con vida, y en líneas generales en calidad de grandes potencias, durante doscientos o trescientos años. Sabemos también que pueden volverse menos estables, y ya conocemos el caso de Rusia. También sabemos que en el futuro podrían cuartearse, como es el caso del Reino Unido, pero la relativa estabilidad del mapa político del mundo desarrollado, en la forma que determinan los estados, es algo que podemos dar por descontado.

No está claro, en cambio, si esto sería también cierto en un mundo organizado en torno a los grandes protagonistas de la economía global, GM, Ford, IBM, Microsoft: cualquiera de estos gigantes puede sufrir cambios más importantes en sus estructuras que los estados. En la Baja Edad Media, el ducado de Borgoña representaba un gran poder político y cultural, pero luego desapareció. No es impensable que unidades que hoy consideramos como parte permanente del paisaje económico, la General Motors pongamos por caso, puedan desaparecer o ser absorbidas en el breve plazo de cuarenta o cincuenta años. Porque la dinámica de la economía global es tal que no garantiza la estabilidad de sus protagonistas. Tome el caso de la Olivetti, que es más pequeña que Telecom Italia y, sin embargo, está en disposición de hacerse con su control.

Ahora bien, suponga que desaparece la relativa estabilidad de los estados: ciertamente se incrementaría la inestabilidad de un mundo organizado según las líneas de la economía transnacional.

Estos dos sistemas que hoy coexisten y que deben adaptarse uno a otro, están en una constante tensión. Por ejemplo, es claro que la economía internacional encuentra trabas en las leyes nacionales a las que debe someterse, y por lo tanto ha ido desarrollando un sistema paralelo de jurisprudencia.

dencia basado en la legislación internacional. Se trata de evitar la subordinación a las magistraturas locales, por ejemplo estableciendo el principio de recurso a arbitrajes de cuerpos independientes.

Pero nos hallamos, y seguiremos estando, en una situación en la que los actores de la economía global deben acatar las leyes y las instituciones de los sistemas estatales existentes. Al menos en los países dirigentes. Quizá no sea así en un reducido número de pequeñas e irrelevantes unidades políticas que pueden ser manipuladas y controladas por la economía global, como es el caso de Liechtenstein y de los llamados paraísos fiscales. Pero si se repara en que incluso un país como Malasia estuvo en condiciones de decidir cómo iba a afrontar la crisis de 1998, en contra de los consejos de las bancas internacionales que le explicaban qué era lo que no debía hacer, se comprende que no se puede interferir más allá de ciertos límites en la soberanía de los estados.

El problema no es, por tanto, si los gobiernos podrán controlar a las grandes empresas internacionales en el interior de sus fronteras. El verdadero problema es el control global. En cierto sentido, cuando empresas globales y gobiernos entran en conflicto, estos últimos deben negociar como si se las tuvieran que ver con otros estados. Piense por ejemplo en lo que sucedió cuando la Volkswagen se retiró de Valencia; o cuando la BMW cerró una planta importante en Inglaterra. En esos casos los respectivos gobiernos tuvieron que negociar con las empresas como si de verdaderos estados se tratara. Naturalmente, cuanto más fuertes sean los estados, más pueden conseguir. Pero no les queda más remedio que negociar.

Hasta ahora el único intento de controlar globalmente la economía transnacional es el que ha dado vida a un con-

sorcio de estados, la Unión Europea. Si esa tentativa puede llegar a tener éxito es aún materia de discusión.

Yo creo que nadie duda de que pueda llegar a tenerlo, aun cuando sea técnicamente difícil. Por ejemplo, en último término, y en un caso extremo, sería posible que los Estados Unidos interfiriesen en la transferencia misma de capitales, desmontando un gran número de satélites a través de los que opera el sistema financiero. Pero el peligro de la situación actual reside en el hecho de que los países dirigentes, los Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón, sólo se ven obligados a tomar medidas eficaces en tiempo de crisis. Cuando ésta pasa, los incentivos para actuar desaparecen. Que es lo que está pasando hoy. Durante un par de meses, hacia el final del otoño de 1998, todos estaban de acuerdo en que era necesario reorganizar el control internacional de los asuntos financieros, en que había que construir un nuevo Bretton Woods. Pero hoy los norteamericanos dicen que no hay ninguna necesidad de ello.

Yo, sin embargo, creó que al final se decidirá establecer un nivel de control mayor. Cómo se llevará a cabo es ya otro cantar. Existen importantes diferencias de opinión entre los técnicos, entre el Fondo Monetario Internacional, la Banca Mundial, la Reserva Federal. La paradoja es que los Estados Unidos no son ya lo bastante fuertes como para imponer un nuevo orden económico. En los años cuarenta, si los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban de acuerdo, se hacía. Hoy día, aunque los Estados Unidos quisieran de verdad una reestructuración del sistema financiero mundial, ya veríamos si conseguían imponerlo.

P. *Usted es un apasionado defensor de lo que usted mismo ha llamado la edad de oro keynesiana, que se vivió en Occidente tras la segunda guerra mundial. Nos ha hecho ver que el crecimiento de los países desarrollados fue mayor en los años 1960-1974, con una media anual del 4,9 por 100, que durante los que experimentaron las teorías neoliberales, entre 1990 y 1997, cuando el índice medio de crecimiento anual fue del 2,15 por 100. ¿Pero de veras cree que se puede aplicar una receta keynesiana a la economía de hoy? Mitterrand trató de hacerlo al principio de su largo reinado, pero al cabo de dos años tuvo que someterse a la ortodoxia capitalista. También lo ha intentado Lafontaine y ha durado menos de seis meses.*

Debe haber algo erróneo en esta idea, ¿no le parece?

R. No existen recetas económicas válidas universalmente y para cualquier momento. Está claro que las políticas keynesianas funcionaron muy bien entre los años 1950 y 1960; en parte a causa de las condiciones políticas, porque quien ostentaba el gobierno quería que funcionasen; pero también porque se daban unas determinadas condiciones que no se pueden repetir. En aquellos años fue posible incrementar ingresos, salarios y protección social sin reducir el crecimiento y sin producir una inflación incontrolable. Yo no diría que se pueda resucitar aquel régimen económico.

Desde luego no es posible, para países de medianas dimensiones, aplicar una receta económica sin tener en cuenta las leyes de la economía planetaria, a menos que no decidan mantenerse al margen de la globalización, lo que hoy por hoy es muy improbable aunque sea teóricamente posible. Tenemos casos extremos, como el de Albania, que se aisló prácticamente del resto del mundo y que aguantó hasta el colapso del comunismo. No era desde luego una eco-

nomía buena, eficiente y rica, en la que nos hubiera gustado vivir. La gente era muy pobre. Pero fue posible hacerlo. La economía albanesa sufrió el colapso cuando hizo crisis el sistema político que la mantenía fuera del mundo.

No estoy diciendo que exista una posibilidad real de que otros se comporten así en el futuro, sólo que no podemos excluirlo. Algunas zonas del mundo podrían decidir, por ejemplo, abrazar el proteccionismo; una hipótesis no muy deseable porque podría disminuir la tasa de crecimiento de la riqueza mundial, pero que no necesariamente se convertiría en un desastre para los países que decidieran elegir esa vía.

Hoy los gobiernos están comprometidos en una era de política democrática, en la que se hacen predominantes los intereses de la gente común, en la que, en definitiva, deben hacer lo que sus gobernados les piden. Incluso en los regímenes de mercado libre más radical, la sanidad, los servicios públicos o las pensiones los proporciona en su mayor parte el estado. Estas me parecen las tres mayores demandas sociales a las que todo gobierno debe dar respuesta, y ninguna de ellas puede garantizarse, por lo menos en parte, sin un sistema organizado por los gobiernos.

Ni siquiera en los Estados Unidos, por ejemplo, ningún gobierno, ni tan sólo el republicano, se plantearía abolir Medicare, que es un servicio gratuito de sanidad para los ancianos. Ningún gobierno, ni siquiera los conservadores, ha tratado jamás de abolir el estado del bienestar en Europa. Los conservadores han gastado en bienestar tanto como hayan podido hacer los gobiernos socialistas e incluso más. Han tratado, eso sí, de hacerlo menos atractivo, de disuadir al ciudadano de que recurra a él, pero en realidad no han estado en condiciones de abolirlo por completo. Por lo tanto, los gobiernos deben tener una política económica que no

deprima la producción de riqueza creada por la empresa privada, pero que, al mismo tiempo, provea a las peticiones sociales de la población.

En Gran Bretaña se ha discutido mucho y muy largo sobre la privatización del sistema de pensiones. Margaret Thatcher trató de hacerlo, pero en seguida se vio claramente que los individuos no tienen forma de proveerse de ingresos para la vejez si no cuentan con alguna forma de asistencia del gobierno. Incluso aunque esta ayuda se limite simplemente a una serie de desgravaciones fiscales sobre el ahorro para planes de pensiones.

Para una buena parte de los habitantes de Estados Unidos, la cuestión de las pensiones es hoy un problema menos grave por el enorme crecimiento del valor de las acciones en Wall Street. Pero, como ya he dicho, este es un caso único, que afecta como máximo al 5 por 100 de la población mundial.

P. Una de las grandes fuerzas que se dan en los Estados Unidos y en la economía global es el consumo. El boom de los noventa se ha basado en una elección de los estadounidenses, que en la práctica han dejado de ahorrar y que gastan o bien invierten todo lo que tienen, especialmente en el mercado bursátil. Eso sí que me parece de verdad un mundo nuevo. Usted ha escrito: «Vivimos en una época que le hubiera gustado a María Antonieta, en la que la mayoría de la gente puede comer brioches en lugar de pan».

¿No es una ironía de la historia que sea precisamente el consumo —tan demonizado— lo que sostiene el sistema?

R. Creo que es algo más que una ironía de la historia. El crecimiento de la riqueza en el mundo es de tal magnitud que ha transformado enteramente la situación.

Considere el turismo y los viajes. En 1997 el número de noches pasadas fuera de casa en un país extranjero ha sido de 630 millones. En términos estadísticos significa una noche por cada nueve seres humanos.

Nosotros aún no nos damos perfecta cuenta de hasta qué punto la posibilidad de moverse a través del planeta puede cambiar el mundo. Antes de la última guerra, el número de norteamericanos que viajaba a América Central (México, el Caribe) no fue nunca superior a los 150.000 en un año. Menos de los que hoy visitan Disneylandia en un solo día.

La capacidad de la economía global de producir mucho más, aunque con una distribución extremadamente desigual, ha transformado el mercado de los consumidores, antes que en ninguna parte en los Estados Unidos, luego en Australia, después en Europa, pero también, y cada vez más, en cualquier rincón del mundo. No debemos olvidar jamás que, a fines del siglo xx, a pesar de las extraordinarias catástrofes que han caracterizado el siglo, la mayoría de los pueblos está mejor, sea cual sea la unidad de medida que se use.

Hay una o dos excepciones en las que la situación ha empeorado, sobre todo en los últimos años, en África y en Rusia. Pero aun así, en su conjunto la población mundial se ha triplicado respecto de la del siglo xix, y toda esta gente es físicamente más fuerte, más alta, vive más tiempo, es más sana, sufre menos hambres y carestías, goza de unos ingresos medios más elevados y tiene un acceso muchísimo mayor a los bienes y servicios, incluidos aquellos que garantizan mejores oportunidades de vida, como es la educación. Y esto también es así hasta en los países más pobres. Desde 1943 ya no se ha producido ninguna hambruna en la India.

El hambre, en gran parte del mundo, con sólo un par de excepciones, ya no es un espectro que atormenta a los seres humanos.

Esto quiere decir que, por primera vez, la producción puede adecuarse a la demanda de la masa de la población, ponerse en sintonía con ella. En los países desarrollados, los seres humanos ya no viven en la época de la necesidad, pueden escoger entre las cosas que desean en vez de tener que hacerlo entre comer y abrigarse. Ya no tienen que preocuparse del pan cotidiano, sino que, en el supuesto de que quieran comer pan, tan sólo deben decidir si quieren un bocadillo hecho con una *baguette* francesa o con pan de molde, con jamón dulce o ahumado, con tomates frescos o desecados.

Todo esto ha transformado la economía. No sólo en términos de bienes materiales, sino también por lo que hace a los servicios. Considere el acceso a la cultura, el número de libros o de discos que existen, la cantidad de personas que pueden obtener diversión e información en cualquier momento del día. No hay ningún precedente en la historia de la humanidad.

En los países desarrollados, incluso los más pobres y desamparados viven incomparablemente mejor que sus abuelos. He aquí una de las razones por las que el neoliberalismo del *free market* ha cosechado tanto éxito, aunque sólo haya sido temporalmente. Su objetivo no era abolir la pobreza, o redistribuir recursos y generar justicia social; y, sin embargo, pese a tantas injusticias como existen, hasta los pobres han visto mejorada su situación, al punto de aceptar el actual estado de cosas. Es decir, el crecimiento productivo y la disponibilidad de riquezas son hoy enormes, y la mayor parte de la población mundial se ha beneficiado de ello.

Este es un rasgo característico del siglo xx que hay que tener presente cuando se hacen balances: ha sido, a la vez, el peor y el mejor de los siglos. Ha matado a más gente que ningún otro, pero al mismo tiempo, ahora que termina, hay más gente viva y vive mejor, y tiene más esperanzas y mayores oportunidades. Esperemos que el siglo xxi nos traiga más progresos y no más catástrofes, pero si éstas llegan, gracias al siglo xx serán de un género distinto.

P. Otro punto clave de la economía moderna es la progresiva transición del predominio de la industria manufacturera a una economía basada en los servicios. Mucha gente siente cierta nostalgia por el obrero industrial. ¿No cree usted, por el contrario, que la sociedad postindustrial es una óptima respuesta a un mundo en el que las ideas se venden mejor que las cosas? Hoy la inversión en la industria —por mor de las nuevas tecnologías— no garantiza ya ni siquiera el incremento de la base productiva. «Más beneficios, menos puestos de trabajo», este es el credo de la nueva economía. Full Monty, la película que simboliza la desindustrialización, mostraba las lamentables secuelas psicológicas de ella, pero en el fondo era optimista, entreveía una posible reconversión del obrero en algo nuevo, aunque fuera —paradójicamente— en un profesional del strip-tease.

R. Ese proceso ha sido acelerado por la globalización, pero no es necesariamente un efecto de ella. Sí, es cierto lo que usted dice. Pero es un error hablar de era postindustrial, porque los bienes y servicios que se producían en la era industrial se siguen produciendo también hoy. Y si bien son productos que se fabrican en mayores cantidades y con

una distribución más extensa, se hacen con menos empleo de trabajo. La novedad reside en que, entre los factores de producción, los seres humanos son cada vez menos necesarios. Porque, hablando en términos relativos, no producen lo que cuestan: los seres humanos no son adecuados para el capitalismo.

Eso no genera efectos negativos sobre la producción. Lo que es necesario es encontrar otra vía a través de la cual los hombres puedan compartir los beneficios de la riqueza producida por un número cada vez menor de ellos y destinado, en el futuro, a convertirse en un porcentaje muy exiguo.

Hay dos formas de hacerlo. La primera, la gran senda recorrida en el pasado, consistía esencialmente en garantizar a los hombres su parte del pastel por medio del trabajo, es decir, dándoles un salario como remuneración por su contribución al proceso productivo. Se producía entonces una transferencia de ingresos de quien los generaba a los que no estaban en condiciones de trabajar o se hallaban fuera del mercado de trabajo.

Hoy, cuando el número de los que no trabajan y de los que no reciben un salario crece sin cesar, debemos encontrar nuevas formas de distribución de la riqueza nacional e internacional. Es decir, debemos proveer también para una parte de aquellos que, en el pasado, se habrían ganado su estipendio en el mercado de trabajo. Este es el mayor problema que debemos afrontar. No es cuestión de incrementar la producción, que ya hemos resuelto satisfactoriamente. El verdadero problema lo constituye el modo de repartir esa riqueza.

Pues bien, el único modo eficaz que conocemos es la redistribución realizada por el estado y las autoridades públicas. Por eso creo que el estado-nación sigue siendo indispensable. Tal vez sus funciones económicas sean menores

que antes, pero las redistributivas son más importantes que nunca. No digo que deba hacerlo necesariamente el estado en las formas actuales, pero sí que debe existir algún tipo de autoridad pública que garantice esa redistribución. ¿Qué sucederá si esto no se produce? Es una pregunta a la que el final del siglo xx da ya algunas respuestas.

P. André Gorz ha escrito que los países de la Unión Europea se han hecho más ricos en los últimos veinte años en un porcentaje que se sitúa en torno al 50 o el 70 por 100; a pesar de ello, la Unión tiene hoy 20 millones de parados, 50 millones de pobres y 5 millones de indigentes. ¿Qué ha sido del excedente de riqueza?

R. Está claro que tan sólo se ha redistribuido una pequeña parte de la riqueza generada entre la mayoría de la población. El reparto de la riqueza se está haciendo cada vez más profundamente desigual. Y cuando digo profundamente me refiero a que un reducido número de personas, a veces individuos solos, se están enriqueciendo más allá de cualquier precedente histórico. Por lo menos desde los tiempos de la sociedad feudal, desde la época en que el arzobispo de Salzburgo poseía un tercio de la riqueza de la zona en que habitaba.

Desde entonces ha existido siempre, en términos generales, un cierto grado de redistribución de la riqueza gracias al cual incluso los verdaderamente ricos no lo eran en realidad tanto. Sólo unas pocas personas podían competir con los gobiernos en cuanto a riquezas. Uno de estos casos fue el de la familia Rothschild que, tras las guerras napoleónicas, era tan rica como Francia o Gran Bretaña. Pero fue

algo excepcional. Incluso multimillonarios como Andrew Carnegie o John D. Rockefeller, que desde luego eran riquísimos, no lo eran tanto comparados con las fortunas de nuestros días. Recuerdo la famosa frase que pronunció Rockefeller cuando murió John P. Morgan, el gran banquero, tan rico que pudo reunir una de las colecciones de arte más extraordinarias del mundo. Dejó al morir unos 80 millones de dólares, un montón de dinero para los años veinte. Rockefeller dijo: «¡Y creíamos que era rico!».

Aquellas grandes fortunas eran inferiores a cuanto poseen hoy en día los Bill Gates, los George Soros o los Ted Turner. Dudo, por ejemplo, que Andrew Carnegie, que gastó en beneficencia quizá más que nadie de su época, se hubiera podido ofrecer para pagar toda la deuda de los Estados Unidos con la ONU, como ha hecho Ted Turner. George Soros, que gasta su dinero en causas nobles al mismo ritmo de Carnegie, admite que todo lo que regala incide de poquísimo en su nivel de riqueza.

El grado de riqueza del que disponen hoy algunos individuos resulta increíble. En términos globales, la riqueza que posee el 1 por 100 de la población mundial es inmensa.

¿De qué forma esta situación influirá en la política? No está claro. Los Estados Unidos nos muestran que los particulares se encuentran hoy en disposición de dirigir campañas presidenciales o de producir importantes efectos sobre esas campañas con sus medios financieros. Hoy los ricos pueden hacer lo que antes sólo podían hacer las grandes organizaciones colectivas.

¿Hemos comprendido las profundas implicaciones de este fenómeno? No estoy seguro.

4. AL FONDO, A LA IZQUIERDA

P. *Hasta ahora, durante toda nuestra conversación, ha gravitado la presencia de la izquierda. O lo que queda de ella; o lo que ha surgido de sus cenizas. No sólo en cuanto a la teoría —qué ideas necesitamos para afrontar la nueva realidad— sino también en la práctica, ya que la izquierda gobierna en la mayoría de los países europeos y, en su estilo, también en los Estados Unidos. Ante todo, ¿sabría usted definir la izquierda del siglo XXI? ¿Aún existe; ha resurgido? ¿Cuáles deberían ser sus ideales?*

R. La izquierda existe porque todavía hay una diferencia entre la izquierda y la derecha. Los que niegan la existencia de esta división son, en general, gentes de derechas. Es una distinción históricamente muy antigua que se remonta a la Revolución francesa. Ciertamente ha cambiado en el transcurso de los siglos, pero lo que debemos preguntarnos hoy es si es inevitable una división entre izquierda y derecha y por tanto si esta distinción está destinada a continuar, con independencia del contenido que asuma de vez en cuando.

Es obviamente posible imaginar una política que no esté

organizada en torno a estos dos polos, si bien está claro que en las democracias electivas está inscrita la existencia de alguna forma de distinción entre gobierno y oposición; es, por lo tanto, muy difícil eliminarla, por mucho que las diferencias programáticas puedan reducirse. Creo, por eso, que continuaremos teniendo una división política, y casi con toda certeza esa división continuará expresándose, en términos sociales o ideológicos, como una discriminación entre izquierda y derecha.

Es evidente, sin embargo, que el significado de la izquierda ha cambiado, sobre todo en los últimos decenios. Pero lo que hasta ahora no ha cambiado, por lo menos en los países desarrollados, es el mínimo común denominador ideológico que inspira las distintas manifestaciones de la izquierda. La base de este denominador común es, con distintos niveles, la referencia a una revolución: la inglesa, que se encuentra en las raíces de la norteamericana; la francesa; la rusa. La mayoría de la gente que se siente de izquierdas de algún modo mira todavía hacia determinados aspectos de esa tradición y a las ideologías asociadas con ella. No es necesariamente así en amplias zonas del Tercer Mundo, pero en Occidente ese referente de unión es todavía válido. La derecha no comparte, en términos generales, la tradición revolucionaria, aunque la más moderna ya ha asumido una parte: el concepto de gobierno constitucional.

Por otro lado, es cierto que, especialmente durante la guerra fría, se llevó a cabo un intento de dividir una parte de esa tradición: la veta del liberalismo moderno, de la veta revolucionaria. Sobre todo con el argumento de que la deriva revolucionaria había conducido al comunismo y, por lo tanto, era incompatible con las libertades modernas. Francia es un ejemplo típico de este intento de romper la continuidad de la tradición de la izquierda, el sentimiento mismo de

unión familiar que mantenía unida a la *gauche*. No obstante, no me parece que la intentona haya sido muy afortunada, sobre todo a partir de la desaparición de la Unión Soviética.

Este sentimiento garantiza, así, a la izquierda política un cierto nivel de consistencia ideológica permanente.

Naturalmente la izquierda se ha diferenciado y caracterizado respecto de la derecha a lo largo de diversas fases. Al principio, la izquierda luchaba para superar los gobiernos monárquicos, absolutistas y aristocráticos, y a favor de las instituciones burguesas del gobierno liberal y constitucional. Es decir, una izquierda moderada, pero siempre dispuesta a movilizar las masas para sus objetivos políticos. Ya desde los comienzos de su historia, la izquierda estaba dispuesta a ser revolucionaria. Piense en los *whigs* en Inglaterra: a pesar de constituir los sectores más ricos de la sociedad no se fusionaron con los otros aristócratas, sino con los radicales de las clases medias para formar un partido liberal. En el período de la Revolución francesa, los grandes *whigs*, duques y propietarios terratenientes, apoyaron los movimientos insurreccionales del otro lado del canal de la Mancha, del mismo modo que más tarde apoyarían a Napoleón.

Durante la mayor parte del siglo XIX, la división se producía entre el partido del cambio y el de la permanencia, o, en términos más concretos, entre el partido del progreso y el partido del orden. La izquierda estaba de parte del cambio, favorable al progreso político y social. Y nosotros todavía hoy usamos esa terminología: la gente de izquierdas se sigue definiendo como «progresista».

Esta unidad de intención se vio gradualmente erosionada por los cambios en la estructura de clase de las sociedades. La vieja clase dirigente aristocrática fue sustituida, o

complementada, por la nueva clase dirigente burguesa que no se oponía a cierto grado de cambios radicales. Pero durante el siglo xx, y de forma cada vez más clara en su segunda mitad, cambian los caracteres del conservadurismo, que deja de ser simplemente el partido del orden o de la permanencia y asume aspectos nuevos.

Conviven con ellos los restos del conservadurismo reacios a cualquier innovación y, por supuesto, mucho más a las que procedían de la Revolución francesa: la Iglesia católica romana es el mejor ejemplo, aunque cada vez nos topemos menos con reaccionarios de la ralea de los del siglo xix, gentes que hubiesen querido dar marcha atrás al reloj de la historia. Ni siquiera el papa Woytila —me parece— cree hoy que se pueda regresar al pasado.

A partir especialmente de los años setenta de este siglo, aparecen elementos muy novedosos en el conservadurismo que se manifiesta favorable a cambios sociales radicales. El neoliberalismo, en economía y en política, es un fenómeno de fines de este siglo. Caracteriza a personalidades genuinamente de derechas, se miren como se miren, como Thatcher o Reagan, y que al mismo tiempo propugnan innovaciones radicales, combinándolas con convicciones más tradicionales de la derecha: patriotismo, elitismo, etc.

Pero los últimos veinte, treinta años, son extraordinariamente importantes, tal vez los más importantes, para las fortunas de la izquierda. Aparece una nueva veta, de hecho conservadora, porque desea mantener el *statu quo* cuando no dar directamente marcha atrás al reloj. Tome el caso de los Verdes: en su conjunto se les debe considerar políticamente como un movimiento de la izquierda. Y, sin embargo, no hay duda de que esta corriente trata de detener los cambios económicos y tecnológicos o, por lo menos, controlarlos. Es decir, es un movimiento que trata de imponer una

pausa al progreso. Nos encontramos, así, en la izquierda con una curiosa combinación, evidente en Alemania, de progresismo tradicional y de fuerzas que creen en nuevas prioridades, de hecho no «progresistas» en el sentido literal del término. Así pues, la diferencia tradicional entre la derecha y la izquierda, una partido del orden y de la permanencia, otra partido del cambio y del progreso, ya no se puede utilizar conceptualmente.

P. Pero veamos cómo se ha desarrollado la izquierda socialista, progenitora de la que hoy gobierna en casi toda Europa.

R. La segunda fase de la izquierda del siglo xix se puede traducir en la sustitución de la categoría de masas por la de clase: la izquierda escogió la lucha de clases. Las capas pobres de la población, los trabajadores manuales, se organizaron en movimientos, en ocasiones aliados a la izquierda tradicional, pero cada vez más por su cuenta. Esta izquierda, que se formó en torno al movimiento obrero y a los partidos socialistas, es la que existe todavía hoy en muchos países europeos del siglo xx. Puede decirse que los objetivos de estos movimientos eran triples:

1. Aceptaban y hacían suyos los resultados conseguidos por la vieja izquierda liberal (gobiernos constitucionales, derechos civiles, derechos de ciudadanía).

2. Luchaban en el terreno político por la democracia, por la participación y el control de la política de las grandes masas populares. Se olvida con demasiada frecuencia que la democracia política es un objetivo que se consigue relativa-

mente tarde en muchos países, y en cualquier caso nunca antes de finales del siglo XIX, como también se olvida que el nuevo movimiento obrero fue, con frecuencia, la mayor fuerza del proceso de democratización. La única plataforma sobre la que los partidos socialdemócratas organizaron una huelga general fue el derecho al voto. En Estados Unidos la situación era un poco distinta, porque la democracia había llegado antes y la izquierda no desarrolló nunca un movimiento independiente de la clase obrera al modo europeo.

3. Luchaban por el derecho de todos a ganar lo suficiente para vivir, por la prosperidad económica y los derechos sociales.

La petición combinada de derechos civiles y sociales caracterizó esta fase específica de la izquierda, que sostuvieron fundamentalmente los movimientos de la clase obrera. Este paso no rompió necesariamente la unidad de la izquierda. En algunos países, tal unidad, que iba desde el centro moderado y liberal del campo político hasta la extrema izquierda, siguió siendo un *continuum*.

En los Estados Unidos esa nueva tendencia de la izquierda continúa existiendo en el seno del partido demócrata, y en Gran Bretaña mantuvo una alianza con el partido liberal por lo menos hasta el fin de la primera guerra mundial.

La Revolución rusa vino a romper esta unidad tradicional, porque dividió a la izquierda en dos ramas.

P. ¿Qué es lo que le ha ocurrido desde entonces a esta segunda izquierda, todavía unida hasta la toma del Palacio de Invierno?

R. Hasta cierto punto, esa izquierda consiguió los objetivos por los que había considerado que valía la pena luchar: democracia y sufragio universal, aunque se consiguieron más lentamente para las mujeres que para los hombres; consiguió, asimismo, los derechos de protección social, incluso con rapidez y en magnitudes sorprendentes. Recuerde que las reivindicaciones fundamentales que los movimientos obreros de 1890 hacían el Primero de Mayo eran la jornada laboral de ocho horas y la democracia. La jornada de ocho horas se consiguió en la mayor parte de Europa después de la primera guerra mundial. Y, sobre todo, después de la segunda, las condiciones materiales de la clase obrera habían mejorado tanto que ya no guardaban relación con el pasado. En 1890 las estrofas de la *Internacional* tenían todavía un sentido literal, mientras que a partir de 1960 ya no era posible entonar ese himno creyendo verdaderamente en lo que se cantaba. Y esto supone cierta diferencia. Quiero decir que el éxito mismo de la izquierda terminó debilitando gravemente su programa.

En el seno de esta segunda fase histórica de la izquierda anidaba, naturalmente, el proyecto socialista, fundamental para los movimientos de la clase obrera y del pueblo que se le sumaba. Este proyecto pensaba en un cambio radical, en el fin del capitalismo y en su sustitución por algo que había de ser totalmente distinto.

Hoy quizá se pueda decir, echando la vista atrás, que era un proyecto utópico o, en todo caso, no mucho más que un eslogan de agitación, porque hasta la Revolución rusa ni siquiera la izquierda socialista había pensado nunca qué iba a hacer en el caso de conseguir la victoria. Por no haber no había ni un debate formal sobre lo que había de ser una economía socializada. En términos generales se pensaba que esa economía podía ser dirigida desde el estado pero

sobre la base de un modelo proporcionado por el capitalismo de aquella época, en el que determinadas organizaciones públicas dirigían una gran variedad de actividades económicas. La teoría socialista era, en síntesis, una crítica de la realidad capitalista, pero no un verdadero proyecto volcado a la construcción de un tipo de sociedad diferente.

Y crea que esto vale también para los marxistas. Cuando, tras la primera guerra mundial, se hizo necesario debatir por primera vez sobre la economía de las nacionalizaciones —en 1919-1920 en Alemania y Austria, humilladas por la derrota— los expertos burgueses se dieron cuenta de que los socialistas no tenían ni idea de cómo proceder. El único modelo de que disponían los socialistas era el propio de la economía de guerra, que desde luego imitaron los bolcheviques.

Así pues, durante la guerra y después de ella, el movimiento socialista se escindió en un ala socialdemócrata, que se convirtió en un partido defensor de reformas realizadas por el estado, y en un ala revolucionaria, comunista. Los moderados mantuvieron los viejos objetivos de la izquierda y consiguieron una buena parte de ellos, especialmente en Escandinavia. Y después, en el período comprendido entre 1945 y mediados de los años setenta, consiguieron todo aquello que nunca creyeron que iban a poder obtener con la creación y el triunfo del estado del bienestar.

Estos movimientos no se dedicaron de forma especial, tal vez ni siquiera se dedicaron en absoluto, a luchar para cambiar las estructuras de la sociedad de un modo permanente, a pesar de que muchos socialdemócratas, como los líderes del laborismo inglés en 1945, esperaban que algún día surgiría una sociedad distinta y socialista. Aceptaron, eso sí, cierto grado de intervención pública en la economía, tanto desde el punto de vista de la propiedad como de la gestión

de los medios de producción, pero este no era, en sí mismo, un proyecto socialista. No olvidemos que Keynes fue, y lo siguió siendo durante toda su vida, un liberal, y que concibió la intervención pública como una política empírica y pragmática. Es curioso que haya sido precisamente Lenin quien reconociera que nacionalizar una industria no es en sí un proyecto revolucionario. Muchos países nacionalizaron los ferrocarriles o las compañías de la electricidad, pero ni eran socialistas ni aspiraban a serlo.

El ala socialdemócrata de la izquierda política mantuvo pues su contacto con la idea de una sociedad postcapitalista a través de la convicción genérica de que propiedad y gestión pública podrían convertirse, con el tiempo, en algo mejor y nuevo.

Los únicos que verdaderamente afirmaron que querían construir una sociedad socialista fueron los bolcheviques. Y aquí hay que decir que el fracaso clamoroso de su proyecto estaba cantado, sobre todo a partir de los años sesenta y ciertamente de los setenta. Del mismo modo que se vio claramente que el sistema era incapaz de reformarse, de renacer de las ruinas de su propio fracaso.

Este fracaso debilitó el ala socialdemócrata de la izquierda del mismo modo que los cambios sobrevenidos en la economía mundial durante los años setenta, desde el fin de la edad de oro socialdemócrata, debilitaron el ala revolucionaria. El golpe de gracia lo asestó la difusión de doctrinas económicas que comenzaron a criticar la endeblez de la economía cooperativa de los años 1950-1960, basándose, incluso, en que ya no era un modelo de éxito. El crecimiento de la economía global asestó golpes aún más contundentes a las bases mismas sobre las que descansaba el proyecto de la izquierda socialdemócrata, es decir, su capacidad de defender, en el interior de los confines nacionales, su bloque

social por medio de la redistribución de los ingresos, la gestión de los impuestos y una política macroeconómica favorable al empleo.

La combinación de estas dos debilidades determinó la crisis intelectual de la izquierda en la que aún nos hallamos sumidos. Porque no se trata solamente de la crisis de la izquierda revolucionaria, sino también de la crisis de la izquierda socialdemócrata.

P. ¿Crisis intelectual? Así pues, ¿es éste el problema de la izquierda? ¿Una crisis de conciencia?

R. Sí, creo que este aspecto es mucho más importante que los cambios experimentados en la naturaleza de la producción, más importante que el declive de la industrialización, que el desarrollo de la industria de tecnología punta, etc. Porque la clase obrera, base de esta izquierda, no empezó a declinar realmente por lo menos hasta los años setenta. Tal vez en los Estados Unidos la disminución real del número de obreros empezó antes, en los años sesenta, pero en otras partes del mundo occidental el período comprendido entre 1945 y mediados de los años setenta se caracterizó por un crecimiento económico tan fuerte que, a despecho de las innovaciones tecnológicas, el número de trabajadores y su porcentaje sobre la población total creció o se mantuvo estable. En Gran Bretaña, y quizás en Bélgica, los obreros eran, incluso, la mayoría de la población. Por lo tanto, en los primeros años setenta no existía ninguna razón estructural por la que la izquierda no hubiera de mantenerse tan fuerte como antes en cuanto a base social se refiere.

Y sin embargo, esta izquierda sufrió una grave crisis. Yo

lo atribuyo al hecho de que sus objetivos ya habían sido alcanzados, que las condiciones de los trabajadores habían mejorado decididamente; y que, en consecuencia, la izquierda no tenía ya un programa adecuado. Ni siquiera el de construir una sociedad distinta, porque ya no existían modelos de una sociedad semejante. Ni el de reformar las sociedades existentes, visto que el ala socialdemócrata tan sólo podía proponer la conservación de todo lo que ya se había conseguido. Y así terminó también la segunda izquierda.

P. *¿Hay una tercera izquierda?*

R. Hay una nueva izquierda a partir de los años sesenta. El problema es que no cuenta ya con el respaldo del sólido bloque social que fue el pilar de la izquierda social y obrera. Ni tampoco sus fuertes bases electorales. Ni siquiera tiene ya un proyecto único. Existe un buen número de movimientos que se consideran vinculados a la izquierda pero que tienden a ser *single-issue*, es decir, que se concentran en una única cuestión. El movimiento de las mujeres es el más importante, porque en teoría dispone de una base amplísima. Pero su programa es muy limitado, incluso desde el punto de vista de las mujeres mismas. Los ecologistas son otro ejemplo. Estos movimientos pertenecen a lo que hemos llamado el *continuum* de la izquierda, porque por ejemplo los Verdes, incluso allí donde no han desarrollado auténticos partidos políticos propios, si algún vínculo tienen es con la izquierda, con los demócratas en los Estados Unidos y con los laboristas en Inglaterra. Y allí donde, por el contrario, se han desarrollado como fuerzas políticas, es

mucho más probable que sean aliados de los socialdemócratas que de las derechas. Pero esta tercera izquierda no es políticamente muy importante y se ha hecho notar más que nada por la crisis de la izquierda política tradicional.

P. *Existe otro aspecto del declive de la izquierda: el descrédito de la política como instrumento fiable para la transformación de las sociedades. Allí donde miremos, sea en Norteamérica o en Europa, vemos masas cada vez más apáticas por lo que respecta a su actitud ante la política —entendida como participación activa, pero también como simple concurrencia a las urnas electorales— y mucho más interesadas en su billetera, en las vacaciones, en su jardín. La izquierda, en cambio, se encarna en la experiencia colectiva de la política, aborrece el individualismo.*

R. Existe algo todavía más profundo que ha debilitado gravemente a la izquierda. ¿Cómo lo definiría? Económicamente, la sociedad de consumo. Intellectualmente, es la identificación de la libertad con la opción individual, sin miramientos por sus consecuencias sociales. Desde este punto de vista, se ha producido una ruptura en el universo tradicional común de la izquierda. Hubo un tiempo en que se creía que combatir por la libertad individual no era incompatible con la lucha por la emancipación colectiva. A fines del siglo xx está muy claro que esas dos exigencias han entrado en conflicto. La privatización condiciona ahora incluso el sentido común de la gente, y esto golpea duramente a la izquierda, que lucha por objetivos colectivos, que persigue la justicia social.

Es un problema grave y generalizado; porque lo que per-

mitía a la izquierda actuar de forma colectiva es lo mismo que hacía posible una política democrática *tout court*. La política democrática existe porque aún es posible organizar a la gente y hacer que actúe colectivamente, y existirá mientras se consiga hacerlo. Y, sin embargo, cada vez es más difícil para cualquier movimiento político movilizar a la gente, no sólo para los partidos socialistas.

Pero asistimos también a una corrupción específica de los valores de la izquierda, un fenómeno generado por los egoísmos privados. Recientemente, en Inglaterra, hemos tenido algún ejemplo de eso, con la desintegración gradual del movimiento cooperativo. Fíjese en lo que está sucediendo en ese país con las *building societies*; eran sociedades cooperativas de ahorro, nacidas cuando los trabajadores pobres no podían ahorrar bastante como individuos y tuvieron que organizarse colectivamente. Los beneficios fueron enormes, tanto que estas estructuras han adquirido una gran importancia económica. Pues bien, lo que hoy está sucediendo es que estas sociedades, una a una, van pasando a ser de cooperativas a empresas privadas normales, propiedad de accionistas que reciben dividendos. Y la única razón por la que los socios de las cooperativas aceptan lo que está sucediendo y votan por su transformación en bancos o en sociedades anónimas, es la cantidad de dinero que reciben a cambio de la venta de sus participaciones. Ni los gerentes de estas cooperativas, ni la lógica misma, están a favor de esa conversión. No hay ninguna duda: los beneficios para los socios serían mucho mayores si estas sociedades siguieran funcionando como cooperativas. Pero muchas veces la gente no resiste la tentación de ingresar quinientas o seiscientas mil pesetas, que quizá les puedan servir para unas vacaciones. Dan algo que tiene un gran valor social por una ganancia inmediata y a corto plazo.

Este es un peligro muy serio. Cada vez se hace más difícil interesar a la gente en objetivos colectivos. Mientras son muy pobres, responden todavía a estos llamamientos, porque no pueden conseguir nada si no es colectivamente, pero si superan el umbral de la necesidad piensan que pueden obtener más persiguiendo exclusivamente su propio interés.

Ello no obstante, quedan en pie dos grandes reivindicaciones de la tradición de izquierdas. De la tríada que se remonta a la Revolución francesa —libertad, igualdad, fraternidad— la fraternidad ya no tiene eficacia, pero aún siguen estando ahí la libertad y la igualdad.

Sabemos lo que quiere decir libertad. La igualdad, en términos prácticos, viene a significar hoy en día servicios sociales y redistribución a cargo de los gobiernos. Todo lo que el mercado libre no puede garantizar. Hasta los conservadores herederos de la Thatcher, que más que ninguna de las derechas habidas se empeñó en conseguir cambios sociales radicales en la dirección del mercado libre, se están retirando ahora de ese credo, reconociendo por ejemplo que sanidad, educación y una previsión básica para la vejez son tareas principales del estado y de la acción pública.

P. *Reconocen, en suma, que, al contrario de la célebre afirmación de la Thatcher, esa cosa llamada sociedad existe.*

R. Ciertamente. No sólo existe la sociedad, cosa que ya sabíamos, sino que hay algo que la sociedad desea y que no puede conseguirse exclusivamente a través de la persecución del interés privado. Existen bienes que sólo se pueden suministrar colectivamente, en el interés general. Y advierta que ni siquiera en el período thatcheriano, los conserva-

dores ingleses se atrevieron, en campos como la sanidad, a llevar la privatización más allá de cierto límite.

P. *Analícemos ahora la izquierda que existe, la que ha resurgido de su propia descomposición, y que gobierna en Europa. Las hay diversas. Hay una que ha abrazado con decisión el valor de la libertad del individuo, incluida la economía, por encima de cualquier otra consideración. Dejad que la gente se enriquezca y todos estaremos mejor porque dispondremos de más recursos para distribuir. Es la izquierda de Tony Blair, que en mi opinión no ha abandonado del todo el objetivo de la redistribución. ¿Cómo juzga esta actitud?*

R. Creo que ninguna izquierda puede concebir el mercado como una sociedad ideal. Porque, como hemos visto, hay cosas que el mercado no puede obtener. Mi opinión es que cualquier política dé izquierdas, incluso la muy moderada, puede decir como máximo lo que ha dicho Jospin: reconozcamos que el mercado es un elemento esencial en economía, y tal vez decisivo para la creación de riqueza, pero no podemos aceptar una sociedad de mercado. Sí al mercado, no a una sociedad de mercado. Y efectivamente, aun cuando no conozco las opiniones personales de Tony Blair a este respecto, el gobierno laborista inglés está por alguna forma de redistribución, y hace todo cuanto puede en esa dirección hasta los límites que le permite su consenso electoral. No hay duda de que la política del ministro de Economía Gordon Brown es un intento de redistribución, aunque sea muy tímido. Se puede objetar que de esta forma no se obtienen grandes resultados, pero no se

puede decir que sea una política basada en el mercado libre omnipotente.

Ha habido uno o dos gobiernos de izquierda que han aceptado totalmente la política del mercado libre, y pienso por ejemplo en el gobierno de Felipe González, en España. Pero me parece que ni siquiera en esos casos la decisión se tomó con el mismo espíritu que la Thatcher o que Reagan. Lo hicieron porque debían hacerlo, y porque comprendieron que en aquel momento no tenían otra opción o que no podían dar marcha atrás a modificaciones introducidas anteriormente por otros. Fue una elección empírica y no de principios. No sé si esto es así en el caso de Blair. La verdad es que parece más una Thatcher en pantalones que cualquier otro político de la Europa de hoy. Y tiene más pinta de general que nadie.

Puedo imaginar izquierdas moderadas que se digan: está bien, en la práctica hay muy poco que podamos hacer para diferenciarnos de la derecha, así que adaptémonos a ella. Que es, en mi opinión, el razonamiento de Clinton. Pero a Clinton se le puede criticar sin piedad por decir unas cosas y practicar otras, aunque el hecho mismo de que use un determinado lenguaje quiere decir que su instinto inicial se mueve en el seno de los valores de la izquierda tradicional. Por eso decepciona a muchos estadounidenses, muchos más de a cuantos ingleses haya decepcionado Blair. Porque nosotros sabíamos que Blair no iba a utilizar ni siquiera ese lenguaje, mientras que cuando Clinton ganó las elecciones parecía un demócrata en la mejor tradición de la izquierda norteamericana.

P. *Existe también —o tal vez debiera decir que existía tras la salida de escena de Oskar Lafontaine— una izquierda que apunta a una concepción clásica de la redistribución social: altos impuestos sobre trabajo y beneficios y elevado gasto social. En este frente se encuentran hoy sólo las fuerzas europeas que se reclaman de la tradición comunista, y tal vez una parte del SPD. ¿Le parece todavía una política realista para la izquierda de hoy? ¿Por qué ha perdido Lafontaine?*

R. Creo que Lafontaine perdió a causa de la oposición del mundo de los negocios, dentro y fuera de Alemania. Una de las grandes «pruebas ontológicas» de la distinción entre derecha e izquierda es que normalmente los mercados no hacen discriminaciones ante los gobiernos de derecha como lo hacen en cambio frente a los gobiernos de izquierda. De hecho, uno de los aspectos más sorprendentes del nuevo laborismo en Gran Bretaña es que se esfuerza por no sufrir esta discriminación tratando de convencer a los mercados de que ya no es de izquierdas. Del mismo modo que el mercado hizo imposible que Mitterrand continuara con la política que había emprendido al principio de los años ochenta, también ahora le ha tocado a Lafontaine descubrir esa ley. Puede ser correcto o erróneo, pero es así.

En ese sentido, y para responder a su pregunta, yo creo que la política de Lafontaine no era realista. La política del SPD tendría que haber estado más cerca de la de los gobiernos de centro-izquierda europeos, de la de Jospin. Lafontaine estaba demasiado a la izquierda, incluso a la izquierda de Jospin.

P. *Otro caso es el que usted ha definido como la tradición del «cristianismo social», una tendencia liberal de base cristiana que ha tenido una influencia decisiva en la construcción de la Unión Europea. El «modelo renano» en suma, perfectamente encarnado por el presidente de la UE, Romano Prodi. Pero el «modelo renano» parece hallarse en una profunda crisis (5 millones de parados) en su propia patria, y es que para la izquierda no debe ser muy halagüeño tener que terminar confiando en una suerte de conservadurismo compasivo. ¿Considera usted esta tradición como parte de la izquierda europea?*

R. Estoy de acuerdo con usted: volverse hacia la tradición cristiano-social es un signo de debilidad de la izquierda tradicional. Ya lo he dicho cuando me refería a que la última persona de la que hubiéramos esperado una condena del capitalismo es el papa.

Ello no obstante, hay que tener presente que el Partido Laborista, por ejemplo, se convenció de que debía elegir la senda europea porque Europa, gracias a la fuerza del cristianismo social, garantizaba unos derechos mínimos para los sindicatos que el conservadurismo a lo Thatcher no garantizaba. Si usted quiere, también esto es una señal de debilidad. En cualquier caso, no me siento muy inclinado a apreciar la tradición cristiano-social en cuanto tal.

P. *Le esbozaré, si me lo permite, un cuarto y último escenario para la izquierda moderna, y usted me dice qué opina. La derecha y la izquierda se han hecho indistinguibles. La única forma de trazar líneas divisorias para la política del siglo XXI es distinguir entre progresistas y conservadores. Los*

primeros promueven la competición como medio moderno para afirmar el talento individual en condiciones de igualdad de acceso a la escena social. Los segundos quieren mantener el statu quo de los grandes grupos empresariales y de los privilegios, incluidos los de las aristocracias obreras y sus sindicatos. Los primeros apelan a los jóvenes; los segundos, a los viejos y a los jubilados.

R. Hay verdad en lo que dice. Una gran parte de la izquierda se ha convertido, ciertamente, en un elemento que trata de conservar lo bueno del pasado, o por lo menos trata de salvaguardarlo de futuros cambios o erosiones. Por otra parte no se puede identificar a la derecha siempre y en todo con el apoyo a una economía competitiva y sin controles. En su descripción, sin embargo, usted ha valorado muy poco otros elementos que desordenan el juego. Por ejemplo, el problema del nacionalismo y del patriotismo, que ya no se dan exclusivamente en una parte o en la otra.

En cambio, estoy en completo desacuerdo con usted sobre la cuestión jóvenes-viejos. Es cierto que es más fácil movilizar a los viejos en el terreno del conservacionismo social, pero creo que ninguna política tiene un gran efecto sobre los jóvenes.

La despolitización de los jóvenes es uno de los problemas más característicos y complicados de esta fase. No está claro qué papel desempeñarán los jóvenes en la política del siglo venidero. Mi opinión es que serán muy importantes en pequeños grupos de vanguardia, de un tipo o de otro, pero no serán necesariamente la fuerza motriz de los cambios sociales y mucho menos en los electorales. Quien más contará, desde el punto de vista electoral, serán las familias de clase media en edad de trabajar.

No hay un solo ejemplo de movimiento socialista que tenga una verdadera organización juvenil. Y fíjese que ni siquiera en el pasado fue así. El sostén de los partidos comunistas y socialdemócratas no está compuesto por jóvenes, sino por familias en edad de trabajar. He aquí por qué, frente al declive de esta estructura social, yo tengo tantas dudas sobre el futuro de la política, no sólo de la de izquierdas, sino de cualquiera. Si a los jóvenes se les puede movilizar para alguna cosa, es por cuestiones concretas: estilos de vida, medio ambiente, aspectos emancipatorios, como los derechos de los gay o las drogas. Causas que sólo están vinculadas marginalmente a la política.

P. *Sin embargo, algo estructural ha llevado a la crisis a la izquierda tradicional en Europa. Nació hace un siglo como movimiento de los obreros industriales y hoy debe desenvolverse en sociedades en las que el peso específico del trabajo manual y dependiente va de capa caída. ¿Cómo puede dirigirse la izquierda a la nueva clase media en expansión o a las filas de los trabajadores autónomos? ¿Debe pasar la izquierda de la idea de una democracia de los trabajadores a la de una democracia de los consumidores?*

R. Lo característico de la sociedad de consumo moderna es que fuerza constantemente a las estructuras de la política a adaptarse a ella. La teoría del mercado libre sostiene que no hay ninguna necesidad de la política porque la soberanía del consumidor prevalece sobre cualquier otra consideración; el mercado le garantiza el abanico más amplio de opciones, y por lo tanto le permite satisfacer todos sus deseos y necesidades. Esta vía socava el proceso polí-

tico, lo transforma como máximo en un producto colateral, un derivado del mercado. Por eso hay una gran difusión de funciones como las de relaciones públicas o de animadores. Y de la aplicación a la política de sistemas como los *focus groups*, que se modelan sobre las investigaciones de mercado.

Así que lo que está en crisis es la función misma de ciudadanía. Debemos preguntarnos: si el consumidor puede conseguir lo que quiere ejerciendo diariamente su libertad de elegir, adquiriendo bienes o informando de sus opiniones a los mecanismos de consulta mediática, ¿qué es lo que queda de la ciudadanía? ¿Qué necesidad hay de movilizar a grupos de personas por objetivos políticos?

Esta evolución del mercado destruye desde sus cimientos los procedimientos de la política. Establecer una relación directa entre el punto más bajo del sistema, el consumidor, y el punto más alto, el que decide políticamente, no deja ningún espacio a la esencia misma de la política, lo que Habermas definió como la organización de la «esfera pública», en la que la gente forma sus opiniones y se une para alcanzar objetivos colectivos: en suma, todo lo que hasta ahora hemos entendido por política en las sociedades liberales y democráticas.

Esto es lo que más me preocupa de la versión «blairiana» de la izquierda moderna, porque me parece que Blair ha aceptado plenamente, más que ningún otro dirigente político, la lógica de las investigaciones de mercado.

Obviamente queda todavía espacio para movilizaciones de masa de distintos tipos. Por ejemplo, hay espacio para movilizaciones demagógicas o populistas, en torno a figuras específicas, celebridades que atraen la atención y catalizan las emociones de las masas al mismo tiempo. El caso de la princesa Diana de Gales ha sido un ejemplo óptimo. Y exis-

te también la posibilidad de organizar tinglados políticos adaptados a la sociedad de mercado, estilo Berlusconi, que hace política del mismo modo que moviliza a los hinchas de su club de fútbol, el Milan.

Esta realidad ofrece una panoplia completamente nueva de la política, de la que nuestra generación no tiene ninguna experiencia. Apenas estamos empezando a comprender cómo se puede hacer política de esta nueva forma. Pero el problema real es: ¿es eso todavía política?

Esta situación no produce sus efectos tan sólo en la izquierda, pero la afecta más seriamente porque la política de la derecha, el mantenimiento del *statu quo*, puede proceder también sin necesidad de la acción colectiva. Hace algún tiempo, veíamos en la política inglesa un fenómeno bien conocido: cuando alguien se presentaba a unas elecciones locales diciendo «yo no soy un candidato de los partidos. soy independiente, no estoy interesado en la politización de la administración» todo el mundo entendía que se trataba de un candidato de la derecha. «Despolitizar» la política debilita automáticamente a la izquierda potencial.

Y sin embargo se siguen produciendo movilizaciones de masas y tal vez continuarán haciéndose en el siglo XXI, pero con nuevas formas. Del mismo modo que algunos se equivocaron al afirmar que la historia había terminado, no quiero equivocarme también yo diciendo que la política ha terminado. Pero creo que la despolitización de grandes masas de ciudadanos es un serio peligro, porque puede producir su movilización de formas totalmente ajenas al *modus operandi* de cualquier tipo de política democrática. Podemos advertir perfectamente el grado de peligrosidad de este fenómeno incluso en los países de democracia madura, por ejemplo en los Estados Unidos, donde no más del 50 por 100 de los que tienen derecho al voto toman parte en las

elecciones, incluidas las más importantes. Y más recientemente lo hemos podido ver también en Escocia: hace veinte años habría sido inconcebible pensar que sólo el 60 por 100 de los ciudadanos iba a votar en las primeras elecciones que se hacían al Parlamento escocés desde hacía trescientos años, para conseguir un objetivo histórico del pueblo de aquel país. Durante las primeras elecciones generales de Sudáfrica la gente hacía colas de kilómetros ante los colegios electorales.

En Occidente, las elecciones se van convirtiendo rápidamente en acontecimientos gestionados por minorías que no interesan a las mayorías: en consecuencia, la verdad del proceso político queda vulnerada. En los Estados Unidos la extrema derecha del Partido Republicano, con los fundamentalistas en primer lugar, tiene una influencia desproporcionada en la elección de los candidatos porque esa elección se produce en las primarias, en las que no participan la mayor parte de los electores registrados como republicanos.

P. *Una vía de escape para esta crisis democrática preconizada con frecuencia por la nueva izquierda es una suerte de populismo mediático, de plebiscitarismo, basado en un pacto fáustico con los medios de comunicación. Pero, como sucedió con el escándalo Lewinski, este pacto podría volverse contra la política y condicionar de forma impropia la soberanía del electorado. Me parece que esto es otra cara del fenómeno que usted describe. ¿Le preocupa este papel protagonista de los medios?*

R. Sí, me preocupa, porque es otro elemento que soslaya el proceso político. Si la masa de los ciudadanos cuenta, entonces la política debe ser un proceso de movilización, aunque sólo sea simbólica, como sucede con el acto de salir de casa e ir a votar. En muchos aspectos el sistema de los medios de comunicación sustituye esta movilización. Los medios son, en cierta forma, thatcherianos, porque no creen que exista la sociedad, sino sólo los individuos. Establecen una relación directa con cada uno de ellos, casa por casa. Tradicionalmente, el proceso electoral requería una movilización colectiva de los militantes para alentar a los electores. Todo eso ha dejado de ser necesario hoy en día. En teoría es perfectamente posible que un solo líder se dirija a todo el mundo a través de los medios de comunicación. Y ya es técnicamente posible votar desde el cuarto de estar con el mando a distancia. Y, sin embargo, la importancia simbólica del proceso electoral, que activa a la ciudadanía aunque sólo sea por un día, es, en mi opinión, esencial para mantener en pie la sociedad y alimentar un sentimiento de pertenencia a la comunidad, con los derechos y deberes que ello comporta.

Es posible, no lo niego, que todo esto pueda ser sustituido por alguna otra cosa, pero es difícil, para quien ha crecido en otra época, prever cómo pueda llegar a suceder. Temo que cuanto más se despolitiza y privatiza la política, tanto más se erosiona el proceso democrático. Se convierte en algo gestionado por minorías y que, como ocurre en Italia, termina por ser considerado como no demasiado importante para la vida real de la gente. No es buena cosa para la izquierda.

P. *A propósito de los medios de comunicación, me gustaría conocer su opinión sobre Clinton. A fin de cuentas ha sido el emperador de este último decenio del siglo. Incluso su recorrido es simbólico: desde una inspiración genéricamente liberal, que auguraba el relanzamiento del estado del bienestar en los Estados Unidos postreaganianos, hasta una deriva hacia el laissez-faire del neoliberalismo y a temas típicos del autoritarismo ético de la derecha, como la defensa de la familia.*

¿Qué opina de la ambigüedad de Clinton, como hombre? ¿Los grandes del próximo siglo tendrán su talante ético e ideal? ¿O necesitarán de nuevo ideas-fuerza, mensajes?

R. No creo que Clinton sea una figura realmente importante en la historia del siglo xx. Ni me parece que se halle entre los políticos norteamericanos más significativos de esta última parte del siglo. En comparación, Reagan ha sido mucho más importante. Tenía mucho más éxito en el manejo de los medios de comunicación, y supo evitar el tipo de crisis que continuamente asedia a Clinton.

Pero aquí tocamos una cuestión importante: la calidad de los dirigentes. A decir verdad, no hay muchos de alto nivel. Si hiciéramos una encuesta para averiguar cuáles han sido las figuras más importantes del siglo xx, no figurarían muchos políticos en la lista.

En Inglaterra tal vez muchos citarían a Churchill; pero aparte de él es muy probable que la gente mencionase celebridades, o porque han alcanzado algún resultado importante en sus profesiones o simplemente porque son famosos. Si se ha sido una gran estrella del deporte en los Estados Unidos, se es mucho más famoso que un político. Ha habido países, como sabemos, en los que las celebridades del cine han sido elegidas como dirigentes políticos. Ha

sucedido en un par de estados de la India tan extensos como Gran Bretaña,. Y ha sucedido obviamente en los Estados Unidos, con Reagan, lo que confirma mi interés histórico por esta figura capaz de transponer a la política su carisma de estrella de Hollywood.

Un gran problema del siglo **xxi** será la sucesión de los dirigentes en los países democráticos, la transferencia de poderes de una generación a otra. En las sociedades tradicionales existían mecanismos bien experimentados, entre los cuales el más conocido era la sucesión hereditaria. En la monarquía la sucesión no representaba un problema; pero también en los sistemas no monárquicos hemos asistido, por ejemplo en la India, a la praxis según la cual el sucesor obvio es alguien que tiene una relación personal con el líder precedente, y goza ya por tanto de la aureola del poder. En otros casos lo que sucedía es que la selección de los dirigentes se producía a través de la organización política. Es la forma clásica de las sociedades democráticas, y también en los regímenes comunistas: al destinado al puesto de líder se le selecciona por medio de un proceso interno del cuerpo político, más o menos democrático. Es, por ejemplo, la forma en que D'Alema se convirtió en primer ministro de los italianos, procediendo como procedía de la vieja cepa de los funcionarios de partido. Otras veces, la selección es una expresión del cuerpo de parlamentarios, como en el caso de Blair. En ciertos países los procedimientos de esta selección eran totalmente esotéricos, como en México, donde el ex presidente siempre conseguía nombrar a su sucesor, aunque nadie sabía exactamente cómo.

El problema surge cuando el líder sale de una elección directa. En este caso se elige su perfil sobre la base de una serie de criterios que no tienen que ver necesariamente con su capacidad para desempeñar el trabajo. Y se trata de un

problema serio, porque la calidad del dirigente es muy importante.

Tome el caso de Alemania y piense en lo decisiva que fue la calidad del liderazgo de Adenauer, que, con todos sus límites, demostró una notable capacidad para sacar a su país de unas condiciones muy difíciles. Y los dirigentes de la socialdemocracia que le sucedieron también poseían una gran experiencia política, como Brandt. Hombres que solían ser —se esté de acuerdo o no con ellos— personalidades de cierto relieve. La generación actual de la socialdemocracia alemana se está dando cuenta de lo difícil que es encontrar dirigentes de la talla de Brandt.

Obviamente estos son problemas menos graves en países estables y poderosos. En definitiva, al final no es que importe demasiado quién es el presidente de los Estados Unidos: desde 1865 siete presidentes fueron asesinados u obligados a retirarse antes de finalizar su mandato y les sustituyeron personas que en principio no habían sido destinadas para dirigir el país. Y, sin embargo estos traumas no han cambiado la historia de los Estados Unidos de forma significativa. En los Estados Unidos, los raíles a lo largo de los cuales corre el tren del poder son tan firmes que cualquiera que se halle a los mandos del convoy puede dirigirlo sin que descarrile. Pero no ha sucedido así en la Unión Soviética, donde la calidad del liderazgo ha marcado la diferencia.

5. EL «HOMO GLOBALIZZATUS»

P. *En estos diez últimos años del siglo xx no sólo ha cambiado el paisaje social y político, sino también el paisaje cultural. Quiero decir que, por lo menos en Occidente, los individuos han aprendido a vivir en condiciones completamente distintas de las que conocían. Ya ha señalado usted estas mutaciones: cambian de residencia y de país mucho más fácilmente, tienen acceso continuo y a escala planetaria a la información; poseen una capacidad de consumo que sus padres ni siquiera pudieron soñar. En su opinión, ¿son también más felices?*

R. Esta es una de las preguntas más difíciles de responder, y no sólo para un historiador, sino también para cualquier observador contemporáneo. Lo único que sabemos es que lo que Jefferson llamó «la búsqueda de la felicidad» es una motivación general de los seres humanos, por lo menos en los tiempos modernos. Hasta qué punto esta aspiración llega a materializarse es algo muy difícil de establecer.

En cualquier caso, lo que me parece evidente es que si la gente vive al nivel del estado de necesidad, es decir, sin garantía de los elementos esenciales de la vida como alimen-

tación, vestido o techo, entonces elevarse aunque sólo sea un poco por encima de ese umbral ya es mucho. El simple hecho de vivir en una situación en la que ya no hay que temer al hambre hace a las personas más felices. Si se piensa en la primera generación de emigrados a los Estados Unidos, se verá que aquellas gentes consideraban que ya habían dado un gran paso adelante, hasta el punto de que no regresaron nunca a los países de los que procedían.

Así pues, el crecimiento de la riqueza global aporta hoy mayor felicidad a los pobres del mundo, y casi con toda seguridad se la seguirá aportando.

Desde luego que el coste de esta felicidad puede ser la pérdida de normas, sistemas de valores, reglas, expectativas y modelos de vida. Y sin embargo debemos recordar que, incluso en los países desarrollados, este no ha sido un gran problema hasta el último tercio del siglo xx. Sólo a partir de esos años el modelo tradicional según el cual la gente decidía su propia forma de vida comenzó a verse seriamente comprometido por primera vez. En la mayor parte del mundo, para la inmensa mayoría de la humanidad, estos cambios en realidad ni siquiera han comenzado.

Pero si se vive por encima del nivel de indigencia, las cosas ya son bastante distintas. Ni siquiera un aumento de los ingresos o una gama más amplia de satisfacciones garantizan necesariamente que la gente se sienta realizada y feliz. En un mundo en el que la gente puede alimentarse con *brioche*s en vez de pan, no se puede escapar a la angustia de la envidia y de la emulación social. Aunque estés bien situado en una sociedad dinámica, aunque hayas conseguido el éxito que buscabas, no puedes dejar de hacer comparaciones con la riqueza que poseen otros miembros de tu grupo social: lo que los estadounidenses llaman «estar a la altura de los Jones», ir a la par de los vecinos de al lado.

Y esto, obviamente, reduce la felicidad e incrementa la inseguridad.

El siglo xx ha conllevado —y pienso que lo mismo sucederá en el xxi— una considerable movilidad social y profesional. No sólo en el transcurso de una generación. Los hijos tienen mayor formación que sus padres, están más preparados y son más prósperos. El factor principal de esta evolución ha sido el enorme incremento de los estándares escolares, desde la alfabetización hasta la enseñanza secundaria y universitaria; ese fenómeno, en sus dimensiones, es muy reciente: se ha producido durante los últimos treinta años del siglo. En el siglo xxi la mayoría de la población mundial estará alfabetizada por primera vez en la historia; es decir, será capaz de leer y escribir, y un porcentaje muy elevado tendrá formación universitaria. En Inglaterra se espera que la mitad de la población joven vaya a la universidad en el próximo siglo. Y ya hoy, en los países desarrollados, más de un tercio de los jóvenes goza de esta posibilidad.

¿Todo esto hace a la gente más feliz? En el nivel más bajo seguramente sí. Saber leer y escribir da una enorme satisfacción. Tengo estudiantes en Nueva York que son hijos de indios sudamericanos cuyos padres ni siquiera hablaban español, y que se han abierto camino en los Estados Unidos aprendiendo los rudimentos del inglés y adquiriendo capacidades laborales elementales como conducir un automóvil. Han hecho enormes sacrificios para que la generación siguiente pueda acceder a la educación. Y debo decir que, desde todos los puntos de vista, estas familias, que no son en modo alguno pudientes, aparentan un gran sentimiento de satisfacción por haber conseguido algo que sus abuelos habrían considerado imposible; por haberse convertido en personas que pueden escoger formas de vida distintas de

aquellas para las que parecían haber sido destinadas. Todo esto les ha hecho seguramente más felices.

Otro elemento que debemos considerar es el efecto que han tenido las enormes catástrofes del siglo xx sobre los que las han vivido. Por ejemplo, diría que, de forma paradójica y casi esquizofrénica, la guerra, para quienes la sufrieron, civiles o militares, produjo efectos psicológicos positivos. Está claro que no fue así para las víctimas, para el enorme número de personas que fueron expulsadas, desarraigadas o asesinadas, pero sí lo fue para los supervivientes. Por ejemplo, no hay duda de que los sufrimientos físicos que padecieron los rusos —más que ningún otro pueblo— durante la última guerra mundial fueron, en conjunto, superados por un sentimiento de satisfacción, de orgullo, de haber sido capaces de soportar el desastre y de superarlo. Un sentimiento colectivo que en cierto sentido reforzó la comunidad. En Irlanda del Norte, donde se ha desarrollado una guerra civil *de facto*, y durante mucho tiempo, los patrones de salud mental de la población son mejores que en el resto de la Gran Bretaña. Y además, tras el acuerdo de paz, se ha producido un incremento de los casos de suicidio y de depresión.

En cambio, la ruptura de los valores y los modelos tradicionales genera seguramente infelicidad, y puede ser muy dolorosa: cuando no sabes qué es lo que debes hacer, dónde ir, en qué vas a convertirte. No es casual que la psicoterapia, profesión del siglo xx, se haya difundido especialmente en dos comunidades, la judía y la norteamericana, caracterizadas por una movilidad sistemática y por grandes incertidumbres. En ambos casos es muy frecuente el recurso a alguien que les ayude a afrontar situaciones para las que el pasado no les ofrece indicaciones ni modelos.

Hay, en fin, un último, importante problema que hace referencia a la felicidad: y es la edad. Los viejos, un porcentaje cada vez mayor de la población del mundo desarrollado, viven una situación ambigua. En muchos casos conservan sus facultades mucho mayor tiempo que antes. En términos generales gozan de mejor salud, son más ricos, dependen menos de los demás, y por tanto en los países desarrollados una amplia franja de la llamada tercera edad está más satisfecha porque ya no tiene que participar en la competición para ganarse la vida. Todos podemos ver en nuestras ciudades a viejos turistas norteamericanos que viajan, hacen vacaciones y viven como si la edad no constituyese ningún obstáculo para gozar de la vida.

Y sin embargo algo ha cambiado en la condición de los viejos respecto al pasado. En las sociedades tradicionales se moría relativamente pronto, o bien, si se vivía mucho, la gente se encontraba, en términos generales, bastante fuerte y en buenas condiciones de salud. Hoy día, en cambio, aunque la medicina y la ciencia nos permiten alargar considerablemente la vida, el número de personas física o mentalmente disminuidas es mucho mayor. Esto causa una gran infelicidad y, a medida que vaya creciendo el promedio de edad, será peor. La extensión de la vida más allá de los límites bíblicos —la Biblia fijaba en setenta años la expectativa de vida para los seres humanos, y hasta los años setenta la mayoría de las personas respetaba estos límites— llena el mundo de octogenarios y nonagenarios. Desde este punto de vista, una vida más larga no es garantía de felicidad.

¿Cuál será, en definitiva, la situación en el siglo xxi? En términos generales creo que la reducción vertical de fenómenos como la pobreza endémica, la emancipación de la humanidad de las garras de la indigencia, tendrá un efecto positivo sobre el grado de felicidad de los seres humanos.

P. *Las elites de cualquier nación han tenido siempre una tendencia a compartir una cultura «mundial», «global». Pero hoy nos encontramos frente a un fenómeno inédito: una suerte de homologación cultural planetaria, la difusión global de una cultura popular de masas. Usted ha señalado que el 90 por 100 de las películas que se ven en el mundo (con la notable excepción de Japón y de la India) es de producción estadounidense. Pero lo mismo sucede con el rock: todos los jóvenes del mundo escuchan poco más o menos la misma música. El fútbol es otro fenómeno macroscópico; yo soy hinchas de un equipo italiano en cuyas filas militan apenas un par de jugadores italianos. Fenómenos mediáticos, como el culto a Lady Di, tocan simultáneamente los corazones del ancho mundo. ¿Cómo se explica todo esto?*

R. En parte con razones técnicas y en parte con razones económicas. Está claro que inventos como la fotografía, el cine, la radio, la televisión, la reproducción mecánica del sonido, característicos de este siglo, han tenido una enorme importancia, multiplicada por avances tecnológicos más recientes que todavía continúan produciendo sus efectos, especialmente por medio del proceso de miniaturización, que permite transportar estos medios técnicos y tenerlos a mano en cualquier lugar.

Cuenta también la difusión de Internet, que pone simultáneamente a disposición de todos una amplia gama de medios. Aunque hemos de reconocer que hoy, a finales del siglo xx, los que tienen acceso a Internet son todavía una pequeña minoría, desde luego en rápida expansión, pero limitada por el momento a los Estados Unidos y a Europa, aunque sólo sea porque un requisito esencial para acceder a Internet es la alfabetización y, normalmente, el dominio del inglés.

Está después el aspecto económico. El desarrollo de un mercado global ha hecho posible la rápida transferencia de las comunicaciones y de los productos de la información: el mismo programa de televisión o la misma película pueden proyectarse en todo el mundo simultáneamente, lo que ha transformado los acontecimientos en vivo: por ejemplo, el fútbol es hoy un verdadero entretenimiento internacional, en el que los equipos ya no están vinculados a un país determinado, y menos que nunca a una ciudad concreta. Existe una reserva global de jugadores que se contratan y se desplazan por todo el mundo de un modo que en el pasado sólo era propio de las divas de la ópera y de los grandes directores de orquesta. No hay nada que explique mejor la globalización que la evolución del fútbol durante los últimos diez años.

Hay, no obstante, una diferencia entre alta cultura, tradicional, de origen novecentista, y la moderna cultura de masas. Dejemos de lado el deporte, que por su naturaleza está muy homologado: un encuentro de fútbol entre Japón y Malasia se desarrolla exactamente del mismo modo que un *derby* Juventus-Torino.

La cultura tradicional se difundía a través de un modelo europeo que luego se adoptaba globalmente. El programa de un concierto en Osaka, o Chicago, o Johannesburgo, presentará siempre el mismo tipo de repertorio: música culta europea. Esto no puede aplicarse a la literatura por un límite muy fuerte a la globalización, que es la diferencia de lenguas. Ni siquiera los clásicos del siglo XIX han sido nunca globalizados al modo en que lo han sido la música o las artes visuales. Son todavía muy pocas, fuera de Italia, las personas que, en lo más hondo de su corazón, piensan de verdad en Dante como en uno de los grandes. La razón es simple: la mayoría no lo han leído nunca. Sólo los rusos y

los que saben ruso creen de verdad que Pushkin es uno de los mayores poetas que jamás hayan existido.

En la cultura popular, en cambio, a finales del siglo xx, nos encontramos ante un gran sincretismo. El ejemplo más evidente es la música popular, caracterizada por la asimilación de elementos diversos: cultura negra americana, cultura blanca *country*, cultura latinoamericana, recientemente incluso africana e india. En resumen, un poco de todo. Lo que viaja por el mundo es una combinación de estas diversas tradiciones musicales. La cultura popular global está hecha de esta diligencia para mezclar elementos distintos provenientes de diversas partes del mundo. Es una fuerza impulsora que no tiene la alta cultura.

Hay también un último problema en la relación a la alta cultura y la popular. Que la segunda es compartida por todos, incluidos aquellos que están familiarizados con la alta cultura, mientras que no sucede lo contrario. Aunque te guste Mozart, no hay duda de que has oído música rock, la conoces y tal vez te gusta.

Por eso es por lo que los «iconos globales» proceden de la cultura popular. Tal vez no le pertenecen en sentido estricto, quizá no son ni siquiera personas de carne y hueso. Pueden ser cualquier cosa. Andy Warhol, uno de los artistas de este siglo más sensibles para apreciar el significado de la cultura popular, cuando creó su célebre serie de iconos globales, eligió Marilyn, Mao, Che Guevara y una lata de sopas Campbell.

La disponibilidad simultánea de estas imágenes a escala planetaria ha hecho posible su iconología. ¿Hasta qué punto son permanentes? El mismo Warhol creía que la mayor parte de estos símbolos serían temporales. Nosotros podemos juzgar por el extraordinario impacto global de figuras como la de Lady Di. Sospecho que, dentro de cincuenta

años, lo que sucedió en torno a su muerte será una interesante nota a pie de página, y no un capítulo, en la historia de la cultura popular del siglo xx.

P. *Y sin embargo, pese a la difusión de una cultura global de masas, es evidente la resistencia, e incluso el resurgimiento, de culturas locales, regionales, nacionales. ¿Por qué en un mundo que habla inglés los galeses, que tienen ya la suerte de hablarlo, redescubren el galés? ¿Por qué en Londres las jóvenes islámicas que van a las mezquitas se visten como sus abuelas? Parece como que la globalización misma quiera cultivar las diversidades y las diferencias culturales como posibles mercados, o como nichos de mercado, que ofrecen oportunidades y beneficios. ¿No le parece una contradicción?*

R. No creo que haya una contradicción. En primer lugar, no veo señales convincentes de que se esté produciendo una fuerte reacción de las culturas locales contra la globalización. Los fenómenos de este género son limitados, no se manifiestan en una escala lo bastante amplia. En cambio, en las comunidades de emigrados aumenta, con frecuencia, la asimilación de los caracteres de Occidente, aunque conserven prácticas y tradiciones originales de las viejas generaciones.

La primera generación de emigrados tiende en lo posible a adaptarse a la nueva sociedad, pero al mismo tiempo no tiene otra alternativa que conservar un nexo con la tradición, porque todos sus vínculos y sus experiencias están aún enraizados en la sociedad de procedencia. Su grado de asimilación es, pues, comparativamente menor.

En cambio sus hijos tienden a asimilarse mucho más y con mayor rapidez. Los jóvenes caribeños, o indios, o paquistaníes, en Londres, no tienen ya ni siquiera el acento de sus lenguas de origen; hablan inglés exactamente igual que sus coetáneos, aunque sean militantes del fundamentalismo islámico. Yo creo que prevalece la tendencia hacia la asimilación; no como un ideal, sino como una práctica que les impone el hecho de vivir en una sociedad distinta de la que proceden.

Tal vez en la tercera generación empieza a desarrollarse una reacción a favor del regreso a las raíces, cosa que los estadounidenses descubrieron en los años sesenta, cuando hubo que reescribir el nuevo vocabulario del multiculturalismo, cuando un número de jóvenes cada vez mayor decidió que no querían ser sólo norteamericanos, sino negros norteamericanos, greconorteamericanos, italonorteamericanos. La tercera generación de judíos estadounidenses redescubrió la ortodoxia religiosa.

Y sin embargo yo tiendo a pensar que ni siquiera ésta es una reacción general contra la globalización. Los judíos americanos ultraortodoxos se fueron a colonizar Palestina, modificaron muchos aspectos de su práctica religiosa, pero desde todos los demás puntos de vista siguieron comportándose como judíos estadounidenses. En resumen, la asimilación permanece, o tiende a permanecer.

Lo mismo vale para las costumbres y el vestido. Si uno va a una comunidad de emigrados en una gran ciudad multiétnica, se da cuenta de que el número de personas que eligen vestirse de forma distinta, como los judíos ortodoxos, son una minoría. Y otro tanto sucede con la diáspora musulmana: ni siquiera los fundamentalistas llevan los símbolos externos del fundamentalismo.

Lo que, en mi opinión, es más probable que suceda no es

tanto una reacción a la globalización, sino una suerte de combinación sincrética de las culturas, como pasa en las películas de *kung fu* producidas en Hong Kong, en las que se entremezclan elementos del *western*, de la tradición china y de otras prácticas diversas. Así es como se desarrollan y se integran, antes que contraponerse, cierto número de variantes locales de lo que es la cultura global.

La reacción a los procesos que tienden a uniformizar los estilos de vida en países como los Estados Unidos se manifiesta más bien a través del surgimiento de grupos de identidad que propagan actitudes y creencias específicas, muchas veces sorprendentes, como en el caso de la New Age; es decir, como reacción individual y no como reacción de una comunidad o de una colectividad.

Sin embargo, está claro que debe existir alguna forma de reacción aunque sólo sea porque la babel de lenguas en el mundo constituye una limitación esencial a los procesos de globalización, y la enorme difusión de la educación y de la alfabetización será un problema para quienes quieran uniformizar el mundo. Debo añadir que me parece utópico pensar que llegará un día en que todo el mundo hablará inglés. Yo creo que esto no va a suceder. El multilingüismo, por definición, es un obstáculo para la globalización. No confundamos los fenómenos: una cosa es la globalización, real y amplia, y otra el cosmopolitismo, aún extremadamente limitado.

P. *¿Así que no está usted de acuerdo con lo que ha escrito Anthony Giddens: «El enfrentamiento entre la dependencia de la tradición y la autonomía del individuo constituye uno de los polos de la globalización. En el otro se encuentra el*

enfrentamiento entre cosmopolitismo y fundamentalismo»? Giddens opina que el fundamentalismo es hijo directo de la globalización, porque «nadie tendría una razón para vivir, si no tuviese algo por lo que valga la pena morir».

R. No creo que la globalización tenga nada que ver con el fundamentalismo. Excepto por el hecho de que cualquier cosa que toque la tradición tiene algún efecto sobre el fundamentalismo, y que la globalización, obviamente, es una de estas cosas. La reacción fundamentalista es más rara precisamente en los países más globalizados. El fundamentalismo reacciona contra todo aquello que llega del exterior, poco importa que sea globalizado o no.

El otro punto que usted señala, es decir, si aún existe algo por lo que valga la pena morir tampoco tiene nada que ver con la globalización.

Tendrá que ver, en todo caso, con la decadencia de los valores colectivos, con el crecimiento de una sociedad muy individualista. Creo que el ejemplo extremo ha sido la guerra de Kosovo, que se hizo apelando a los más elevados valores morales pero, al mismo tiempo, en el entendimiento de que ni un solo soldado de la OTAN debía perecer.

Esto es así sobre todo en Estados Unidos, quizás el único país del mundo que acepta que los soldados deben matar, pero no que corran el riesgo de morir. Sin embargo, no creo que falten causas en el mundo por las cuales la gente esté dispuesta a morir. Algunas, las mejores, han desaparecido, pero las malas son tan fuertes como siempre. La rapidez con que fueron acogidos en Kosovo los emigrados albaneses para juntarse a las guerrillas demuestra que son todavía muchos los que están dispuestos a arriesgar realmente sus vidas. La guerra Irán-Irak fue el último ejemplo de un gran conflicto en el que la gente estaba dispuesta a

morir por una causa. Por otra parte, es posible imaginar que, en el futuro, una eventual guerra entre China y Estados Unidos podría inducir de nuevo a los norteamericanos a aceptar el riesgo de combatir de la misma forma que hicieron sus abuelos o sus bisabuelos.

Un largo período de paz radicaliza los comportamientos y divide a la gente en dos bandos: los que están dispuestos a correr riesgos, no sólo los militares, y los que se oponen a ello cualquiera que sea la causa. Hoy, por ejemplo, un número cada vez mayor de personas practican deportes extremos y peligrosos, que no excluyen la probabilidad de perder la vida. Y aún hay más gente que está dispuesta a combatir como profesión retribuida.

Pero, por otra parte, la paz duradera ha creado en los países ricos una amplia y plácida mayoría que no piensa ni por asomo en la idea de morir por alguna causa.

Con la decadencia del reclutamiento general, esta actitud está destinada a enraizarse. No es fácil imaginar si cambiará, es decir, si se podrá recomponer la realidad del siglo xx, cuando, a causa de las guerras, todo el mundo se tuvo que plantear el problema de la muerte, ya fuera bajo las bombas o en el frente. En el futuro ni siquiera este tipo de guerra será lo normal.

Pero esto vale para el mundo desarrollado y pacificado de Occidente. No quiero decir, repito, que en otras partes no existan personas dispuestas a morir por una causa. Porque, de algún modo, este es un elemento presente en la naturaleza humana.

P. *Muchos de los vínculos tradicionales que mantenían a un individuo anclado a su realidad se han visto debilitados por la globalización: la familia, el pueblo, el barrio, la lealtad hacia la empresa. En Estados Unidos un joven que empieza su vida laboral debe saber que cambiará de empresa más de diez veces, y con frecuencia incluso cambiará de oficio. La competición comporta un fuerte desgaste psicológico, y la envidia social incide todavía más en los estratos altos de la sociedad. Un joven tiburón de la City de Londres que no sea capaz de mantener la competición tiene mucho más que perder, en su estilo de vida, que un parado crónico o un indigente. Podríamos decir aquello de que los ricos también lloran, porque cada vez tienen mayor conciencia de la distancia entre lo que ya han conseguido y lo que habrían podido conseguir, distancia vehiculada por la publicidad y la televisión.*

¿El mundo que viene va a hacernos a todos psíquicamente más débiles y depresivos?

R. No mezclemos cosas distintas: la globalización y la ruptura de los estilos de vida tradicionales. El único aspecto de esta ruptura que puede tener una conexión directa con la globalización es la inseguridad en el trabajo, que en general se considera ligada a la competición global, la cual obligaría a las empresas a una mayor flexibilización laboral. Pero ni siquiera esto es cierto en la mayoría de los casos. La inseguridad en el trabajo es una estrategia para incrementar los beneficios liberándose en todo lo que sea posible del trabajo humano, o pagándolo peor. En la economía capitalista moderna los seres humanos son precisamente el único factor cuya productividad no puede ser incrementada fácilmente y cuyos costes tampoco se pueden reducir fácilmente. Por tanto la presión para eliminarlos de la producción es

enorme. Y esta verdad no tiene nada que ver con la competición internacional, sino que es la excusa con la que hoy en día se busca justificar este proceso.

Hace poco un banco inglés ha decidido cobrar a sus clientes cinco libras esterlinas (unas 1.300 pesetas) cada vez que utilicen las ventanillas de sus sucursales. Y lo ha hecho porque no le interesa que sus clientes utilicen las ventanillas, porque lo que quiere es cerrar las sucursales, quiere que la gente utilice las máquinas automáticas para todas sus operaciones; es decir, que lo que quiere es deshacerse de sus empleados. Esta es una lógica férrea específica de la producción capitalista en sí, más que de la competición global. Si la automatización lo permite, un banco reduce los puestos de trabajo, y esto no tiene nada que ver con la competencia que pueda representar un banco de Hong Kong.

Debemos por tanto saber distinguir. Pero, por otra parte, no hay duda de que uno de los grandes problemas del siglo *xxi* será precisamente éste. Hoy se tiende a dar por descontado que ya no hay necesidad de ninguna de las motivaciones tradicionales que en el pasado no sólo mantenían unidas a las sociedades humanas, sino que también hacían funcionar la economía. Por ejemplo, la familia. O el valor del trabajo. Adam Smith derivó la motivación de la economía del mercado libre no sólo de la presunta necesidad psicológica de los hombres de intercambiar bienes, de vender y comprar; sino también de la tendencia característica del hombre a trabajar, y de su disponibilidad a posponer la gratificación inmediata de su trabajo. Sin esa actitud, muchos aspectos del mercado no podrían funcionar.

Estas, que son las bases de nuestra sociedad, han saltado en pedazos por la revolución económica, social y cultural de la última parte del siglo *xx*. Y me sorprende la poca aten-

ción que se presta al hecho de que sus efectos pueden llegar a ser nefastos también para la eficacia y el funcionamiento del sistema capitalista mismo.

Por ejemplo: en el pasado la vida de muchas empresas se basaba en una aceptación general de los valores de solidaridad y en los vínculos familiares. Es aún así en Italia, en el «milagro» de la pequeña empresa. Y es todavía así en la vivaz y emprendedora diáspora china en el sudeste asiático. La solidaridad familiar proporciona en estos casos una base de trabajadores en los que se puede confiar, dispuestos a compartir los intereses de la empresa, para quienes los sentimientos de deber y obligación no necesitan ser impuestos desde fuera, sino que están inscritos, de alguna forma, en sus códigos morales.

Hoy, sin embargo, en la era del liberalismo, está tomando cuerpo la idea de que estas antiguas motivaciones no tienen ya ninguna importancia, que pueden ser destruidas sin ninguna consecuencia. Es decir, que se puede gestionar enteramente una economía sin recurrir a ellas. La misma lealtad a la empresa, ya sea de sus trabajadores o de sus directivos, ha dejado de valorarse. Se considera perfectamente posible que los éxitos de la empresa convivan con la inseguridad permanente y con el cambio continuo de sus empleados.

Hay otros aspectos de esta tendencia. Y es que presupone que los seres humanos ya no están dispuestos a esperar para obtener la recompensa a sus esfuerzos o a sus actividades económicas, que pretenden una remuneración inmediata. Hoy nadie quiere invertir para levantar una empresa que funcionará en el mejor de los casos dentro de diez años y que empezará a dar beneficios dentro de otros diez. La única lógica de inversión que cuenta es la de participar en lo que sea con tal de que produzca un rendimiento inme-

diato. Ya es más habitual comprar empresas existentes que fundar empresas nuevas.

En los días gloriosos de las finanzas especulativas internacionales, la gente mide el resultado de sus actividades no digo ya al final de un decenio, ni siquiera a fin de año: el éxito de una inversión se calcula día por día, o quizás hora por hora. La cuestión es: ¿hasta qué punto puede funcionar el capitalismo con este *modus operandi* de la economía?

Para alguien como yo, que procede de otra generación, es muy difícil responder a eso. Para muchos de nosotros la idea de no tener seguridad sobre lo que sucederá mañana es totalmente extraña y espantosa. Quizá las nuevas generaciones puedan adaptarse a este sistema y considerarlo normal. Pero incluso aunque tengan éxito, lo tendrán al costo de un enorme estrés, de una gran tensión. No tengo ninguna duda de ello. Lo que no está claro, sin embargo, es si semejante sistema puede sostenerse a largo plazo.

Existen actividades que, en mi opinión, no pueden organizarse así, bajo la ley de la remuneración máxima e inmediata, es decir, con las reglas del mercado competitivo. La ciencia es un ejemplo de ello. Una de las cosas que más me angustian del futuro es saber si la ciencia, que ha soportado la ruptura de los valores tradicionales, sufrirá también cambios con la nueva realidad. En Estados Unidos, los científicos son de los pocos que no basan todavía su actividad exclusivamente en la lógica de la expectativa del máximo beneficio.

El peligro, por ejemplo en la revolución biológica y genética, es que también los científicos empiecen a pensar en el montón de dinero que pueden ganar si se apuntan a esa lógica. ¿También ellos serán engullidos por el sistema con que ya funciona el mercado financiero? Si esto llegara a ocurrir las consecuencias serían tan trascendentales que ni nos las podemos imaginar.

Lo mismo vale por lo que se refiere a la financiación de la investigación científica, que en el pasado no estaba sujeta a la contabilidad inmediata del debe y el haber. Algunas investigaciones, como las que se desarrollaron en el CERN, se prolongaron durante años no porque produjesen un beneficio inmediato ni por exigencias militares, sino porque los gobiernos las consideraban como un elemento de la competición internacional entre los estados. Pero si el único criterio de la competición internacional fuese el máximo beneficio, ¿quien tendría ya necesidad del CERN?

No creo que dure mucho esta idolatría de los valores del mercado. Es un sistema que puede funcionar muy bien en algunas actividades: la especulación financiera, o la industria del espectáculo. Pero si se consideran los grandes éxitos conseguidos por la industrialización, en la última parte del siglo, de países como Japón, Corea o China, se verá que no se han debido precisamente a la abolición de los vínculos entre la empresa y los trabajadores, sino todo lo contrario. Y yo sostengo que mientras no se elimine completamente de la producción a los seres humanos, mientras sigan siendo necesarios, será prácticamente imposible eliminar también la importancia que tienen sus satisfacciones, sus motivaciones y, por tanto, los sentimientos colectivos, como la lealtad a la familia, a la comunidad, a la empresa y al estado. Pero esta es más bien una previsión de psicólogo aficionado.

P. El imperativo de la autosatisfacción, de la remoción del sufrimiento, está dando vida a una nueva cosmética del bienestar. No nos basta ya con tener una buena salud confiándola a un sistema sanitario eficiente. También queremos ser sexualmente activos más allá de una edad mediana, y por

ello tenemos necesidad de la Viagra. No queremos sufrir momentos de tristeza y apatía y entonces recurrimos al Prozac. Tratamos de conservar la línea y entonces recurrimos a píldoras que eliminan la grasa o caemos en los excesos de las dietas, hasta llegar al extremo de generar nuevas enfermedades sociales como la anorexia o la bulimia.

¿No cree usted que así corremos el riesgo de crear nuevas formas de discriminación, que ya no tienen nada que ver con los ingresos, sino con la obesidad, la fealdad, la timidez o una escasa propensión al sexo?

R. Me parece que estos son problemas que se limitan a los países ricos. No creo que preocupen demasiado a los tami-les o a los albaneses. No obstante, es una cuestión que podemos discutir. El nivel de disponibilidad de estos nuevos tratamientos, es decir, el grado de accesibilidad que tengamos a ellos dependerá de los costes. La razón por la que se trata de discriminar y excluir del tratamiento médico gratuito a determinado tipo de pacientes, por ejemplo a los obesos y a los fumadores, es precisamente el costo. Un sistema sanitario público que ya se encuentra en dificultades debe limitar el recurso a medicamentos como la Viagra, como ha sucedido en Gran Bretaña. Por otra parte, son pocos los casos en los que su distribución gratuita se justifica por razones estrictamente médicas.

El problema es que, en las sociedades democráticas, el hecho mismo de que alguien advierta el deseo de ser más potente sexualmente configura ya un derecho al tratamiento médico. Y hay por lo tanto una considerable presión por parte de la opinión pública. Otro buen ejemplo es el sida. En Estados Unidos, y durante muchos años, los grupos de presión afectados por el problema consiguieron una extraordinaria atención y grandes recursos, aunque tal enferme-

dad no era ni la más grave ni la más urgente de las que había que atender. Desde una óptica social, otras muchas enfermedades habrían merecido por lo menos la misma inversión y el mismo nivel de investigación. Hoy en día, cuando el sida se ha convertido en un verdadero problema sanitario de masas en África, la situación ha cambiado y la atención ha disminuido, porque en África no existen sociedades democráticas ni grupos de presión.

Pero la cuestión más importante que debemos discutir con el fin de responder a su pregunta es analizar cómo se forma la jerarquía social. Podemos decir con toda firmeza que cuanto más aumente la riqueza en el mundo más habrá de disminuir la igualdad, tanto política como jurídica. Los sistemas más igualitarios de la historia, regímenes socialistas como los de la Unión Soviética o la China de Mao, se basaban en el hecho de que, siendo países pobres, no funcionaban los mecanismos que crean una clase de ricos. Es cierto que había una minoría en la Unión Soviética, minoría aún más reducida en China, que vivía mucho mejor que la mayor parte de la población y, sin embargo, comparados con Occidente estos niveles de riqueza eran ridículos. La *dacha* de Stalin o las de la *nomenklatura* soviética eran un símbolo de su condición, pero cualquier profesional relativamente próspero de Milán tiene una segunda residencia mucho más bella junto al lago de Como.

En cambio, en los países ricos, donde la economía discurre prácticamente sin controles, la variedad de ingresos y de patrones de vida es muy grande y está destinada a crecer todavía más. ¿Cuántos millonarios hay (no digo en pesetas, sino en dólares) en Italia, o en Francia o en Gran Bretaña? En Europa, que no crece desde luego a los ritmos de Estados Unidos, el número de personas que, sumando todos sus bienes, alcanzan o superan el millón de dólares es muy alto.

Por otra parte ya no es tan obvia la ventaja de tener mucho dinero. Sobre todo porque los bienes y servicios disponibles para todos son tan complejos y están tan extendidos que su disfrute ya no marca la diferencia entre ricos y no tan ricos. Cuando más del 90 por 100 de una población dispone de televisión, la ventaja de tener una pantalla gigante y de alta definición es relativamente menor de lo que era poseer un aparato de televisión en los tiempos en que era privilegio de unos pocos.

Así que hasta las simbologías de la riqueza están cambiando. Hoy en día el *status symbol* de los verdaderamente ricos es el avión privado. Una vez un académico norteamericano cuyo trabajo consiste en recaudar donaciones para su universidad me explicó los secretos de su trabajo: «Primero, te tienen que gustar los ricos; segundo, tienes que saber de qué hay que hablar con ellos; y el tema con que puedes estar seguro de que vas a engancharles es hablar de sus aviones privados». Porque esta es la verdadera novedad de la distinción creada por la riqueza. Los bienes que la definen deben ser hoy esotéricos y exclusivos. Sólo los ricos saben dónde van de vacaciones, porque allí no hay nadie más que ellos. Hace tiempo, en cambio, una de las señas tradicionales de la jerarquía social consistía en su visibilidad, en el hecho de que fuese generalmente reconocible, apreciable por parte de todos. En este sentido, hoy la riqueza proporciona menos satisfacciones.

En el pasado, por ejemplo, existía una relación muy estrecha entre ser rico y tener buena salud y presentar un buen aspecto. La clase dirigente inglesa, los terratenientes, eran más altos, más fuertes y más guapos. También esta distinción está desapareciendo lentamente.

Y sin embargo yo sigo creyendo que en el futuro la riqueza conservará su papel central en la definición de la je-

rarquía social. No veo aparecer jerarquías alternativas que puedan competir con la disponibilidad de dinero. La Iglesia ha sido durante mucho tiempo un ejemplo de jerarquía alternativa. Y la posición del papa sigue sin depender de los aviones privados que posea. Pero el proceso de laicización está minando también la jerarquía social basada en el ejercicio del poder religioso.

¿Los políticos, tal vez? Son hombres y mujeres con formación y en el pasado la educación era un factor decisivo de jerarquía social. Probablemente continuarán estando más arriba que los demás, pero un peldaño por debajo de los ricos.

¿El talento artístico? Decididamente contará mucho, entre otras razones porque puede ser traducido en beneficios económicos.

¿La perfección física? Ciertamente que los resultados deportivos siempre han sido muy apreciados. Entre los siglos xvi y xix el deporte estaba subordinado a los gustos de la sociedad aristocrática en la que había nacido. La gente que se entusiasmaba con las proezas de los jinetes o de los púgiles vivía en una cultura organizada sobre todo por la sociedad aristocrática. Esto hoy en día ha desaparecido. También el deporte se ha convertido en una actividad del mercado. Pero no creo que eso haya reducido la excepcional admiración que suscitan los grandes triunfos deportivos. Piense en la Italia de Coppi y de Bartali, campeones de ciclismo a quienes se admiraba mucho y no necesariamente porque ganasen mucho dinero, que tal vez ni siquiera era tanto en su época. El éxito deportivo garantiza un paso al frente en la definición de la jerarquía social. Es la razón que elevó tanto a Pelé como para que le nombraran ministro. No creo que todo esto vaya a desaparecer. Quizá se concentrará más en los individuos y en su imagen personal, olvidando un

poco su equipo o el país al que pertenezcan. La admiración por Ronaldo o por Beckham es independiente del equipo en que jueguen.

P. *En su opinión, ¿las mujeres salen victoriosas o derrotadas de su guerra de liberación? ¿Han alcanzado realmente la igualdad con los hombres? ¿Y esta igualdad equivale a liberación o es más bien una homologación con los mitos, el poder, la sexualidad masculinos?*

R. No hay duda de que la emancipación de la mujer ha sido uno de los grandes fenómenos históricos del siglo xx. La cuestión para el siglo xxi es fijar lo que queda por hacer. Durante este siglo la emancipación femenina se ha limitado a una parte del mundo y a determinados sectores de la población; existen todavía grandes zonas del mundo donde este fenómeno aún no se ha producido.

En el proceso de emancipación de las mujeres podemos distinguir dos grandes fases: la primera fue la batalla para obtener idénticos derechos políticos, de voto; la segunda, la batalla por la igualdad de acceso al ejercicio de las profesiones.

Técnicamente estos objetivos se consiguieron al terminar la segunda guerra mundial. Ya entonces los países en los que las mujeres no podían votar se reducían a una exigua minoría, y después desaparecieron. Las guerras facilitaron extraordinariamente el desarrollo profesional de las mujeres; más tarde, en los últimos veinte o treinta años, lo hizo la necesidad cada vez mayor de las familias de disponer de dos fuentes de ingresos en lugar de una.

Me parece que los éxitos en el campo del trabajo han

sido satisfactorios. Ciertamente es que aún no son suficientes. Ello no obstante, yo creo que la difusión y la importancia del trabajo femenino, en especial en países como Estados Unidos y Gran Bretaña, es un fenómeno espectacular.

Existe, sin embargo, un problema real que será cada vez más grave: es extraordinariamente difícil para las mujeres conciliar altos niveles profesionales con la maternidad. Esto no tiene nada que ver con la discriminación, sino más bien con la ley natural que establece que sean las mujeres quienes den la vida. Se puede resolver el problema confiando los niños a asistentes o a los jardines de infancia, dejando que los eduquen otras personas que no sean la madre natural. La historia nos dice que es posible: es sabido que la aristocracia lo practicó abundantemente. Pero hoy en día todo el mundo está de acuerdo en que no es la mejor solución para los niños, por el alto coste emocional y social que podrían pagar las futuras generaciones.

Esto también ayuda a explicar por qué el porcentaje de mujeres que alcanzan la máxima jerarquía en su profesión es inferior al de los hombres. Muchas mujeres no están en condiciones de competir llegados a un cierto punto.

Por otra parte, es un error pensar que la cuestión es puramente estadística, que se puede resolver atribuyendo, para cada trabajo, cuotas iguales para las mujeres que para los hombres. No encuentro ninguna razón histórica que abone que en una profesión, o en el Parlamento pongamos por caso, la composición ideal sea un 50 por 100 de mujeres y otro tanto de hombres. Ha habido, en el pasado, una tendencia a dividir los trabajos por el género y en algunos casos se trata de una división históricamente muy antigua: el ejército para los hombres, la obstetricia para las mujeres, por ejemplo. Otras veces el fenómeno se ha producido por razones históricas casuales, como la feminización de las pro-

fesiones ligadas a la enseñanza o a la práctica médica en la Unión Soviética.

No obstante, a partir de los años sesenta se produjo un gran cambio, un cambio que no tiene nada que ver con la competición entre los sexos: el control de la actividad procreadora por parte de las mujeres. Se trata de un hecho de gran importancia histórica: una especie de declaración de independencia de las mujeres frente a los hombres, y, en determinados aspectos, una independencia de las leyes que regían toda la comunidad social. El hecho de que a partir de determinado momento las mujeres, especialmente en países notoriamente católicos como Italia, España o Irlanda, decidieran que ya no acataban las enseñanzas de la autoridad moral de la Iglesia, fue el elemento más característico de este cambio. Se trata de un fenómeno que se ha extendido mucho más allá del restringido círculo de mujeres cultas que constituyeron la vanguardia de los movimientos por la igualdad. Ha tenido enormes consecuencias porque ha transformado, de una generación a otra, todo el mecanismo natural de la reproducción del género humano. Ha permitido a las mujeres ejercer el derecho a no tener hijos. La rapidez con que se ha producido este fenómeno es sorprendente y sus consecuencias son todavía imprevisibles.

Un rasgo distintivo del próximo siglo será una mayor emancipación de las mujeres. Y su instrumento más eficaz será la difusión a escala planetaria de la educación, incluidos los países más atrasados. Porque esa revolución se propaga al descubrir que otros hacen cosas distintas de las que se pensaban eran leyes inmutables de la naturaleza. Desde este punto de vista, la emancipación femenina está sólo en sus comienzos, porque no ha alcanzado todavía a la mayor parte de la población mundial.

En política, por el contrario y curiosamente, el ascenso

de las mujeres ha sido mucho menos satisfactorio. Porque a pesar de que existen muchos países en los que las mujeres han conseguido ser diputadas, ministras o jefas de gobierno, no podemos decir verdaderamente que la política se haya convertido en otra cosa, más femenina.

P. Me gustaría saber qué piensa usted de la revolución tecnológica. Con frecuencia ha sido interpretada como uno de los factores de democratización más poderosos porque lleva la información a todas las casas, permite trabajar fuera de las unidades productivas clásicas y es más flexible para apoyar el talento individual. ¿Comparte este optimismo?

R. Es cierto que la tecnología informática produce cambios notables en el trabajo. Pero soy escéptico sobre la posibilidad de una mutación radical, del mismo modo que soy escéptico sobre la capacidad de la economía moderna de funcionar sin referencia alguna a las tradiciones sociales. Es obvio que hoy en día es técnicamente posible trabajar desde casa y comunicarse con el mundo por medio del correo electrónico. Pero en realidad esta no es la forma en que a la gente le gusta trabajar. Los pioneros de la alta tecnología no viven precisamente diseminados por los Estados Unidos o por Gran Bretaña, sino que se concentran todos en zonas en las que tienen la posibilidad de encontrarse y de comunicarse entre sí.

No es muy agradable para un ser humano no tener a nadie con quien hablar, renunciar a los contactos personales. Este es un elemento absolutamente esencial para la productividad y la eficiencia en el trabajo. Toda la cháchara sobre el trabajo a domicilio, descentralizado, es en parte pura

propaganda para justificar los despidos. British Telecom se está preparando para liberarse del 10 por 100 de su fuerza de trabajo diciendo que podrán trabajar desde sus casas. Es una entelequia tecnológica que pasa por alto el hecho de que los seres humanos no quieren estar solos, que prefieren trabajar en compañía de otros.

Para el trabajo la socialización es, y seguirá siendo, completamente esencial. No es casual que la gente vaya al mercado no sólo para comprar sino también para encontrarse con sus iguales. No se puede construir una sociedad basada tan sólo en la relación costos-facturación. Y, sin embargo, incluso desde este punto de vista, es mucho más eficiente disponer de un centro de investigaciones de Microsoft que diseminar a los investigadores desde el Canadá hasta las Filipinas.

Silicon Valley fue un ejemplo típico de cómo alcanzar la masa crítica de trabajo necesaria para que funcione la industria más puntera. Toda la gente que trabaja en *software*, en la India, vive en Bangalore. Hasta el más fanático de la comunicación a distancia prefiere encontrarse en los mismos bares adonde van sus colegas para saber cómo van las cosas y cuál es la situación general. Lo mismo sucede en la universidad. La primera pregunta que hace un buen científico cuando una universidad le ofrece un empleo es: ¿quién más hay allí con quien pueda hablar de mi trabajo?

P. *El progreso de la ciencia en todos los campos, desde la medicina a la informática, ¿está destinado a cambiar nuestras vidas en el próximo siglo? ¿Queda todavía margen suficiente para el progreso? ¿Cree usted que su tendencia esté destinada a crecer con la misma velocidad que en el siglo xx?*

R. No tengo bastantes conocimientos científicos o técnicos para decirlo. Pero me parece que existen márgenes importantes. No veo ninguna razón para creer que el progreso tecnológico deba detenerse. Por el contrario, creo que aún se acelerará más. En qué dirección, sólo Dios lo sabe. En cualquier caso la predicción sobre el desarrollo tecnológico ha sido históricamente la que más se ha equivocado. Hacia fines del siglo XIX fue un arte en el que muchos se ejercitaron para saber cómo iba a cambiar el mundo en los cincuenta años siguientes: todas sus predicciones estuvieron invariablemente equivocadas.

P. *¿No le asusta nunca el poder de la ciencia? ¿La posibilidad de clonar una persona, o la posibilidad de cruzar genes animales y vegetales en un tomate; o la posibilidad de matar en una guerra librada ante la pantalla de un ordenador?*

R. Desde luego que me espanta. No sólo por la dimensión del poder que confiere, sino porque los aprendices de brujo no saben muchas veces cómo usarlo. Si existiera alguna garantía de que las personas que manejan el progreso saben qué hacer con él, cómo utilizarlo para beneficio de las demás gentes, o cuándo no deben usarlo jamás, estaría menos asustado, pero tal garantía no existe. Se manipulan fuerzas naturales inmensas y no siempre bien conocidas, y no existen normas o instituciones que nos digan qué debemos o no debemos hacer. La única regla que existe en condiciones de mercado libre, la maximización del crecimiento económico y del beneficio, es casi seguro que producirá efectos negativos.

6. QUERIDA ITALIA

P. *Hablemos un poco de Italia. Es un tema especialmente grato para usted, que habla perfectamente italiano, ha trabajado y estudiado durante mucho tiempo en Italia, y tiene muchísimos amigos en ese país. Por otra parte, Marlene, su mujer, habla el italiano mejor que su lengua materna, el alemán. En el jardín de su casa londinense, en Hampstead, tiene usted incluso una cerámica italiana con la que la ha rebautizado como «Plaza Verdi». ¿Por qué es tan italianófilo?*

R. Es difícil, sobre todo para un inglés, no serlo. No es tanto por la belleza del país y por la atracción que suscita su patrimonio artístico, aunque sea ésta la vía tradicional para que los jóvenes descubran Italia. Para mí no fue así, porque como antifascista jamás pude viajar a Italia de joven: mi descubrimiento se produjo, pues, a una edad más madura, después de la guerra.

Me parece que lo que más fascina de Italia es que, a diferencia de otros pueblos, los italianos no consideran a los extranjeros como a enemigos; reaccionan ante el forastero de forma que entenderse es muy fácil. Hasta cuando tratan de aprovecharse de él lo hacen de un modo gentil.

Es decir, que tratan a los demás como a seres humanos. Yo había oído montones de historias sobre Italia, antes de conocerla, que me contaban los amigos que habían estado allí durante la guerra, ya fuese porque combatieron en ella o porque atravesaron el país huyendo de los campos de concentración: gente que salvó la vida gracias a la ayuda totalmente desinteresada de familias de campesinos que no tenían ninguna razón especial para socorrerles más que la de la solidaridad humana. A muchos de nosotros, en realidad a toda nuestra generación, esto nos impresionó profundamente.

Debo añadir, además, que los italianos me parecen muy inteligentes, y muchas veces tremendamente divertidos, aunque también son demasiado modestos y eso, en ocasiones, nos impulsa a experimentar un cierto sentimiento de protección ante ellos. Tal vez porque no se quieren demasiado a sí mismos.

En mi opinión, los italianos experimentan cierta vergüenza histórica porque durante mucho tiempo constituyeron una nación marginal, una provincia, desde el punto de vista político y económico. Eso sí, excepción hecha de la cultura: Italia ha sido indudablemente, desde el punto de vista intelectual y durante muchos siglos, el centro absoluto de la civilización occidental. Pero lo cierto es que en el siglo XIX ya quedaba muy poco de la gran hegemonía cultural que había ejercido en el pasado, con la excepción de la ópera.

Esto explicaría en cierto modo el apoyo colectivo y de masas que han prestado los italianos a cualquier intento de restaurar las glorias perdidas del pasado, tan característico del fascismo. Fue una reacción: precisamente porque muchos italianos tenían el sentimiento de pertenecer a un país largo tiempo marginado, se aferraron a la herencia de la que procedían.

Y, sin embargo, a mí me parece que este sentido de la modestia, esta constante tendencia autocrítica son excesivos. Tengo la sensación de que los italianos se sorprendieron de sí mismos cuando, después de la guerra, Italia se convirtió en uno de los países dirigentes de Europa. Es posible que aun hoy no se hayan habituado a esa idea que es evidente para los extranjeros, en especial para todos aquellos a los que les gusta Italia.

Italia tuvo, en mi opinión, la inmensa suerte de haber liquidado el fascismo con un movimiento de resistencia de masas. Fue un hecho de enorme importancia, que no se dio ni en los mismos términos, ni en las mismas dimensiones en Francia, ni, por supuesto, en Alemania. Aquella movilización, no sólo de intelectuales sino de todo tipo de ciudadanos, liberó a Italia de la herencia del fascismo; es decir, produjo las precondiciones necesarias para conseguir lo que después obtuvo en los decenios siguientes, hasta llegar al prestigio que actualmente tiene.

Naturalmente que habría mucho que discutir en términos históricos sobre la Résistencia, y en Italia se hace sobradamente y polemizando. Pero lo cierto es que fue un fenómeno de masas y que permitió a los italianos dejar atrás el pasado y convivir con sus sentimientos de culpa sin verse obligados a olvidar o a esconderse. Ese fenómeno también posibilitó que otros europeos se reconciasen con Italia, que durante la guerra había sido aliada del nazismo.

Estas características de la posguerra italiana hicieron que fuese mucho más fácil reconocer desde el exterior los signos culturales de su renacimiento. No siempre se trataba de un fenómeno totalmente nuevo: muchos directores de cine de la Italia de la posguerra, por ejemplo, ya habían dirigido películas en la Italia de Mussolini. Y, sin embargo, la

consolidación del cine, del diseño o de la arquitectura italianos, se asoció en el extranjero con la nueva Italia. Todo esto fue muy importante en los primeros años cincuenta, cuando los europeos descubrimos que Italia se estaba convirtiendo en el país pionero de un nuevo estilo de vida, elegante y al mismo tiempo de masas, anticipándose a las transformaciones que después habrían de afectar a todos los pueblos del continente, ya no condicionados por la indigencia o la escasez de recursos.

Pienso concretamente en dos tipos de objetos que a nosotros los ingleses nos fascinaron: la máquina de café exprés Gaggia y las motocicletas Vespa y Lambretta. Fueron nuevos productos de la tecnología moderna que hicieron mucho por la democratización de un estilo de vida y ayudaron a crear una suerte de nuevo hedonismo de masas. Es decir, que a través de Italia comprendimos las posibilidades de prosperidad que se abrían para Europa, y lo comprendimos quizás incluso antes de que los italianos se hicieran realmente prósperos. A mediados de los años cincuenta, Londres ya estaba llena de cafeterías a la italiana.

Más tarde, a partir de los años sesenta, se comprendió bien todo lo que pasaba: el «milagro económico». Italia, con independencia de lo que ocurría en su política, se estaba convirtiendo en un país verdaderamente floreciente.

En mi opinión, los italianos no se han percatado del todo de lo que ocurría hasta los últimos veinte años. Cuando la hegemonía cultural de Francia y de París decaían en el escenario internacional, Italia tomaba el relevo en muchos aspectos. Por ejemplo, en la moda o en la cocina.

La idealización de la cocina italiana es un ejemplo claro de lo que digo. Yo no la comparto, porque por extraordinaria que sea, no tiene nada que ver con la gastronomía francesa; y, sin embargo, la decadencia contemporánea de

Francia ha hecho que la cocina italiana adquiera más relieve.

En resumidas cuentas, este fenómeno pilló por sorpresa a los italianos porque les puso ante el hecho de que eran mucho mejores de lo que se habían imaginado. Desde todos los puntos de vista, excluyendo, claro, la política.

Cuando pienso en Gramsci no tengo ninguna duda de que poseía un cerebro extremadamente original e inteligente, confinado, eso sí, a un contexto intelectual provinciano, y que sólo dirigió su atención hacia determinados problemas por los estímulos que recibió de los que vivían en el extranjero, como, por ejemplo, Piero Sraffa. Gradualmente, Italia ha ido saliendo de esta condición provinciana y se ha convertido en parte integrante de la cultura metropolitana de Occidente.

P. *¿Cuándo visitó usted Italia por primera vez?*

R. En 1952, y no por razones profesionales, sino tan sólo para conocer el país. Desde entonces mis viajes se han hecho muy asiduos. Mi mujer, Marlene, que vivió y trabajó en Italia en los años cincuenta, me presentó a sus numerosos amigos italianos; y así, cuando me casé con ella, añadí un vínculo más a los que ya tenía con Italia. Marlene, como tantas mujeres del norte de Europa, fue a Italia porque se sentía verdaderamente atraída por ella. Quería a toda costa conocer el país y aprender su idioma.

P. *¿Qué recuerdos y conocimientos tiene del mundo intelectual italiano? De su universidad, de sus historiadores, de su literatura...*

R. Al principio casi todos mis contactos procedían de Piero Sraffa, que conocí en Cambridge. Cuando decidí ir a Italia por primera vez, le pedí consejo y cartas de presentación. Sraffa conocía a casi todos aquellos que valía la pena conocer en Italia y, por supuesto, a todos los de izquierdas. Así que mis primeros contactos lo fueron con historiadores, los estudiosos del Instituto Gramsci, los intelectuales comunistas. El primero de todos ellos fue Delio Cantimori.

Otro grupo de amigos surgió de amistades comunes de ingleses que habían combatido en Italia durante la guerra: así conocí, por ejemplo, a Giuliano Procacci.

Y, finalmente, pude establecer otra serie de contactos gracias a amigos estudiosos de Italia, especialmente el historiador del arte Francis Haskell; muchas de mis relaciones italianas se las debo a él.

Es decir, que yo no trabé contactos con la cultura italiana, con gentes como Franco Venturi, a través de la universidad. Mucho más importantes fueron, en este sentido, las editoriales, cuando empezaron a publicar mis libros en italiano, editoriales dirigidas por personalidades como Giulio Einaudi o Vito Laterza. Por otra parte, a usted le consta lo extensa y profunda que fue la influencia de Einaudi en Italia.

No puedo decir, en cambio, que haya frecuentado en demasiada la literatura italiana. Por ejemplo, no tengo un buen conocimiento de su poesía. Una vez una amiga mía me regaló un libro de Montale, pero debo confesarle que no acabo de conectar con ese poeta.

No fue la literatura lo que más me vinculó a Italia. Lo hizo mucho más el cine: al principio Roberto Rossellini, y más tarde Federico Fellini y Franco Rossi. Al final, fue la publicación de mis libros en Italia lo que me abrió las puertas a otras relaciones, como por ejemplo la que mantuve con Leonardo Sciascia.

P. *Pero sí es cierto que usted ha investigado, como historiador, en Italia.*

R. No con mucha profundidad. He trabajado en bibliotecas, especialmente en las pequeñas bibliotecas del sur. Por diversas razones, escogí un tema de la historia italiana para mi primer libro, *Rebeldes primitivos*, publicado por Einaudi en 1974.

Y lo hice porque me parecía haber descubierto en Italia un fenómeno muy estimulante política e intelectualmente, y que estaba en gran parte documentado: la coexistencia en la izquierda de gentes que habían llegado a ella a partir de presupuestos políticos típicos del siglo xx pero, al mismo tiempo, desde raíces culturales mucho más antiguas, acaso del Quinientos: una rara mezcla de Lenin y Lutero.

Lo que al principio me interesó de lo que digo fue un episodio que me había contado Ambrogio Donini: me dijo que el PCI había tenido ciertas dificultades en el bienio 1949-1950, durante las luchas sociales que inflamaron el sur en aquel período, porque los congresos elegían con demasiada frecuencia como secretarios para las nuevas secciones del partido a testigos de Jehová. Porque, de alguna forma, la revuelta contra los terratenientes y la revuelta contra la Iglesia y el clericalismo se habían fusionado en una única

reacción política. Visité por ejemplo el pueblo de Sannicandro Garganico, en la provincia de Foggia, donde en los años treinta un grupo de campesinos italianos había decidido convertirse al judaísmo porque tras comprar una biblia a un vendedor ambulante, la habían leído y les había parecido muy sensata, muy adecuada a sus circunstancias. Al final llegaron a emigrar a Israel.

Pues resulta que éste era un fenómeno bastante extendido y sobre todo que se debatía constantemente: por ejemplo a través de una vasta literatura sobre el bandolerismo meridional posterior a la unificación. Eso me condujo a un interés profesional por Italia: siguiendo las historias de gente que entendía la política en términos totalmente distintos de los que propugnaban la izquierda oficial y el Partido Comunista.

P. *¿Qué es lo que prevé para el futuro de Italia? Comprendo que es un país imprevisible, porque alterna una extraordinaria vitalidad con una autoflagelación también extraordinaria. Pero ahora forma parte de pleno derecho de la Europa política y monetaria. ¿Esto la hará más estable, más disciplinada, más cohesionada?*

R. No lo sé. Habría que distinguir entre la Italia civil y la Italia política. No veo ninguna razón por la cual la sociedad italiana, que ahora forma parte integrante de la economía europea, no deba continuar siendo muy floreciente y activa. Gran parte de la estructura productiva del país se ha adaptado a las necesidades tecnológicas que caracterizan el proceso de civilización europea del siglo xx, y lo ha hecho incluso mejor que otras naciones. Me refiero, en especial, a la

franja central del país. Para mí es evidente, por ejemplo, que Italia está mostrando, en su adaptación a los procesos de desindustrialización, menos dificultades de las que encontró Gran Bretaña.

El verdadero problema es el estado y la estructura de la política, dos aspectos muy entrelazados. Aunque a mí me parece que no existe ninguna solución permanente para el problema de la política en Italia, hay que decir por lo menos que ha sido eliminada —espero que para siempre— la situación extraordinaria que la guerra fría había impuesto: el monopolio de un partido sobre el gobierno, que durante medio siglo estimuló la degeneración del proceso político.

Italia y Japón han sido dos grandes ejemplos de países en los que la guerra fría no consintió que la oposición llegara al gobierno. En Italia las cosas fueron ligeramente mejor porque los italianos reconocieron que, en un régimen democrático, algún espacio había que darle a la oposición, y la misma Democracia Cristiana, a partir de un determinado momento, se dio cuenta de que no podía seguir gobernando como había hecho en los primeros años cincuenta, simplemente reprimiendo al adversario. De este modo, se le reconoció al Partido Comunista cierto poder sobre bases locales y regionales, pero dejando muy claro que jamás le iban a permitir entrar en el gobierno nacional.

Usted habla de los peligros de la autoflagelación. Es cierto. Pero un país que ha sabido sobrevivir a la era Craxi puede sobrevivir a casi todo. O así me lo parece.

P. *Hoy en día la política italiana constituye un mosaico de 30 o 40 partidos que han llenado el gran agujero negro dejado por la desaparición de la Democracia Cristiana. ¿Cree us-*

ted que este sistema puede encaminarse, más pronto o más tarde, hacia un bipartidismo apacible, a la inglesa o a la norteamericana?

R. La cuestión reside en saber en qué circunstancias es efectivamente posible un sistema bipolar, y cómo, en cambio, lo imagina la gente. El bipartidismo sufre un dilema crucial: no es democrático desde el punto de vista del criterio de representación, pero produce gobiernos eficaces y estables. Como usted sabe, en casos extremos se puede presentar una situación como la que se dio en Gran Bretaña en 1951, cuando el Partido Laborista fue derrotado a pesar de haber tenido más votos que el Partido Conservador. Así pues, si se parte de la base de que el sistema político democrático debe ser, en primer lugar, representativo de los diversos intereses y de las distintas corrientes de opinión, el bipartidismo no es el instrumento adecuado.

Y desde luego es imposible con un sistema electoral proporcional, que los italianos están tratando de abandonar. Aunque tampoco consigo ver un gran futuro para un bipartidismo basado en el modelo electoral mayoritario inglés del *first-past-the-post*. Por otra parte, este sistema ni siquiera es muy común en Europa, donde son mayoría los países regidos por gobiernos de coalición: Alemania, Austria, Irlanda, incluso Francia a su manera. Así que la idea de que el bipartidismo anglosajón es una versión clásica de la democracia, en la que todo funciona, y que lo que debería hacer Italia es imitarlo, no me parece muy acertada. Incluso en los Estados Unidos la división de los poderes es tal que en realidad no existe un simple sistema bipolar, porque los dos partidos se influyen recíprocamente. El caso británico es bastante excepcional, esa es la verdad.

Italia, debería, en cambio, saber vivir consigo misma y

con su historia. El verdadero problema no está tanto en el bipartidismo, sino en el exceso de partidos y la debilidad de los polos, ninguno de los cuales es nunca lo bastante fuerte como para imponerse de forma clara. Creo, pues, que el sistema puede necesitar algunas reformas, pero no veo que sea indispensable seguir modelos extranjeros.

P. *Italia es un caso único de estatismo sin estado. Hasta el colapso del sistema político de la Primera Republica, quizá no existía ningún país europeo en el que el estado pesara tanto, ya fuese en la economía como en la vida y en la renta de las familias. Y sin embargo, al mismo tiempo, es un país con instituciones estatales débiles y poco respetadas. ¿Por qué?*

R. Me parece que es una consecuencia negativa y peligrosa de la guerra fría. Es cierto que ya en el período prefascista y fascista Italia tenía un estado muy burocratizado y no especialmente eficiente. Pero en la Italia de la posguerra, a partir de 1948, el estado italiano se encontró con que tenía que actuar en un contexto nacional e internacional totalmente bloqueado y, durante mucho tiempo, inmutable. Eso hizo posible que la Democracia Cristiana, ayudada más tarde por el Partido Socialista, pudiese transformar el estado en un distribuidor de servicios a los clientes del mercado político.

Hay siempre, obviamente, un elemento de este tipo en toda sociedad democrática. Pero en Francia, por ejemplo, este sistema fue corregido en parte por la tradición de un fuerte estado centralizado de extracción napoleónica. En Italia no existía ningún mecanismo que pudiese corregir

esta desviación. El único condicionamiento lo fijaba un punto más allá del cual se podía provocar una revuelta: lo que en efecto sucedió en los primeros años noventa, cuando se traspasó el límite, durante el período de la gran corrupción llamado Tangentópolis. Porque desde luego de revuelta se trató.

Este proceso degenerativo se pudrió aún más por la enorme importancia que tienen en Italia las redes clientelares, los clanes, las familias y las amistades, que pueden llegar a dar al traste con el estado. Es un fenómeno cuyas raíces se hunden en un pasado muy lejano. El fascismo por lo menos creó un estado lo bastante fuerte como para poder controlar a la Mafia. Es posible que el rechazo colectivo del recuerdo de la dictadura haya desempeñado un papel importante en la construcción de un estado débil en la posguerra. Pero en cualquier caso el hecho de que la Democracia Cristiana pudiese hacer, durante largos años, todo lo que le daba la gana gracias a la situación internacional, fue la primera razón que hizo del estado un servidor de los muchos intereses corporativos de la sociedad. Desde un punto de vista práctico, el país no tenía ni siquiera necesidad del estado: los pobres, por ejemplo, recibían ayudas y subsidios en su condición de clientes, no como ciudadanos.

Este es un problema grave para el futuro de Italia, porque un país fuerte tiene necesidad de una administración técnicamente fuerte y eficiente.

P. La izquierda ha llegado recientemente al gobierno de Italia. Usted ha conocido muy de cerca el Partido Comunista italiano, y yo diría que simpatizó usted con su política de progresiva autonomía de Moscú, con la brillantez de sus

intelectuales, con su europeísmo. ¿Cree usted que D'Alema y su partido son los herederos directos de esta tradición, o que han llevado a cabo una verdadera ruptura con su pasado?

R. Es inevitable que se produzca una cesura con el pasado cuando un partido, concebido para hacer la revolución mundial, abandona esa esperanza y ese objetivo al derrumbarse el mundo que lo había inspirado. Pero lo cierto es que el PCI ya experimentó —por lo menos tal como nos parecía desde el exterior— una evolución lógica y profunda hacia una política distinta desde el momento en que Togliatti regresó a Italia en 1943. A partir de entonces, en efecto, el PCI dejó de acariciar el proyecto revolucionario o un verdadero intento de construir el socialismo. La cuestión se discutió en los últimos días de la guerra, a propósito de la insurrección en el norte de Italia y de su posible desembocadura revolucionaria. En aquel momento el PCI decidió expresamente que no iba a seguir aquella senda, cosa que, además, entonces, ni siquiera Stalin quería.

El PCI, y en especial Togliatti, un hombre cuya capacidad política me merece gran admiración, a pesar de que fue un estalinista puro y duro durante mucho tiempo, aprovecharon el ejemplo de la Resistencia para fundar y sostener una república democrática. No hay duda de que Togliatti fue uno de los mayores arquitectos de la Primera República y de su Constitución, y que a partir de entonces el PCI fue una institución orientada al sostén del estado más bien que a su liquidación. Hubo momentos en que el PCI se quedó solo defendiendo con convicción las instituciones estatales, especialmente durante los difíciles años setenta. Esto no sucedió por un accidente histórico.

Y aún más: muy pronto el PCI defendió, cada vez con

mayor rotundidad, la necesidad del policentrismo en el movimiento comunista internacional, es decir, la exigencia de que cada uno pudiera seguir su propia vía; y lo hizo por auténtica convicción, no por simple tacticismo coyuntural.

Por eso el PCI, desde el momento en que se convirtió en un partido de masas, durante y después de la Resistencia, gozó de excelentes credenciales como partido democrático de la izquierda; tan buenas por lo menos como las de cualquier otro, y tal vez mejores, porque en su conjunto fue también un partido más honesto. Es cierto que no tuvo mucho poder para vender o intercambiar, pero esa es otra cuestión.

La idea de que el PCI no podía ser aceptable para gobernar en Italia hasta que no hubiese roto oficialmente no ya con la Unión Soviética, sino también con toda la tradición comunista y hasta con su mismo nombre, formó parte de la retórica de la guerra fría. Y por más que personalmente comprenda las razones por las que el PCI renunció a su nombre y decidió cambiarlo por el de Partido Democrático de la Izquierda, no creo que fuese necesario hacerlo: en cualquier caso no más de lo que lo habría sido que el Partido Socialista francés renunciase a su nombre sólo para dejar claro que ya no creía en los ideales de Léon Blum.

P. *¿Piensa usted que es todavía posible hacer política en Occidente llevando en las banderas la palabra «comunismo»?*

R. Ahora esto es ya una cuestión académica. Ante todo porque ese nombre ha sido eliminado, ya no hay ningún partido importante en Europa que se llame comunista; y,

después, porque a fin de cuentas no es muy importante, desde el momento en que todos saben que partidos que hoy forman parte de los gobiernos de coalición, como en Suecia o en Finlandia, son ex comunistas. Del mismo modo que todos saben que D'Alema y el PDS en Italia son los sucesores del comunismo italiano. Es obvio que existía un problema en el seno del PCI que la dirección debía resolver, exactamente el mismo que se le presentó al Partido Laborista británico: qué hacer con la izquierda intransigente y extremista, la que en Italia se constituyó posteriormente en Rifondazione comunista. Pero este es un problema que afecta a todas las izquierdas, que ha preocupado no sólo a los partidos comunistas, sino también a los socialistas.

P. *¿Cuánto pesa realmente en el futuro de Italia el hecho de que albergue en su territorio al Vaticano, corazón de la cristiandad?*

R. Creo que con el final de la Democracia Cristiana, todo esto es mucho menos importante. Con la decadencia del catolicismo como gran fuerza ideológica en Europa, el futuro de la Iglesia católica se juega cada vez más fuera de Europa, en Asia o en África. Obviamente la presencia del papa en Italia es importante, y tal vez aún lo será más si en la elección del nuevo pontífice vuelve a aparecer un italiano. Lo que es probable. No creo que los tiempos estén ya maduros para un papa africano o asiático, aunque tal vez no pueda excluirse la posibilidad de un papa latinoamericano.

En cualquier caso el colapso de la Democracia Cristiana ha sido un hecho histórico, y a mí me parece que hoy

el papado es más importante en Italia por la personalidad excepcional de Wojtyla que por la política de los católicos.

Ni siquiera la presión para controlar la escuela privada está ya directamente relacionada con la cuestión católica. Una tendencia general en Europa es que la gente exige cada vez más el derecho de recurrir a una enseñanza privada, que la mayoría de las veces es religiosa. Y esto pasa tan sólo porque la gente cree que las escuelas estatales funcionan peor, lo que muchas veces es cierto.

P. Romano Prodi ha sido el italiano llamado a dirigir Europa en una de sus fases más delicadas y cruciales. ¿Cree usted que tiene las ideas y la energía para desempeñar este cometido? ¿Y hasta dónde cree que llegará el proceso de integración europea?

R. No conozco a Prodi personalmente, sólo sé de él lo que leo en los periódicos. Sé que Prodi, como muchos italianos, es favorable a una política europeísta muy audaz, que lleve la Unión hacia una especie de federalismo político. No está muy claro si eso va a tener éxito. La sostiene obviamente el *establishment* de Bruselas, porque allí es donde nació la idea originaria. Pero otra cosa es hasta qué punto están dispuestos los distintos gobiernos a marchar en esa dirección. Va a depender mucho del grado en que los grandes países estén dispuestos a subordinar su soberanía nacional al proyecto europeo.

A mi juicio se van a presentar grandes obstáculos en ese aspecto. Creo por ejemplo que la idea del voto de la mayoría no podrá ir mucho más allá de una limitada serie de cuestiones, simplemente porque los estados miembro más

importantes, Gran Bretaña, y posiblemente también Francia, defenderán su derecho al veto en decisiones cruciales antes las que no puedan arriesgarse a quedar en minoría, sobre todo con la ampliación de la Unión Europea.

Más pronto o más tarde también nos encontraremos en Europa en la situación que vive el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde los países que verdaderamente están en condiciones de tomar decisiones no están dispuestos a ceder su poder a favor de la mayoría. Además, el derecho al veto de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad se inventó precisamente para esto, para estar seguros de que ninguno de los grandes fuese nunca derrotado en las cuestiones que verdaderamente cuentan.

Por eso Europa se queda bloqueada en los puntos cruciales. Es extremadamente difícil definir una política exterior común y una política común de defensa militar, y esto demuestra que no existen las bases para una integración política efectiva y total, como sin embargo sí existen para la política social y económica.

La ampliación de la Unión Europea hará la situación aún más difícil por diversas razones. Ante todo porque se incrementa el número de votos «irresponsables». Una mayoría compuesta por Eslovenia, Estonia, Letonia y algún otro estado de este tipo no podría nunca ser considerada, ni por Alemania, ni por Francia, ni por Inglaterra, ni siquiera por Italia, como una mayoría adecuada a cuyas decisiones conformarse. En segundo lugar, porque la ampliación de la Unión tiene efectos inmediatos sobre los intereses nacionales a través de la redistribución de los recursos. En teoría la política agrícola comunitaria no podrá continuar sobre las bases del pasado una vez que los grandes países agrícolas pobres entren en el mercado común, porque el importe de las subvenciones que deberían recibir es del todo

insostenible para el presupuesto de la Unión. Pero los franceses, por razones históricas y políticas, no quieren disminuir la protección social de los electores ocupados en la agricultura.

Por lo tanto no veo ninguna posibilidad de que se pueda progresar hacia el federalismo europeo, a menos que se produzcan crisis internacionales graves e imprevistas. Ni tampoco creo que pueda acelerarse la tendencia reforzando los poderes del Parlamento. La Unión Europea no se fundó como una organización democrática. Para mí ni siquiera tiene sentido decir que sufre un déficit democrático, porque no se concibió nunca para que fuese una democracia. Y, por otra parte, si hubiera sido una verdadera democracia no se habría alcanzado el grado de integración que tiene hoy.

Esa cuestión se suscitó a partir de la segunda mitad de los años setenta, cuando en el seno de los estados miembro se planteó la cuestión democrática; hasta entonces la Unión Europea era algo que sólo interesaba a reducidos grupos de especialistas.

En teoría se puede pensar en dotar a la Unión de un gobierno democrático y responsable ante los ciudadanos, pero en la práctica tengo grandes dudas de que los estados miembro, con la excepción de Italia que podría tolerarlo, estén dispuestos a hacerlo. E incluso es muy discutible que el Parlamento europeo pueda llegar a tener alguna vez una verdadera credibilidad democrática. Basta con ver la afluencia a las urnas cuando hay elecciones europeas. Elecciones que, por añadidura, se manejan invariablemente con la mirada puesta en la política interna de los distintos países de la Unión.

Obviamente es bueno que al Parlamento europeo se le dote de poderes cada vez más amplios, pero no creo que en un futuro previsible ese Parlamento pueda asumir de ver-

dad la representación democrática efectiva de los ciudadanos de Europa. Para muchos europeos, Europa es todavía un término técnico, no algo a lo que se sientan ligados por una relación de lealtad.

La pregunta que se hace la gente respecto de Europa se sigue formulando en términos instrumentales y de política interna: ¿hasta qué punto nos puede ser de utilidad?

Existen sólo dos grandes ámbitos en los que hoy, y también en el futuro, los europeos se acercan entre sí. El primero es el de la jurisprudencia europea, creada a través del funcionamiento del tribunal de Estrasburgo, y que los gobiernos han aceptado que tiene fuerza superior a la de sus leyes nacionales. Esto significa que, en gran parte, las leyes económicas y sociales de cada uno de los países deben ser armonizadas en sus normas y en sus interpretaciones.

El otro aspecto que une a los europeos es, me temo, el proteccionismo, para resistir a la competencia de los Estados Unidos y a la inmigración de masas del Tercer Mundo.

Así que no esperè gran cosa de Prodi. No es un hombre como Delors, que tenía convicciones muy firmes, un verdadero arquitecto de la construcción de las instituciones europeas. Prodi, por muy empeñado que esté en una idea de Europa, no me parece capaz de forzar la integración frente a grandes resistencias por parte de los gobiernos.

Ni siquiera estoy seguro de que Prodi fuese la mejor elección posible. Era, eso sí, la solución más rápida y más a mano. Y no estoy haciendo una crítica de Prodi, que es persona de grandes capacidades políticas y que ha desempeñado un papel importante y positivo en Italia.

Sólo digo que en último término lo que suceda en Europa dependerá de otros factores, y en especial del grado de entendimiento que se dé entre Alemania y Francia.

P. *¿Por qué? ¿Es que ve usted en peligro la unidad del motor franco-alemán de Europa?*

R. Me parece que Francia ha concebido Europa, sobre todo, como un intento de afirmar o de defender su hegemonía cultural y lingüística en el continente. Esa batalla ya la perdió de hecho cuando se llevó a cabo la ampliación a Finlandia, a Suecia y a Austria, y en las ruedas de prensa de Bruselas el inglés sustituyó al francés porque los escandinavos no hablaban esta lengua.

Estas cosas, para los franceses, son mucho más importantes de lo que la gente supone. Para ellos Europa debería servir para promover el papel, la cultura y la lengua de Francia. En mi opinión, el impulso francés para la integración europea se ha debilitado últimamente por esta causa. Los franceses están menos interesados en este proceso, ahora que su centralidad ha disminuido a ojos vista. Es un hecho muy traumático para ellos.

Otro obstáculo es el atlantismo visceral de los ingleses. Para todos los demás, Europa es la única elección posible, pero para los ingleses en cambio existe siempre la posibilidad de acercarse al sistema norteamericano e integrarse en él. En el fondo los ingleses aún no se han decidido. Es cierto que una vez que eligieron permanecer en Europa hace veinticinco años ya no tienen la posibilidad real de salirse. Pero siempre existe el recurso a combinar las dos pertenencias.

7. 12 DE OCTUBRE DE 1999

P. *Ya que es usted el padre de la idea del «siglo corto», y ha asignado una fecha de nacimiento y otra de muerte al siglo XX, permítame que le sugiera una periodización posible para establecer cuándo comienza el siglo XXI. Le propongo el 12 de octubre de 1999, día del nacimiento, según las estadísticas, del ser humano número seis mil millones. ¿Entramos con esta fecha en una nueva era? ¿Cómo será el mundo, tan superpoblado?*

R. Es obvio que estamos entrando en una nueva era. Pero lo que cambia instantáneamente no cuenta demasiado, excepto para el niño en cuestión y para sus padres. Tal vez este hecho contribuya simbólicamente a modificar la conciencia que tenemos de nuestra era, pero no más. El mundo, antes de ese nacimiento, no es distinto. Por ejemplo, usted me pregunta si estará superpoblado. Ya lo está. El problema estriba en lo que le ocurrirá en el futuro a la gente que lo habita.

P. *El metro histórico con que se podrá juzgar el siglo XXI consiste desde luego en saber hasta qué punto este niño número seis mil millones estará en situación de vivir una vida digna, productiva y feliz. Tratemos de dibujar escenarios posibles. ¿Qué oportunidad tendría ese recién nacido en el caso de ser mujer y nacer en África?*

R. La suerte de este niño dependerá enteramente de dónde nazca. No me parece probable que nazca en África porque la mayor parte de la población mundial no vive en África. Si podemos apostar a alguna posibilidad lo lógico es que nazca en Asia. Si después buscamos entre los países con tasas más altas de natalidad, deberemos deducir que verá la luz en cualquier lugar del Oriente Próximo, tal vez en la franja de Gaza. Del mismo modo, no es tan seguro que sea una mujer. Porque siempre ha existido y todavía existe un porcentaje de nacimientos favorable a los varones: alrededor de 106 niños por cada 100 niñas. Es la tasa de mortalidad, más alta en los hombres, lo que invierte después la relación entre la población masculina y la femenina. Así pues, hay una ligera probabilidad de que este niño sea un chico. Si, por el contrario, es una mujer lo más seguro es que tenga peores expectativas.

Sepa Dios lo que le sucederá a esta criatura si tiene la desgracia de nacer en una de las zonas más infelices del mundo, como el África subsahariana. La desigualdad de oportunidades de vida en el mundo será uno de los factores cruciales del futuro de la humanidad, entendida como colectividad, o como individuos: desigualdades regionales, desigualdades geográficas en el interior de un mismo país, y desigualdades sociales.

El gran problema del siglo XXI es precisamente la imposibilidad de hacer previsiones globales sobre la suerte del

niño número seis mil millones nacido el 12 de octubre de 1999.

P. *¿Cómo se explica la tendencia demográfica en Europa, el crecimiento cero o por debajo de cero, que se está convirtiendo en un rasgo característico del mundo desarrollado?*

R. Es cierto, este es un fenómeno importante, que se está produciendo no sólo en la Europa rica sino también en la Europa del Este. Hay muchos países en la ex Unión Soviética, pero también en otras zonas, como Hungría y Rumanía, donde la población ya está disminuyendo. En el Viejo Continente, los países cuya renovación y modernización se vieron obstaculizadas por el programa soviético son los que hoy presentan la peor situación.

Así que la restricción de los nacimientos empareja países que son extremadamente ricos y otros que no lo son en absoluto. Creo que la disparidad demográfica en las distintas zonas del mundo será en definitiva el mayor problema del siglo xxi.

Consideremos, en primer lugar, hasta dónde ha llegado la población mundial: seis mil millones de seres humanos. Las previsiones de los demógrafos anuncian que este crecimiento se estabilizará, en la primera parte del siglo xxi, en torno a los diez mil millones de personas. Pero las predicciones demográficas a largo plazo nunca han sido muy fiables. La hipótesis de una estabilización se basa en suponer que todo el Tercer Mundo, o por lo menos la mayor parte, repetirá los modelos demográficos que hasta ahora ha seguido el Primero; es decir, que se producirá una caída de la

tasa de natalidad repentina y neta, combinada con un fuerte crecimiento de la esperanza de vida. Hay señales, efectivamente, de que esto ya está empezando a pasar, pero estamos ante una previsión basada puramente en la experiencia y en modelos matemáticos. Debemos, pues, ser muy prudentes.

En el transcurso del siglo xx ya se han producido varios intentos de predecir la tendencia de la población; por ejemplo, en el período de entreguerras se sostuvo la hipótesis de que iba a producirse un inminente declive de la población europea. Y, sin embargo, tras el final de la segunda guerra mundial asistimos a un *baby boom* incluso en los países altamente desarrollados.

Lo que se puede decir con bastante certeza es que, si no se produce la estabilización prevista, llegará un momento en que el incremento de la población mundial a las tasas actuales conducirá inevitablemente a una catástrofe, de un tipo o de otro. Hay un punto más allá del cual ese incremento producirá efectos negativos masivos y globales.

Así pues, nosotros sólo podemos razonar desde la esperanza de que el crecimiento se detenga. Pero aun en este caso quedan en pie muchos interrogantes. No sabemos si esa pretendida estabilización se producirá siguiendo modelos del pasado, es decir, en parte con el cambio de los comportamientos sociales, por ejemplo en el matrimonio, y en parte como consecuencia de la decisión firme de interferir en el proceso de natalidad, como el control de los nacimientos y el recurso al aborto.

Yo creo que si esa estabilización se produce será fruto de la combinación de una baja tasa de natalidad con una baja mortalidad contemporánea, los dos factores que, juntos, dan una composición específica por edades de la población.

Por otra parte, no tenemos verdadera experiencia de lo

que significa la estabilización del crecimiento demográfico. Quiero decir que no sólo no sabemos cómo conseguirla, sino ni tan sólo cómo mantenerla durante largos períodos: ¿asegurándonos de que cada generación tenga más o menos las mismas dimensiones que la anterior? ¿O se darán fluctuaciones, con altibajos tremendos? Es muy importante saberlo para comprender qué sucederá. Pero es imposible preverlo.

Y todavía sabemos menos sobre lo que puede pasar cuando, como está sucediendo hoy en día, una parte del mundo deja de reproducirse y otra, en cambio, presenta un fuerte excedente de población, y por tanto de emigrados potenciales.

P. *Esta es una gran cuestión para el futuro de Occidente. Tratemos de imaginarnos el alcance y dirección de los flujos migratorios globales.*

R. Lo único que sabemos es que, paradójicamente, la urbanización mejora algo la situación, porque, en parte, nos ahorra el enorme impacto sobre el medio ambiente que provoca la necesidad de encontrar tierra para los nuevos habitantes del mundo. En la Edad Media la colonización se produjo justamente por estas razones: si una población crecía más allá de determinado nivel, algunos debían emigrar, roturar bosques y crear nuevos asentamientos. La colonización de Asia y en parte de Europa tuvo lugar de este modo, conquistando nuevos territorios a los cultivos, es decir, cambiando el medio ambiente. En países como la India, uno de los pocos ejemplos que quedan en el mundo de elevada población muy dependiente de la agricultura,

se pueden ver aún los efectos: qué pocos bosques han sobrevivido, qué poca tierra sin cultivar, qué pocos animales en estado salvaje.

Hoy, en cambio, las cosas podrían ser de otro modo.

Afortunadamente, por lo menos considerando el planeta en su conjunto, la urbanización nos proporciona una solución distinta, un lugar donde establecer a los recién llegados sin vernos obligados a explotar nuevas áreas de tierra.

Un problema más urgente es la mala distribución de la población en el mundo. Se suele creer que en los países con altísimas tasas de natalidad se producirá un gran flujo de movimientos migratorios en dirección a los países ricos. Pero, como ya hemos visto, una de las características más definitorias del mundo de hoy es que los países ricos tratan de prevenir, o de impedir directamente, la inmigración.

Y sin embargo me parece inevitable que, de una forma o de otra, los países que no reproducen su población tengan que importar trabajo a bajo costo o gente que haga los trabajos que los naturales del país ya no quieren hacer. Y me parece totalmente inevitable que esa fuerza de trabajo proceda de los países pobres.

Ya tenemos bastantes ejemplos de intercambios migratorios de este género: uno de los más típicos es el recurso a los filipinos como empleados domésticos. He podido leer recientemente una interesante encuesta sobre Salónica: en un tiempo era una ciudad multicultural, habitada por todos los pueblos del imperio otomano, muy pocos griegos, la mayoría islámicos, muchos que procedían del norte del Cáucaso, un montón de judíos. Una miserable «limpieza étnica» en el siglo xx hizo de ella una ciudad griega al 99 por 100. Y, sin embargo, los fenómenos migratorios de nuestros días

la están cambiando de nuevo, porque las clases medias griegas recurren masivamente a las camareras filipinas y a los jardineros albaneses. Lo mismo sucede en California, con la única diferencia de que allí los jardineros son mexicanos. La demanda de servicios que no satisface la población indígena, porque hay carencia de fuerza de trabajo a bajo costo, transferirá sin ninguna duda mucha más gente del Tercer Mundo al Primero.

Esta situación plantea un enorme problema político y social. Porque, de hecho, Europa es una sociedad que tiende al proteccionismo y que desea mantener a los extranjeros fuera de sus confines, aunque se trate de refugiados kosovares. Los países ricos son cada vez más reacios a ofrecer libre acceso y ciudadanía a los inmigrantes.

En la situación actual, con una fuerte demanda por una parte, y con fuertes vínculos por otra, se corre el riesgo de crear una sociedad dual: la primera caracterizada por la ciudadanía plena, dotada de plenos derechos; la segunda, compuesta por extranjeros, con características de *underclass* permanentes. A algunos de ellos se les concederá ciertas formas de ciudadanía, pero a la mayoría se la considerará, en ciertos aspectos, como a una raza inferior, al menos desde el punto de vista de los derechos de ciudadanía. Hoy en día la mitad de los inmigrados que viven en Europa es clandestina, ilegal, y por lo tanto carente de derechos. A corto plazo, las víctimas de esta situación no experimentarán plenamente las consecuencias, porque si eres un emigrado del África negra, aun sin derechos de ciudadanía estás mucho mejor ganándote la vida en Florencia, pongamos por caso, que en tu país de origen. Este proceso crea una sociedad de *apartheid*. En efecto, la verdadera característica del *apartheid* no es tanto la separación de las razas como con frecuencia se piensa. En Sudáfrica existía una trabazón abso-

luta, en todos los aspectos de la vida colectiva; pero unos tenían derechos y otros no.

Mientras que los inmigrados constituyen minorías relativamente pequeñas, no se suelen producir problemas políticos graves, pero hoy esas poblaciones no son ya tan exiguas; en Alemania y Austria alrededor del 10 por 100 de la población es extranjera. Y en mi opinión, por muy rígidos que sean los límites que se impongan a la inmigración, Europa no conseguirá impedir un nuevo crecimiento porcentual, susceptible de crear tensiones políticas y dilemas morales muy graves.

Luego está el riesgo del racismo, que es otra cosa y que nace del hecho de que la mayor parte de la inmigración procede del Tercer Mundo. Por alguna razón que no acabo de comprender del todo pero que está demostrada históricamente, quien presenta rasgos somáticos distintos o un color de la piel diferente tiene más dificultades para ser aceptado. Tengo pocas dudas de que la gran cuestión no resuelta de la Unión Europea, y de la que no se habla, es hasta qué punto se la pueda ampliar hasta los países musulmanes. Esta es, en mi opinión, la verdadera razón por la que hasta ahora se ha mantenido a Turquía en la puerta. Finalmente, en países del Oriente Próximo o del Norte de África se están desarrollando tendencias hacia el fundamentalismo islámico como reacción al racismo de los países europeos, lo que complica aún más las cosas y puede dar lugar a fuertes tensiones locales, como las ya conocidas de Francia y de Gran Bretaña. El estancamiento de los nacimientos en los países ricos de Europa no es, pues, tan sólo una cuestión demográfica.

Me pregunto qué sucederá en cambio en los países menos ricos de la Europa del Este ex comunista que muestran análogas tendencias a la despoblación. No sé qué es lo que

pasará, pero estoy seguro de que también allí se producirán grandes sobresaltos. Los países de la ex Yugoslavia y de la ex Unión Soviética estarán mucho menos poblados de lo que lo estaban hace cincuenta años, no sólo porque también ellos tienen una natalidad más baja; sino también porque, a causa de sus condiciones económicas y de las tensiones políticas, están sufriendo una gran hemorragia de población. Muchos se van por decisión propia, a otros se les expulsa como en Bosnia y en Kosovo, pero todos tienden a no regresar. Se crea, pues, un vacío. Es posible, por ejemplo, que entre las fronteras de Corea, China y Rusia se desarrolle una inmigración de chinos y coreanos hacia aquella tierra sempiternamente vacía: Siberia.

En todos estos casos estamos hablando de países que verán multiplicados sus problemas demográficos, porque no estarán en condiciones de mantener el nivel de infraestructuras económicas necesario para albergar a una población mayor. Ni siquiera puede excluirse que hagan frente al fenómeno tratando de invertir la tendencia incentivando las tasas de natalidad.

Del mismo modo, la estabilización o la falta de estabilización del crecimiento demográfico tendrá efectos importantes en las economías de los países en vías de desarrollo: porque un país con una elevada tasa de natalidad necesita destinar más recursos al sostenimiento de las madres y de los niños, a la sanidad y a la escuela, y estos recursos se le restarán al crecimiento.

Hemos de considerar, además, ciertas evoluciones colaterales, quizá menos importantes pero no menos significativas. Hoy en día está claro que incluso allí donde la población disminuye no decrece la demanda de enseñanza. En primer lugar porque una cuota cada vez mayor de jóvenes estudia durante más tiempo, pero también porque —y a

este fenómeno se le presta muy poca atención— se está descubriendo que a los viejos y jubilados les interesa tanto como a los jóvenes recibir una educación en su vejez. Me parece que hoy existe un gran mercado para la rápida expansión de actividades educativas destinadas a los adultos: cursos especiales, universidad de la tercera edad, formación profesional permanente que recorre todo el arco de la vida laboral, etc.

P. La perspectiva más optimista, que sólo se producirá si los programas de paternidad responsable de la ONU tienen éxito en todo el mundo, es que en el año 2050 habrá diez mil millones de seres humanos en el planeta. Pero si esos programas fracasan, se podría llegar incluso a doce mil millones de seres humanos, es decir, el doble de la cifra actual en el breve espacio de tiempo de medio siglo. ¿Soportará el medio ambiente esta inmensa tensión? ¿Es posible que el mundo termine porque ya no es capaz de dar de comer y de beber a todos los que lo habitan? ¿Lleva en su seno el siglo que va a comenzar semejante apocalipsis?

R. No creo que el problema más grave que tengamos hoy sea el de producir los suficientes alimentos para saciar el hambre de todos. En los últimos cincuenta años, con tecnologías relativamente más atrasadas, el mundo ha producido alimentos en cantidades suficientes —e incluso superiores— como para permitir que la población se triplicara, y ello recurriendo a metodologías que para los estándares modernos no son ni siquiera especialmente ambiciosas: por ejemplo con la cría de ganado seleccionada, y no con la utilización de la biotecnología, de la que estamos empezando

a disponer. Así que no veo ninguna razón por la cual esta tendencia productiva no pueda continuar en el futuro inmediato. Por el contrario, yo diría que el alimento del que hoy mismo dispone el mundo ya puede sostener un fuerte incremento de la población. Por eso no me convencen los argumentos de las industrias que producen alimentos modificados genéticamente, en el sentido de que esta sea la única solución para acabar con el hambre en el mundo. Si partimos de las previsiones actuales del crecimiento de la población, eso no es así.

No quiero decir con esto que esté en contra de la biotecnología. Digo sólo que este argumento no es válido porque no nos hallamos ante la amenaza de una crisis alimentaria. En todo el mundo, con un par de desgraciadas excepciones, la mayor parte de la gente está hoy mejor nutrida que antes. Y además se produce un inmenso derroche de alimentos por una distribución inadecuada.

P. ¿Y los efectos sobre el medio ambiente, sobre el ecosistema?

R. Aquí la cosa es muy distinta: se producirán efectos y además serán muy graves. Por primera vez en la historia, la humanidad está en situación de agotar las reservas de algunos recursos no reproducibles. Por ejemplo, nadie habría imaginado nunca que terminaríamos con el pescado del Mar del Norte. Y sin embargo ha sido así. Quiero decir que hoy estamos en situación de hacer del mundo un lugar imposible para vivir por culpa de los productos tóxicos, de la contaminación o por el modo en que la actividad industrial modifica la atmósfera.

Esta convicción es reciente, no existía antes de los años setenta, o al menos no a escala global. Y por mucho que se haya desarrollado una tendencia deplorable a tratar estos temas en tonos catastrofistas, no hay duda alguna de que la capacidad del género humano para degradar el medio ambiente se ha hecho muy peligrosa. Naturalmente, cuantos más seamos, más peligrosos seremos.

Antes de mediado el siglo xx nadie se preocupaba del porvenir de las fuentes de energía no renovables como el carbón. E igualmente, hasta finales de la segunda guerra mundial, pocos temían que el petróleo se agotase. Hoy podemos estar algo más tranquilos porque sabemos que se han descubierto recursos alternativos, pero sigue siendo cierto que las viejas energías no son renovables. Una vez que se han exprimido hasta la última gota, desaparecen para siempre. Y aunque no parece probable que lleguemos a agotarlas en los próximos decenios, y tal vez ni siquiera en el próximo siglo, está escrito en la agenda de la historia que algún día se acabarán.

Lo cierto es que el medio ambiente ya lo hemos cambiado, así que para juzgar lo que pueda ocurrir en el futuro debemos basarnos en la experiencia que ya hemos acumulado; es decir, debemos partir del modo en que los seres humanos se han comportado hasta ahora.

En el curso de los siglos hemos asistido a fenómenos históricos de gran importancia: por ejemplo a la deforestación del Mediterráneo, que tuvo lugar, en parte, por la difusión de la agricultura y que produjo efectos irreversibles en el paisaje italiano. Quedan muy pocos rincones de Italia que tengan todavía el mismo tipo de medio ambiente que tiene La Sila. La degradación medioambiental no es pues un fenómeno nuevo, pero en el pasado era un fenómeno regional. Hoy día, en cambio, se está convirtiendo en global: se

están abatiendo los bosques pluviales, y muchos sostienen que esto tendrá efectos globales mucho más graves que la deforestación del Mediterráneo.

Todo esto plantea preguntas importantes: ¿hasta qué punto estos efectos son reversibles? ¿Qué espacio queda para la conservación? Supongamos que el mundo hubiera sido transformado, por las acciones de los hombres, en algo que ya no pudiéramos llamar natural. Supongamos que lo que hoy llamamos naturaleza no fuese ya naturaleza, sino una combinación de clima, topografía, medio ambiente original y los efectos de la larga historia de la intervención humana. ¿Qué es lo que sería este medio ambiente ya no natural, sino semihumano? ¿Qué diferencia encontraríamos cuando el mundo apareciera no como una selva virgen, sino como un jardín o un cuasijardín?

Nuestros paisajes son ya, en buena parte, un artefacto humano. En todo el mundo desarrollado, y por supuesto en Europa, el medio ambiente se fue transformando, en primer lugar por la agricultura, hasta el siglo xx. Pero en el futuro deberemos tener en cuenta los efectos de la urbanización en un paisaje no cultivado. ¿Qué sucederá cuando grandes partes del paisaje rural ya no sean necesarias para la agricultura —ya ineficiente y superada— que lo ha definido durante largos períodos de tiempo?

Tenemos ya un buen ejemplo de lo que digo en aquellas zonas que han quedado liberadas de las exigencias de los cultivos. A la clase media europea le gusta irse a vivir al campo y establecer allí un nuevo tipo de infraestructuras. Es lo que sucedió en la Toscana con el declive de la aparce-ría. Y es un problema, porque en muchas zonas de Europa fue precisamente la vieja agricultura la que se encargó de conservar el paisaje. Sin ella, ¿qué ocurrirá? ¿Regresará el paisaje a la mancha verde y, al final, se convertirá otra vez

en bosque? ¿Será así realmente? No lo sabemos. Pero lo que quiero poner de relieve es que, en este caso, nosotros no estamos ya defendiendo la naturaleza, sino una naturaleza que es resultado del cultivo agrícola organizado por el hombre.

¿Y qué sucederá en cambio en aquella parte del mundo donde no hay una clase media que se construye una segunda residencia? Puede suceder, como ha ocurrido en buena parte del Medio Oeste norteamericano, que el medio ambiente se convierta en un baldío. Pero en el baldío, tras un siglo o dos, puede restablecerse el estado natural.

Se habla mucho de cómo conservar el medio ambiente existente, un debate que se desarrolla sobre todo en las capas más cultas de las sociedades del bienestar, lo que no significa que no debemos tomárnoslo en serio: la conservación, por ejemplo, de tigres o rinocerontes amenazados de extinción puede ser científicamente importante. Si hubiera dependido de las poblaciones africanas, quizá los rinocerontes ya habrían sido exterminados. Quedan muy pocos tigres en Asia. Y sin embargo me parece que lo que debemos plantearnos en el siglo XXI es precisamente el intento de conservación, creando museos vivientes, estableciendo y organizando áreas especiales y emblemáticas del mundo de tal modo que puedan mantener su aspecto «natural».

Existen, es evidente, buenas razones económicas para este proceder. Por ejemplo, el turismo. Se puede explicar a los pueblos africanos que es mucho mejor no matar rinocerontes ni gorilas porque conservarlos es una forma de hacer dinero con los turistas que acuden a fotografiarlos. Por tanto, está claro que determinados lugares del mundo se transformarán en parques gigantescos.

¿Pero puede llegar a hacerse a escala global? ¿Se hará

sólo para los animales o también para determinadas especies de seres humanos que de otro modo no sobrevivirían? No estoy exagerando: esto ya se ha discutido a propósito de las tribus de las selvas amazónicas. La cuestión del control del medio ambiente es algo cada vez más práctico que teórico, algo que requiere respuestas concretas.

Supongamos que no sea posible tomar un trozo del mundo y conservarlo como una vez fue. La historia de los Estados Unidos de América nos dice que, por lo menos en teoría, es posible, y que hay que tomarse en serio esa posibilidad, porque a pesar de que los norteamericanos han destruido el medio ambiente más que ninguna otra civilización, ellos son también los pioneros en las políticas de conservación de los parques naturales.

Pero supongamos, repito, que no sea posible. Pues bien, yo creo que en el siglo XXI deberemos aprender a considerar grandes zonas del mundo como lo que son: un medio ambiente semiartificial. Por ejemplo, estamos descubriendo recientemente que los suburbios residenciales de las ciudades, ese aglomerado de casitas unifamiliares con jardín, tan comunes en los Estados Unidos y en Inglaterra, constituye un medio ambiente sumamente apto para la fauna. Quizás el mejor medio ambiente posible para las aves. Hay muchos más pájaros en un barrio periférico de una ciudad inglesa que los que se puedan encontrar en una zona agrícola donde son exterminados por los fertilizantes. Debemos, en resumen, aceptar que el cambio de apariencia del mundo no comporta necesariamente una pérdida total. Que pueden darse cambios horizontales en el medio ambiente y no tan sólo drásticos movimientos verticales, de mejor a peor.

Otro aspecto de estas posibilidades, que ya estamos experimentando, es perfectamente visible en Gran Bretaña.

¿Qué es lo que sucede cuando mueren las industrias? También aquí hemos asistido a una tendencia a construir museos, los de la llamada arqueología industrial. Pero más interesantes son los intentos de restaurar el medio ambiente que la primera industrialización había modificado. Creo que cada vez será más factible rehabilitar amplias zonas del mundo que hoy están totalmente deterioradas por la industria. Vaya al sur de Gales, una zona donde existió una gran concentración minera, y en la que hace treinta o cuarenta años no podía crecer ni siquiera un árbol a causa de la contaminación. Pues bien, quien visita hoy el valle de Swansea puede que ni siquiera reconozca el lugar, que no crea que existió allí una industria, que en aquellos valles se hacinaban en condiciones malsanas centenares de millares de mineros. Hoy es un espléndido paisaje rural.

Así pues, existe la posibilidad de controlar el medio ambiente. El problema es cómo. Y aquí vuelvo a una de las grandes cuestiones del siglo xxi: ¿quién lo hará? ¿Cuál será la autoridad que podrá planificar ese control y llevarlo a cabo? A escala nacional y local esas autoridades existen, pero a nivel global no. Y los mayores peligros para el medio ambiente son hoy de índole global.

Desde luego que no obtendremos resultados brillantes si dejamos que sea el mercado quien decida. El Mediterráneo es un ejemplo evidente. Existen dos casos límite que nos muestran cómo se puede destrozar el paisaje marino y cómo se le puede salvar. La costa española fue destruida totalmente a lo largo de kilómetros y kilómetros por el desarrollo económico incontrolado. En Dalmacia, por el contrario, el desarrollo turístico se planificó cuidadosamente en los tiempos de Tito de tal forma que permitió que aquella región mantuviera, al mismo tiempo, su extraordinaria belleza y una gran capacidad de atractivo para grandes co-

rrientes de tráfico, sin que se produjeran desastres. Si contempla usted las dos partes del Adriático, de un lado Rímini, del otro Dalmacia, le parecerá ver dos mundos distintos. ¿Cómo garantizar una armonía internacional? He aquí el problema.

P. *¿La caída de los nacimientos en Europa no es señal de una trágica falta de confianza en el futuro y de un supremo egoísmo? ¿No existe el riesgo de que eso condene a países como Italia a la progresiva desaparición de los italianos?*

R. A mí no me parece que los europeos no tengan más hijos porque les falte el sentido del futuro. Creo más bien que en el pasado las mujeres tenían más niños porque ni se les pasaba por la cabeza que las cosas pudieran ser de otro modo: esa era la voluntad del Señor. Si la tasa de natalidad es un índice de algo, lo és en parte de los niveles de educación, y en parte todavía mayor de un cálculo económico. Hay dos momentos en la vida en que los individuos sufren fuertes presiones económicas: el primero es cuando tienen niños pequeños, y el segundo es cuando son viejos y no disponen de unos ahorros que les den independencia. Está claro que no tener hijos es también una notable ventaja económica. En el pasado se pensaba que los hijos podían contribuir al ingreso familiar empezando a ganar dinero muy pronto, de campesinos o de obreros, muchas veces desde niños. En nuestros días, en cambio, los hijos no disponen de ingresos hasta que no alcanzan los veinte o los treinta años. Cuanto más preparados están o más estudios realizan para alcanzar una alta cualificación profesional, más tiempo se quedan a cargo de la familia. El decremento de la natali-

dad es, pues, en primera instancia, fruto de un cálculo económico que ha hecho posible el control de esa natalidad.

Durante el siglo xix el sistema jurídico que regulaba la propiedad y la herencia desempeñó un papel importante en las corrientes demográficas. Los franceses redujeron sus tasas de natalidad porque, a partir del Código napoleónico, debían dividir la tierra entre sus hijos, en tanto que los aristócratas ingleses tenían muchos hijos porque sólo tenía derecho a la herencia el primogénito y, por tanto, la propiedad quedaba intacta en sus dimensiones y en su valor. Los factores económicos son, como puede observar, muy importantes.

Pero todavía es más importante el hecho de que, hoy en día, las mujeres son conscientes de que pueden escoger estilos de vida alternativos, porque ya no existe tan sólo el modelo de la mujer-madre. Es un gran paso adelante, ciertamente, pero también es un gran paso hacia lo desconocido.

P. Hagamos una proyección sobre la esperanza de vida para el siglo xxi. En la próxima centuria una mujer italiana puede esperar vivir hasta los 80 años. Un hombre de Uganda debe tener en cuenta que su esperanza de vida es de 35 años. ¿No es esta la mayor injusticia del mundo venidero, un pecado capital de la humanidad?

R. En mi opinión las diferencias en la esperanza de vida entre países pobres y países ricos serán, paradójicamente, más fáciles de reducir que la desigualdad de oportunidades dentro de una misma sociedad, entre las clases altas y las bajas. Tomemos el caso de un país pobre que ha experimentado un gran desarrollo, como Corea, el ejemplo más

extraordinario y veloz que conozco. Pues bien, la diferencia entre la esperanza de vida en Corea y la de Suecia se ha reducido muchísimo respecto a hace treinta años.

Sin embargo, lo que cada vez es más evidente en las sociedades ya ricas es que quien parte con desventaja desde el nacimiento ve cómo esta desventaja se multiplica exponencialmente en el curso de su vida. Muchas investigaciones nos demuestran que los pobres no viven tanto como los ricos ni gozan de tan buena salud. No pongo en duda que también los ricos tienen problemas, pero, desde luego, su ventaja relativa, por ejemplo por lo que respecta a su esperanza de vida, es indiscutible.

Nos lo demuestra la tragedia de la ex Unión Soviética, donde se ha producido una dramática caída en la esperanza de vida, porque el empobrecimiento de la población reduce drásticamente las bases sobre las que los seres humanos pueden construir su futuro.

Conclusión

¡BUENA SUERTE!

P. *Hemos hablado mucho del siglo xx, pero ha llegado la hora de decirle adiós. La hora de las despedidas y de los buenos deseos. Lo que muere, lo ha dicho usted durante esta conversación, ha sido el siglo de la gente corriente. Si tuviese que dejar una postal del siglo xx a la posteridad, una fotografía del siglo de la gente común, ¿qué imagen escogería? ¿Qué persona, qué oficio, en qué lugar del mundo?*

R. No hay forma de escoger una sola persona, una sola figura. Porque las diferencias y las desigualdades han sido y siguen siendo tan grandes que es imposible ofrecer un símbolo que las trascienda. Por ejemplo: la mayor parte de la humanidad que ha vivido durante el siglo xx nació en China, y hoy el 20 por 100 de toda la población mundial vive en ese país. ¿Escogemos entonces un chino? No creo. Porque el resto, el 80 por 100, ha nacido y vive en otras partes. Desde este punto de vista, los chinos son una pequeña minoría.

A principios del siglo xx habríamos podido escoger la imagen de un campesino: en aquel entonces un ser humano

típico era alguien que vivía de la agricultura. Pero hoy, a fines del siglo xx, ya no es así.

Podríamos entonces escoger a un obrero, un miembro de aquella clase trabajadora que creció sin cesar en el transcurso del siglo xx, y que probablemente alcanzó su apogeo en el tercer cuarto de la centuria. Pero hoy en día esa figura está disminuyendo de peso y de número a toda velocidad.

¿Hemos de pensar entonces en un empleado, alguien que trabaja frente a una mesa en un despacho, ante un ordenador? Tampoco esta sería una elección correcta, porque sería adecuada para Europa occidental o para los Estados Unidos, pero quedan todavía enormes extensiones del mundo en las que esta fotografía no querría decir gran cosa.

Ahora bien, si insiste usted en buscar un símbolo del siglo xx, yo propondría una madre con sus hijos. Las personas que tienen más elementos en común vivan donde vivan en la superficie de la Tierra, a través de culturas, civilizaciones y lenguas distintas, son las madres. De alguna forma la experiencia de una madre corresponde aún a todo lo que le ha sucedido a la especie humana durante el siglo xx.

Lo que sin embargo ya no es característico de nuestra era es la tradicional estructura familiar que se desarrollaba en torno a una madre. No es que esta estructura fuese de un solo tipo, al contrario, pero en todas partes existía alguna forma de familia. Hoy ni siquiera eso es así.

La infinita variedad de la especie humana y la rapidez con la que ha cambiado en el transcurso del siglo xx hacen verdaderamente difícil elegir un símbolo de la gente corriente. Y sin embargo, repito, si me veo en la necesidad de elegir uno, escojo a una madre con sus hijos.

P. *Usted ha sido poseído por uno de los grandes demonios del siglo XX: la pasión política. Ha militado durante muchos años en las filas de la izquierda comunista, desde el lejano 1936, y, pasando por las peripecias de la guerra y de la posguerra, hasta 1956. Después, su posicionamiento político no ha cambiado, pero lo ha vivido con un distanciamiento cada vez mayor.*

¿Se ha arrepentido alguna vez de su militancia? ¿Ha pensado alguna vez que ese compromiso haya podido condicionar su libertad intelectual?

R. Espero que ese compromiso no haya coartado mi libertad intelectual. Aunque debo reconocer que todo compromiso auténtico, fuerte, sea político o religioso, tiende a imponer no diré obligaciones, pero sí una preferencia, un prejuicio favorable a una causa. Te das cuenta de ello cuando te muestras reacio a criticarla, cuando dudas en aplicarle la misma inteligencia crítica que has empleado para juzgar otras causas. Nórmalmente, un estudioso católico sentirá menos entusiasmo para analizar la Inquisición que un ateo o un protestante. Del mismo modo que los estudiosos críticos del comunismo tuvieron mucho menos empacho a la hora de analizar fenómenos como el gulag. Un historiador comunista habría preferido evitarlo.

Debo, pues, admitir que, si bien creo que no he escrito o dicho nunca nada sobre la Unión Soviética de lo que me tenga que arrepentir, he evitado ocuparme directamente de ella, porque sabía que, de haberlo hecho, hubiera tenido que escribir cosas difíciles para un comunista como yo sin que afectara a mi militancia o sin herir la sensibilidad de mis compañeros.

P. *¿Es por esta razón por lo que usted, como historiador, se ha ocupado preferentemente del capitalismo?*

R. Sí, francamente sí. Y también por esa razón preferí especializarme en el siglo xix más que en el xx. Porque veía que lo que procedía del Partido Comunista soviético sobre el devenir de la historia contemporánea no era aceptable. Por eso no quise verme envuelto en debates que podrían haberme situado del otro lado o me habrían hecho entrar en conflicto con mi conciencia de estudioso.

Tiene usted razón cuando dice que a partir de 1956 mi militancia se transformó en algo distinto y más distanciado. Desde aquel año quedó claro que nuestro sueño había terminado. El secretario del Partido Comunista británico, en el que militaba y en el que milité prácticamente hasta la fecha de su disolución, decía en los momentos difíciles que necesitábamos una línea telefónica directa con Moscú. Creía que el partido era un ejército de ordenanzas. Para quien como yo procedía de las profesiones intelectuales, estaba claro que debíamos tratar de pensar por nuestra cuenta.

P. *Entonces, ¿por qué no rompió con el partido?*

R. Hubiera podido hacerlo. En el año 1956 dije a los dirigentes del partido que quería seguir manteniendo buenas relaciones con los que habían sido expulsados —en especial con Edward P. Thompson y los otros disidentes, con los que simpatizaba— y añadí que si no estaban de acuerdo que me echaran. Pero no quise dejar el partido en aquel momento, porque no quería terminar en compañía

de todos aquellos ex comunistas que se habían hecho anticomunistas.

¿Por qué permanecí en el partido durante los años posteriores a la crisis de 1956? Creo que por lealtad a una gran causa y a todos aquellos que, por esa causa, habían sacrificado su vida. Cuando me hice comunista, en 1932, todos estábamos dispuestos a hacerlo. Recuerdo a los amigos y compañeros muertos por aquella causa, a los que sufrieron la cárcel y las torturas —tanto las de los regímenes comunistas como las de los capitalistas— y, no lo olvidaré nunca, a los hombres y mujeres que renunciaron a sus carreras y al éxito para llevar una vida de trabajo agotador y relativa pobreza como funcionarios del partido, con salarios tan bajos como los de cualquier obrero. Yo nunca tuve que hacer semejantes sacrificios. Lo menos que podía hacer era mostrar un mínimo de solidaridad, rechazando las ventajas materiales y profesionales que me habría reportado abandonar el partido.

En todo caso, el comunismo no era Rusia. Era una causa global. Una de mis primeras experiencias políticas, cuando en Berlín, siendo yo todavía estudiante, me dieron el carnet del partido, fue una discusión con el compañero que había tutelado mi reclutamiento. Le desconcerté un poco porque le dije: como bien sabemos, Rusia es un país atrasado, así que lo más probable es que el comunismo sufra allí algunas derrotas. Él en cambio, obviamente, no era de esa opinión.

Pero yo nunca he dejado de pensar en ello. Junto a otros muchos comunistas nunca acepté las barbaridades que se produjeron bajo aquel régimen. Pero si uno cree que el comunismo es algo mucho más grande que la historia de los países atrasados donde los comunistas se hicieron con el poder, entonces esa historia misma no es una razón suficiente para abandonar la causa que se ha abrazado.

¿Que si me arrepiento? No. De ninguna manera. Sé muy bien que la causa que abracé no ha prosperado. A lo mejor no hubiera debido abrazarla. Pero, por otra parte, si los hombres no alimentan un ideal de un mundo mejor, pierden algo. Si el único ideal de los hombres fuera perseguir la felicidad personal a través de los bienes materiales, la especie humana se degradaría.

Siempre me impresionó mucho la personalidad del único multimillonario estadounidense que fue políticamente radical y que no creía en Dios: Andrew Carnegie. Una vez dijo: «Un multimillonario que muere multimillonario ha desperdiciado su vida». Quería decir que hay otras muchas cosas que cuentan, más allá de hacerse rico o famoso. No sé si este ideal está inscrito o no en la especie humana; pero sí está escrito en la historia por lo menos a partir del siglo XVIII, cuando la humanidad aprendió que existe la posibilidad de mejorar y emancipar el mundo.

El verdadero problema no es ambicionar un mundo mejor: es creer en la utopía de un mundo perfecto. Es cierto lo que han observado los pensadores liberales: una de las peores cosas no sólo del comunismo sino de todas las grandes causas, es que son tan grandes que justifican cualquier sacrificio, hasta el punto de imponérselo no sólo a sus defensores mismos, sino a todos los demás. Este argumento liberal es acertado cuando sostiene que sólo aquellos que alimentan expectativas moderadas sobre el mundo pueden evitar traerle grandes males y sufrimientos.

Y sin embargo, a mí me parece que la humanidad no podría subsistir sin las grandes esperanzas, sin las pasiones absolutas. Aun cuando éstas sean derrotadas y se comprenda que las acciones de los hombres no pueden eliminar la infelicidad de los hombres. Hasta los grandes líderes revolucionarios eran conscientes de que no podían influir en de-

terminados aspectos de la vida humana, que no podían evitar, por ejemplo, que los hombres fuesen infelices por una razón de amor. Pero cuando se tienen dieciséis años, se puede llegar a creer que incluso eso es posible.

Y es que, si reparamos en las grandes causas en las que se han visto envueltos los hombres de mi edad, por ejemplo la guerra contra el nazismo, nadie puede afirmar que el precio que hubo que pagar haya sido más alto que los resultados obtenidos. ¿Habría sido mejor un mundo en el que no hubiéramos resistido? No creo que exista ni una sola persona implicada en aquel combate que hoy diga que no valió la pena. Con la madurez de hoy, hay que aceptar que hicimos muchas cosas mal, pero, al mismo tiempo, es imposible dejar de reconocer que también hicimos muchas cosas bien.

La cuestión no es el compromiso político, sino la naturaleza de ese compromiso. ¿Se emparenta con las que fueron grandes causas de la Ilustración: razón, progreso, la mejora de las condiciones de todos los hombres? ¿O lo hace con otras causas que pueden tener la misma fuerza emocional como el nacionalismo o el racismo? No es lo mismo.

El comunismo es parte de la tradición de la civilización moderna, que se remonta a la Ilustración, a la Revolución norteamericana y a la francesa. No me puedo arrepentir de formar parte de ella. En todo caso, quien militó en países como Italia o Gran Bretaña no puede ser responsable de lo que sucedió en otros, y aún menos en Rusia. Lo máximo que se puede decir de nosotros es que, en algunos momentos, supimos o intuimos cosas que nos llamamos. Pero también es cierto que lo que nosotros hubiéramos podido decir no habría producido el menor efecto en la Unión Soviética.

P. *¿Siente nostalgia del siglo que ahora termina? ¿Suscribiría la frase de Isaiah Berlin: «Recuerdo el siglo xx como el más terrible de la historia occidental»? ¿O salvaría alguna cosa?*

R. Es verdad eso que ha dicho Berlin, pero no es toda la verdad. Por eso titulé en inglés mi libro sobre el «siglo corto» *The Age of Extremes*. Desde cualquier punto de vista ha sido un siglo extraordinario. No sólo por sus catástrofes. En realidad, cuando llega a su término, el mundo, con algunas excepciones, está mucho mejor que antes. No se puede rechazar *in toto* el siglo xx, porque hoy en día los hijos de este siglo disfrutan de mejores condiciones materiales y espirituales que las que tuvieron sus padres y sus abuelos.

El problema es lo que nos depara el futuro. Esta es mi preocupación. Desde el punto de vista tecnológico, lo más probable es que el próximo siglo continúe celebrando los triunfos del genio humano; que económicamente sea más rico, y que tal vez consiga adaptarse al nuevo medio ambiente y aprenda a utilizar las enormes fuerzas de que dispone sin destruirse.

Sin embargo, lo que no consigo ver claro es el futuro de las relaciones políticas y culturales entre los seres humanos. Porque gran parte de las soluciones, gran parte de las estructuras que teníamos en el pasado, han sido destruidas por el extraordinario dinamismo de la economía en que vivimos. Y esto está llevando progresivamente a hombres y mujeres a una situación en la que no pueden recurrir a reglas claras, a hacer proyectos, a su sentido común; en la que no saben qué hacer con su propia vida, individual y colectiva.

Esto es así para instituciones como la familia, pero vale también para todas las instituciones políticas que fueron los pilares del proceso de civilización, lo que Habermas llama-

ba «la esfera pública». Política, partidos, periódicos, organizaciones, asambleas representativas, estados: nada funciona en el mundo como funcionaba antes y que se suponía que tenía que seguir funcionando aún durante mucho tiempo. El futuro de todas estas cosas es incierto. Por eso es por lo que, desde el final del siglo, no consigo ver con gran optimismo lo que se avecina.

P. *Justamente cuando termina, el siglo xx le ha dado a usted la alegría de un nieto, el pequeño Roman. Él es, a todos los efectos, un ser humano del siglo xxi, como usted es, a todos los efectos, un hombre del siglo xx. Desde la atalaya de su experiencia, ¿qué es lo que augura a su nieto?*

R. Él no tiene más alternativa que vivir en el nuevo siglo, del mismo modo que yo no tuve otra que la de vivir en el mío. Su siglo puede ofrecerle mayores oportunidades: escoger en qué lugar del mundo quiere vivir, qué hacer con su vida. La verdad es que dispondrá de una gran variedad de opciones, que será un rasgo característico del siglo xxi, por lo menos en los países ricos.

No sé, en cambio, qué le podría sugerir. Porque es muy difícil, con ochenta años de diferencia, ponerse en la piel de alguien para quien toda mi experiencia vital formará parte, simplemente, de una historia antigua. Del mismo modo que para mí las cruzadas formaban parte de una historia remota. Como estudioso tuve que hacer un enorme esfuerzo para comprender cómo podía ser el mundo de Godofredo de Bullón. Mi experiencia no me ayudaba para nada; no tenía ningún punto de contacto con el mundo que le tocó vivir a aquel guerrero.

Del mismo modo, a mí me parece que la experiencia de alguien que ha nacido en 1998, como Roman, no tiene ningún punto de contacto con la vida de alguien que, como yo, nació en 1917. Hay demasiado tiempo de por medio.

Por lo menos espero que le guste el lugar donde viva. Este año ha muerto quien fue —en mi opinión— uno de los artistas más originales del siglo xx, Saul Steinberg. Conocí un poco a ese hombre fascinante. Él vivió el siglo xx fundamentalmente en los Estados Unidos, adonde había llegado procedente de Rumanía y de Italia. Para todos los efectos fue un estadounidense más, pasó cincuenta años en Nueva York y contribuyó a hacer grande al *New Yorker*. Los Estados Unidos le parecían un lugar maravilloso, que le divertían y le fascinaban inmensamente. Pero sé que, al final, la vida en los Estados Unidos le asustó y le deprimió. Es decir, que no llegó a estar allí completamente a gusto.

Espero que eso no le suceda a mi nieto. Que si algún día decide irse a vivir a los Estados Unidos del siglo xxi, los encuentre exactamente cómo los haya visto en sus sueños.

Y si digo los Estados Unidos es porque, en ciertos aspectos, han sido lo mejor del siglo xx, el país con mayor éxito histórico del siglo, el que lo sigue teniendo y el que lo tendrá más allá de su final. Pero, allí donde decida vivir, espero que Roman encuentre una sociedad a la altura de sus esperanzas y de sus aspiraciones.

Eso es lo que cualquier persona del siglo xxi se merece.

ÍNDICE

Prólogo de Josep Fontana	7
Introducción. El Tarot del historiador	13
1. Guerra y paz	21
2. La decadencia del imperio de Occidente	47
3. Pequeño mundo global	81
4. Al fondo, a la izquierda	115
5. El «Homo globalizzatus»	143
6. Querida Italia	171
7. 12 de octubre de 1999	191
Conclusión. ¡Buena suerte!	211

Esta obra,
publicada por CRÍTICA,
se acabó de imprimir en los talleres
de HUROPÉ, S. L., de Barcelona,
el día 2 de marzo de 2000

BIBLIOTECA

ERIC J. HOBSBAWM

*Entrevista sobre el siglo **xx***

*Historia del siglo **xx***

La era de la revolución, 1789-1848

La era del capital, 1848-1875

La era del imperio, 1875-1914

Sobre la historia

Naciones y nacionalismo desde 1780

Gente poco corriente

Trabajadores

El mundo del trabajo

Los ecos de la Marsellesa

Política para una izquierda racional

*A la zaga. Decadencia y fracaso
de las vanguardias del siglo **xx***

«La obra más importante de Hobsbawm ha sido tal vez el panorama de la historia del mundo contemporáneo realizado en los cuatro volúmenes de sus "eras", que abarcan desde 1789, con *La era de la revolución*, hasta la era de los contrastes, de la que se ha ocupado en su *Historia del siglo xx*, una obra donde se nos muestra, a la vez, como testigo y como cronista de su tiempo. Hobsbawm consiguió trazar un panorama que no sólo tomaba en cuenta la política y la economía, sino el cambio social, la tecnología o la cultura. Ello permite explicar el éxito universal del libro y, a la vez, las razones que llevaron a preparar esta *Entrevista sobre el siglo xxi*, que es algo así como una reflexión final sobre el siglo que el historiador ha vivido y estudiado, y que de algún modo viene a completar la *Historia del siglo xx*, tratando de extraer de ella reflexiones que sirvan, no para predecir lo que ha de ocurrir en el próximo siglo, que esa es tarea para astrólogos y no para historiadores, sino para ayudarnos a asentar nuestros proyectos y nuestras esperanzas en un sólido conocimiento de la realidad actual. Podría decirse que *Entrevista sobre el siglo xxi* recapitula el conjunto de las "eras" de Hobsbawm, y muy en especial la última, y nos enseña a leerlas con una perspectiva de futuro.»

(Del prólogo de JOSEP FONTANA)

967723-4



9 788484 320517

* P4-BQq-523 *